





## ► Fernando Romera

Nacido en Ávila en 1967. Licenciado en Filología Hispánica y Filología Francesa. Profesor de literatura. Miembro Colaborador de la Institución Gran Duque de Alba. Como escritor ha publicado los libros *Genealogía de la sombra* (1996) *Profanación del Agua* (1997), "Premio Nacional de Poesía Joaquín Benito de Lucas". En su labor como traductor ha vertido al castellano poesía francesa, fruto de la cual apareció el libro *Palabra y Materia, cuatro poetas franceses*, Col. El Toro de Granito, 2002 y este mismo año aparecerá una traducción de poemas de Philippe Jaccottet.

Co-dirige junto a David Ferrer la revista de Investigación y Ensayo *Falsirena*. Igualmente fue responsable del ciclo Literatura para un fin de siglo. Ha publicado artículos de investigación literaria en varias revistas especializadas.



Fernando Romera



*Ávila  
y la literatura de la  
edad de plata*



**INSTITUCIÓN "GRAN DUQUE DE ALBA"  
DE LA  
EXCMA. DIPUTACIÓN DE ÁVILA**

2004

 Institución Gran Duque de Alba

**I.S.B.N.: 84-96433-02-1**

**Dep. Legal: AV-145-2004**

**Imprime: IMCODÁVILA, S.A.**

**Área Industrial de Vicolozano. Parcela 29  
05194 Vicolozano (Ávila)**

*Presentación*



Institución Gran Duque de Alba



El presente libro aborda dos caras de una misma moneda: *Ávila* en la literatura de la Edad de Plata, y la Literatura de la Edad de Plata en *Ávila*.

La primera parte se ocupa de cómo la ciudad es ejemplo de uno de los símbolos más productivos en la literatura del momento: las ciudades muertas. Desde las primeras obras que se acercan a su interpretación, fundamentalmente la de G. Rodenbach, *Brujas la muerta*, hasta su incorporación a la literatura española de la mano de Unamuno, Machado o Azorín, por ejemplo, y fundamentalmente Enrique Larreta, hasta sus intentos de desintegración por parte de las primeras vanguardias, una gran cantidad de textos nos dan una idea clara de hasta qué punto el pasado histórico de la ciudad es de referencia para los autores de la época.

Esta obra trata de abordar dos tópicos: primero el de que *Ávila* sea realmente una ciudad mística y guerrera, de caballeros y santos... y de clarificar la raíz literaria de este tópico; y segundo, que algunos autores del siglo XX, por ejemplo Gutiérrez Solana o Alberto Insúa, que renegaron de esa imagen positiva y épica de la ciudad, hicieran otra cosa que intentar romper el símbolo decimonónico.

La segunda parte de la obra se dirige a ver qué fue de la literatura en la provincia de *Ávila* a través de unos momentos claves, algunos de ellos no estudiados hasta el momento.

La presencia de algunos autores del 27, de críticos literarios de gran importancia en la época, su estancia en la Provincia dejó también huella en sus obras. Fue igualmente importante la política cultural de la República a través de los proyectos de la Institución Libre de Enseñanza.

Concretamente, el paso de las Misiones Pedagógicas por la provincia (de la que se recogen interesantes testimonios gráficos, como la presencia de Luis Cernuda por Ávila, junto con el cineasta Val de Omar), la creación de bibliotecas en los pueblos, las proyecciones cinematográficas, el museo circulante... Todo ello fue un importante acontecimiento cultural y literario en el primer tercio del siglo XX. Algunos otros testimonios que el autor ha ido recogiendo de entre los muchos que podían haberse seleccionado, demuestran el paso por la ciudad de algunos autores de gran importancia en las letras españolas y europeas. Por un lado, algunos escritores catalanes que tratan de encontrar en el símbolo de las ciudades castellanas una explicación y alguna razón para indagar en su propia idea nacional catalana. Concretamente el que fuera director de la Vanguardia, Agustí Calvet, "Gaziel", o Pere Corominas, son una muestra de cómo Ávila representa a la Castilla que a su vez representa a España. El castellanismo como idea contrapuesta al catalanismo de algunos autores del *noucentisme* catalán también tiene acogida en estas páginas.

Finalmente, dos autoras que con dos textos muy diferentes vinieron a Ávila y dejaron sus impresiones por escrito. Las dos lo hicieron a partir de sus lecturas de las obras de Santa Teresa: Simone de Beauvoir, quien estuvo algún que otro día en Ávila junto con Jean Paul Sartre, y Gabriela Mistral.

En definitiva, este libro pretende traer hasta los lectores interesados por la lectura de temas abulenses una recopilación de algunos textos fundamentales para entender el pasado literario de nuestra Provincia. Pero también es un intento por acercarnos a la historia de la literatura en castellano, abordando el cambio de la literatura simbolista a través de uno de sus símbolos más interesantes: Castilla y las ciudades muertas (de las que Ávila es un ejemplo más que válido), hasta llegar a los primeros intentos de los llamados novecentistas y vanguardistas, ya en el siglo XX, por acabar por esa visión simbólica y también con esa visión irreal de una España que se encaminaba a la Guerra Civil, momento que necesitará de otro estudio particular.

AGUSTÍN GONZÁLEZ GONZÁLEZ,  
*Presidente de la Diputación Provincial de  
Ávila.*

## *Introducción*



Institución Gran Duque de Alba

 Institución Gran Duque de Alba

Lo decían los románticos: una ciudad es un estado de ánimo. Pero unas más que otras. Ávila ha sido desde hace más de un siglo, un modelo de ciudad en el sentido romántico, es decir, Ávila ha sido un estado de ánimo, un especial estado del espíritu, una idea. ¿Pero esa idea cómo se ha formado, y, sobre todo, en qué medida es cierta o responde más o menos fielmente a la realidad de la ciudad? También los románticos fueron los responsables de descubrirnos el paisaje, de incorporarlo a nuestra forma de sentir y entendernos. Antes, la naturaleza no dejaba de ser algo amenazante, hostil. Si a partir de ellos lo es, será siempre desde una veneración casi religiosa. Y en estas es como se llega al fin del siglo XIX; en estas y con la consabida crisis de los valores españoles que va forjando la idea de una España negra y de una Castilla guardiana de los valores tradicionales de sus siglos grandes, de sus esplendores imperiales.

A finales del XIX Ávila aparece en una cantidad sorprendente de textos, se convierte en protagonista de muchos de ellos: Unamuno, Azorín o Baroja la toman como ejemplo de esa Castilla y de esa España del XVI: Santa Teresa, San Juan, los caballeros de la ciudad mística y guerrera parecen cobrar de nuevo vida en sus obras, y Ávila, la ciudad y la provincia, se tornan, como si de un lugar romántico se tratase, en un símbolo, una idea en la que se vierten las propias de esos autores.

Pero ese símbolo tenía sus precedentes. Tendemos a creer que los autores del 98 tienen a Castilla más por un símil, una metáfora de la

España que desean. Yo creo que van más allá. Si, como ya está más que entendido y más que estudiado, modernistas y autores del 98 no son más que formas hispánicas del simbolismo literario que está en boga en toda Europa, hay que reinterpretar esos símbolos suyos. Y, lógicamente, Ávila es uno de ellos. Una novela del escritor belga George Rodenbach, *Brujas la muerta*, se pone por entonces de moda en España; raro es el escritor del momento que no la lee. Estamos en 1892 y aún queda un poco lejos la configuración de esa pretendida generación del 98. Unamuno, Azorín, Machado, Baroja... uno tras otro van citando esta novela. Brujas, la ciudad en la que la historia, el espíritu, la vieja caballería pesa más que su presente, se vuelve un símbolo que imitar. Y detrás van las ciudades castellanas: Segovia, Salamanca, Ávila. Y esa simbolización permanece; es seguida y copiada por otros autores de principio de siglo y abiertamente criticada por otros.

Después de todo esto, cabe preguntarse ¿es real esa imagen de Ávila que se nos ha transmitido?

No hemos pretendido aquí dar una respuesta a esta pregunta que ya trasciende a lo puramente literario; pero sí apuntar los textos que han ido configurando ese especial "estado de ánimo" que es Ávila y provincia. Muchos de estos textos serán ya conocidos de quienes hayan gustado de indagar en la historia y literatura de/sobre Ávila. Otros han ido surgiendo en la investigación. Los exiliados siguen publicando en sus lugares de adopción y siguen hablando de la ciudad. Luego vienen otros viajeros, atraídos por la cercanía que llega con el ferrocarril, por la idea de esa Ávila mística y guerrera o por ese nuevo placer del XIX que es viajar. Y Ávila en la literatura pasa, en este libro, a ser "la literatura en Ávila". Las Navas del Marqués se convierten en una pequeña "corte" literaria; la política cultural de la República mueve a otros muchos autores por la provincia: Cernuda viene repetidas veces, Ortega pasa algún verano en Navalperal de Pinares, Antonio Marichalar también; el librero del 27, el socio de la *Librairie Espagnole* en París, Juan Vicens se casará en Becedas y pasará largas temporadas en la Becedas que quiso Unamuno, y los misioneros de la Institución Libre de Enseñanza intentarán llenar la provincia de bibliotecas; al frente de ellas, Manuel Bartolomé Cossío, que ha vivido en Arévalo y estudiado en Ávila.

Y así se fue conformando este libro, en el que sólo hemos querido ofrecer un punto de origen para entendernos algo mejor y, en la medida de lo posible, para conocernos también algo más.

He pretendido hacer un repaso a estos temas, contando de antemano con que era absolutamente imposible dar cuenta de todos los textos y autores que tienen algo que ver con Ávila, bien sea en su obra o en su vida. Algunos se han quedado fuera por su escaso interés literario; otros porque venían a redundar en textos del mismo autor. Posiblemente haya quien considere poco importante un tema entre lo literario y lo pedagógico en este libro, como es el caso del capítulo sobre las Misiones Pedagógicas; sin embargo es difícil deslindar, en estos años tratados, dónde está lo puramente literario y dónde está lo específicamente educativo: en algunos casos, Lorca con la Barraca, Cernuda o Ramón Gaya en las Misiones, ambos temas van muy de la mano. Y esta unidad trajo a Ávila a algunos de los autores más representativos de nuestra Edad de Plata que estuvieron enseñando a los abulenses de entonces su visión del arte y la literatura.

Para llegar a este fin, ha sido precisa la colaboración y la ayuda de no poca gente: los profesionales de la Residencia de Estudiantes en Madrid, que conservan tanta memoria de España y que me han prestado toda su ayuda; la de José Luis Pajares, a quien ya tenemos que ir cuando buscamos en la historia reciente de la provincia; a Elena, que me ayudó con su paciencia y su colaboración; a David Ferrer, siempre atento a la literatura, conocedor de tantos detalles de las letras y los libros; a Jacinto Herrero, que desde su *Ávila en el 98* dejó ya despejado el camino; a Carmelo Luis López y Luis Garcinuño, quienes confiaron en esta idea y este libro, y me auxiliaron en cuanto fue preciso. En fin, a los que quieren a Ávila y a las letras, a quienes deseo disfruten con esta lectura.

Ávila, 1 de febrero de 2004



*Textos*



Institución Gran Duque de Alba



I  
**ÁVILA, UN EJEMPLO DEL TÓPICO SIMBOLISTA:  
LAS CIUDADES MUERTAS EN LA LITERATURA  
DE FIN DE SIGLO.**

**1.- UNAMUNO, AZORÍN Y EL SÍMBOLO DE LAS  
CIUDADES MUERTAS.**

El concepto de ciudad muerta como tópicos de la literatura simbolista, poco estudiado hasta el momento, es seguramente uno de los que más éxito tuvo en la literatura finisecular española. No deja de ser extraño que, habiendo ejemplos evidentes de esta simbología, se continúe considerando el caso de las ciudades de Castilla desde una perspectiva puramente noventayochista, casi únicamente como reflejo del interés de unos escritores dolidos del mal de España que buscan en el pasado el momento de esplendor de un imperio. Y no podemos negar que algo de esto hay. Todo símbolo es, semánticamente pluridireccional y no podemos negar determinados significados. Ahora bien, no podemos dejar de lado otros no menos importantes, máxime cuando podemos documentar y testimoniarlos.

El símbolo de la ciudad muerta procede de una larga tradición que surge en el romanticismo, con la reivindicación del paisaje y la subjetividad de la mirada en torno. Las ciudades se llenan de conventos, palacios y personajes y ambientes medievales, en busca de un pasado que, a todas luces resultaba más acogedor que el presente del siglo XIX. En ese ambiente que podemos rastrear en no pocas obras románticas, pongamos por caso el Tenorio de Zorrilla, lo religioso, lo medieval, el pasado... se unían para representar un mundo que, ya muerto, pervivía en la vida espiritual de los pueblos. Luego, venía a añadirse una tendencia literaria a lo sensual y lo exótico que tiene su mayor repercusión en la tradición simbolista, impresionista, modernista... o como queramos denominar a las tendencias artísticas de finales del XIX.

Fue el escritor belga George Rodenbach el que terminó de dar consistencia a este tópicos con una obra que tuvo un gran éxito en toda

Europa y que, en España, tuvo cierto eco en algunos de nuestros autores de más renombre. *Brujas la muerta*, que tradujo al castellano Alberto Insúa fue citada no pocas veces por Unamuno, por Cansinos Assens y por otros autores en los que tuvo alguna trascendencia el tema de las ciudades antiguas, o mejor y en terminología de esos mismos autores, viejas.

En la edición que de esta obra realizó Christian Berg<sup>1</sup> se explica cómo fueron luego (y al tiempo) otros los que dieron forma al tópico: Barrés, d'Annunzio, Mauclair, Régnier, Fogazzaro, Mann, Hellens, Verhaeren, Rilke, Zweig, Moretti... y yo añadiría a Unamuno y Larreta en España.

En la novela de Rodenbach se identifica la ciudad con la melancolía por la muerte de la esposa. Melancolía y ciudad irán, de ahora en adelante, íntimamente unidas en este topos simbolista. Y, lo que es más, la ciudad suele aparecer evocada desde el tiempo y el espacio, no retratada en tiempo presente; Brujas lo está desde París en la obra del belga, y representa la huida de la vida mundana, de los placeres, a la manera Shopenhaueriana de la renuncia a la vida. ¿Cómo no iba a suponer este tópico un lugar común de interés para la huida de los simbolistas españoles, y cómo no se iba a relacionar con el dolor de España?

Fueron muchos los que tuvieron en mente el símbolo, ya para utilizarlo, ya para negarlo. El mismo Machado lo recoge en algún poema:

Tumulto de pequeños colegiales  
que, al salir en desorden de la escuela,  
llenan el aire de la plaza en sombra  
con la algazara de sus voces nuevas.  
¡Alegría infantil en los rincones  
de las ciudades muertas!...

---

(1) Georges Rodenbach: *Bruges-la-Morte*, edición de Christian Berg, Bruxelles, Éditions Labor, 1986, pág.75.

¡Y algo de nuestro ayer, que todavía  
vemos vagar por estas calles viejas.

En estos capítulos vamos a intentar seguir el rastro de cómo ese tópico que surge a finales de siglo se sistematiza y toma como referentes a algunas ciudades castellanas que encajan en la definición simbolista de ciudad muerta. Segovia, Toledo, Avila, Sigüenza... todas ellas vienen a representar el pasado glorioso que trasciende a un presente imposible, detenidas en un tiempo que parece también haber detenido a sus habitantes y en el que es posible retomar el espíritu de otros tiempos.

Campanarios, iglesias, procesiones, palacios y caballeros se reúnen en ellas para confrontarse a una sensación de sensualidad y vanidad humana de la que los autores intentan huir.

Por ello, podemos hablar de Ávila como una de esas ciudades muertas, como un símbolo más de una época y de una región en la que el simbolismo tiene unos tintes muy especiales, por las circunstancias socio-históricas del momento, que identificamos todos con la crisis de fin de siglo.

Así, intentaremos definir el mito de Ávila como símbolo, su creación a partir del tópico literario del simbolismo europeo, pero también su descomposición sobre la base de los textos de los autores de la generación inmediatamente posterior, hasta la llegada de las vanguardias a España.

Superada, de una vez por todas, la vieja y falsa dicotomía de modernismo frente a 98, es posible abordar el carácter simbolista de los autores de la España finisecular, sin temor de caer en viejos lugares comunes de la historia de la literatura. De alguna manera, el tema de Ávila se ha visto teñido también por esa pretendida esencia de los autores del 98 según la cual eran los portadores de un dolor de España privativo de ellos, ajenos a florituras lingüísticas y a preciosismos literarios. Puede que así sea en algún caso; pero tendencias literarias contemporáneas que habían sido, en muchos casos, lecturas que siguieron con gran interés, están permanentemente configurando la manera de

leer y de escribir de las generaciones de final de siglo, caso de los escritores simbolistas, fundamentalmente franceses; y, sin negar evidentes rasgos propios de los autores "castellanistas", el recurso al símbolo como figura de creación más ilustrativa, los convierte también en escritores simbolistas.

El caso de nuestra provincia es especialmente interesante por dos motivos. El primero de ellos es que fue un referente clave en la obra de varios de esos autores, como expresión literaria de su visión de Castilla; el segundo es que Ávila, la ciudad de Ávila se convierte en un auténtico tópicos de carácter simbolista, aún no estudiado, en línea con otros libros que venían publicándose en Europa y que, por este tiempo comienzan a tener eco en nuestro país. La explicación de ese símbolo me parece fundamental para ubicar la significación de Ávila dentro de la tónica simbolista del momento y alejarla en la medida de lo posible de una visión puramente castellanista que, en muchos casos no se atiene a la intención creadora de sus autores. No queremos decir con ello que toda interpretación de lo castellano y lo abulense como referente del espíritu español sea incorrecta; tan sólo que esa interpretación pudiera ser parcial, atendiendo a la esencia propia del símbolo, mucho más amplia desde un punto de vista significativo.

Los textos aquí seleccionados responden precisamente a esa idea. De Unamuno podríamos haber elegido algún otro, poético, sobre todo. Pero existen ya publicaciones que han dado cuenta de la importancia que en la poesía de don Miguel tuvo la provincia de Ávila. Quizá el más destacable ha sido el de Jacinto Herrero, *La Colina de los asfodelos*, en la que hace un interesante repaso de algunos textos fundamentales de su obra. Así que vamos a pasar por alto aquellos y para su estudio y lectura, remitimos al libro de Jacinto Herrero<sup>2</sup>.

Hay, sin embargo, otros textos menores, por lo general artículos publicados en periódicos, reseñas literarias, en las que el carácter unamuniano aflora con especial sensibilidad, su dolor de España y su

---

(2) Herrero Estaban, J.: *En Ávila sin ira*. Institución Gran Duque de Alba, 1998

representación en Castilla. Y en esa Castilla, Ávila. Ya he hablado en otro lugar y momento de un sentimiento arraigado en esa llamada generación del 98 y que parece impregnar a todo el grupo. Cosa lógica, por otro lado para unos escritores que andaban entre Nietzsche, Shopenhauer, Kirkegaard, Pascal o Montaigne. Atisbaba en el artículo la valoración que el tópico podía tener en cuanto a valor representativo de la época; el sentimiento de vacío, íntimamente relacionado con otros tópicos simbolistas, que iba haciéndose explícito en sus obras desde el primer momento. De hecho, en el primer librito de Azorín, Charivarri, de 1897 refleja lo siguiente:

Cada vez voy sintiendo más hastío, repugnancia más profunda, hacia este ambiente de rencores, envidia, falsedad. Me canso de esta lucha estéril... Y aunque venciera, ¿qué? ¡Vanidad de vanidades!

Es difícil explicar el por qué de estas palabras. Podemos considerarlas como un ejemplo de lo anteriormente expuesto, aunque bien podría significar un simple cansancio de la vida cultural madrileña en el tiempo en que Azorín trataba de hacerse un hueco en el mundillo literario madrileño, de publicar en los periódicos de la capital y, aunque ya conocido y respetado, se da de bruces con la realidad de una ciudad que apenas si le reporta nada. Pero esta reacción puede no ser otra cosa que un puro recurso, un tópico más que también es utilizado por Machado o Unamuno:

Está en el aire todo,  
No hay cimiento ninguno  
Y todo vanidad de vanidades.  
Unamuno, Salmo I

¿Dónde está la utilidad  
de nuestras utilidades?  
Volvamos a la verdad:  
Vanidad de vanidades.

Machado. Proverbios y cantares, XXVII

La mirada hacia el Eclesiastés es general. La vaciedad o el hueco es la contraposición a la apariencialidad, y encuentra un lógico lugar

en la desnudez de los paisajes, de los paisajes castellanos, claro está. Podríamos enumerar un buen número de ejemplos en los que encontrar esta vaciedad:

Al llegar acá, a Castilla, cuyos campos representan no poca semejanza con lo que nos dicen ser la pampa, me hablaban todos de la tristeza y fealdad -confunden lo triste con lo feo- de esa campiña sin árboles ni arroyos, y me ponderaban la belleza del paisaje de mi tierra vasca. Y les sorprendía el oírme decir que prefiero este paisaje amplio, severo, grave; esta única nota, pero nota solemne y llena como la de un órgano<sup>1</sup>

La Gloria de Don Ramiro, a la que nos vamos a referir con más detenimiento como muestra clara del simbolismo en la obra de Unamuno y como reflejo de Ávila en tanto que ciudad muerta, es precisamente eso, la vanidad final de la gloria pretendida, y eso es quizá lo que más pueda admirar don Miguel de la obra de Larreta.

Una vez más la vanidad de la gloria, esa vanidad que estamos proclamando de continuo los que en lucha tras de la gloria vivimos. Y si la gloria es vanidad, ¿qué otra cosa no lo es también? ¿No es vanidad acaso la molestia y oscuridad de la vida? ¿No es la humildad tan vana como la soberbia? ¡Vanidad de vanidades y todo vanidad!, que dijo el predicador.<sup>2</sup>

¿Y en qué punto de esta disquisición podemos atisbar la importancia de la provincia y de la ciudad de Ávila? Ávila es casa, Ávila la casa. Pero también es celda. Y en tanto que celda, recoge toda la iconografía conventual y se acerca a los tópicos de las ciudades muertas del simbolismo europeo. Recordamos ahora los viejos cuadros barrocos, los San Jerónimos, con sus pesadas calaveras, sus relojes, sus libros... Y también la ciudad de Brujas en la obra de Rodenbach.

Abarcábamos toda Ávila de una sola mirada y comprendimos lo que se puede querer a una ciudad así y cómo puede ser patria. Atenas fue patria y

---

(3) Unamuno, Miguel: *Por tierras de España y Portugal*. Madrid, Espasa Calpe, 1941

(4) Unamuno, M.: *Op. Cit.*

no lo fue Babilonia. Y Ávila es, además, un convento. Y aun casi la celda de un convento.

Unamuno comprueba una corriente espiritual que, perdida en cualquier otro lugar, permanece en Castilla y puede rastrearse. Ese espíritu del XVI estaría presente en la Castilla del siglo XIX. Bien puede ser esa mezcla de la *intrahistoria* unamuniana y de *intuición* bergsoniana; el caso es que tras el espíritu que perdura en Castilla existe un hilo que nos conduce muy lejos, a Prisciliano. La energía espiritual que Azorín descubre en Santa Teresa es un ejemplo claro de la energía española<sup>5</sup>. El mejor ejemplo puede ser este texto del propio Unamuno, en quien también descubrimos ese interés:

Ninguna ciudad estaba mejor hecha que Ávila para otr la predicación de Prisciliano. Edificada entre cielo y tierra, sobre la más alta terraza de Castilla la Vieja, en un desierto de piedras ardientes o arrecido, Ávila estaba como prometida al ascetismo y al misticismo, debía de dar a la España Católica Juan de Ávila y Santa Teresa. Prisciliano predicó a la Iglesia abulense entera la austera moral que había enseñada antes a conventibulos de religiosos. Así dice, al empezar el capítulo IV de su obra, ya fundamental sobre Prisciliano y el priscilianismo, Mr. E. Ch. Babut. (...)

Y en estos días en que se celebran fiestas a Santa Teresa en vez de estudiar los orígenes de su espíritu y sobre todo, la españolidad o iberidad de su cristianismo místico-ascético y en que se le encasqueta un gorro - ¡y metálico! - de doctora, apenas hay quien se acuerde del obispo que tuvo Ávila a fines del siglo IV y estudie si por una corriente subhistórica, acaso telúrica, soterraña, no se transmitió algo de Prisciliano a Teresa de Jesús. Por íntima sacudida perenne de las rocas de Ávila, acaso.

Y, ¿no hay ninguna corriente anímica, algo como una sacudida nerviosa de la tierra ibérica, de sus entrañas de roca, que vaya a Santiago de Compostela a Alba de Tormes, haciendo palpitar el corazón soterraño de Ávila?

---

(5) En realidad, el tema de la energía espiritual no es una idea de Unamuno o de Azorín. Había sido Enrique Bergson el que había publicado un libro titulado *La Energía Espiritual* y en el que se explica, a través de algunos artículos, la psicología de algunos problemas metafísicos.

Por ello, por haber descubierto quizá el espíritu de la ciudad, se extraña tanto don Miguel de los aciertos de Larreta y se pregunta "cómo un argentino cómo es Larreta haya podido penetrar en el alma de nuestra España más castiza".

Sin embargo, Larreta ya había dado con esa imagen de la ciudad como una celda de la que venimos hablando y muy posiblemente estaba al tanto del libro *Bruges-la-morte*<sup>7</sup>. En ese caso, la descripción de la ciudad y su intención simbólica no sería más que ese artificio que ya era sobradamente conocido, por lo que los argumentos de Unamuno no tendrían especial sentido. No es en la Gloria de don Ramiro el único texto en el que se habla de la ciudad como una celda. En el poema Ávila, en el que se toma la imagen en torno a San Juan de la Cruz, la celda del despertar es ese espacio de piedra elevado espiritualmente:

Pone fray Juan plantas en el suelo.  
A pie descalzo y lumbre de candela  
se levantan, en fuga paralela,  
santas paredes, torres poderosas.  
Y es la ciudad en él piedra que vuela.

La Gloria de don Ramiro es otro claro ejemplo de cómo se percibe la ciudad desde la perspectiva del novecientos. Larreta contempla Ávila como ese mismo espacio monástico:

En cambio, la existencia muda y monástica de Ávila de los Santos, donde pasaba horas eternas sin escuchar otra nota de vida que el tañido de alguna campana o el canto de un gallo, le exasperaba el humor como un duro cautiverio.

---

(6) Unamuno: Prileiliano en Ávila. Nuevo Mundo, 20 de Octubre de 1922

(7) El nombre de Ávila-la-casa es, muy probablemente, sugerido por el nombre de Bruges-la-morte.

Recientes estudios<sup>8</sup> (y algún otro de la época) sobre el libro ponen de manifiesto que Larreta debió conocer una amplia bibliografía sobre Ávila, también la obra de Rodenbach, Brujas la muerta, de lo que hay evidentes muestras en *La Gloria de don Ramiro*. Pero la explicación que da Unamuno del acierto de Larreta, se escapa de lo estrictamente literario y entra de lleno en el pensamiento propio y en el de Bergson, olvidando a propósito la fuente estrictamente literaria de la que ambos habían bebido.

Y no dudo de la inteligencia de Larreta -dice Unamuno- ; es más, creo que la tiene privilegiada; no dudo tampoco de que haya estudiado detenida y concienzudamente a nuestra España y a nuestro siglo XVI, y en especial a Ávila, a esa maravillosa ciudad-castillo en que la acción de *La Gloria de don Ramiro* se desarrolla; pero creo que si ha acertado como ha acertado; que si nos ha dado una tan viviente obra de evocación, es por instinto, y no por instinto de artista precisamente. Estoy leyendo en estos mismos días la última obra filosófica del intensísimo pensador francés Henri Bergson,(...) y en esta obra admirable se traza una distinción luminosísima entre el instinto y la inteligencia. Y en ella se nos enseña que el instinto es simpatía (...) Lo que hay es una simpatía en el sentido etimológico de la palabra, una comunidad de sentimiento entre el paralizador y el paralizado. (...)Y es este instinto desinteresado el que, aunque sirviéndose de la inteligencia, le ha permitido a Larreta llegar al interior de la vida espiritual española del siglo XVI, tanto acaso como esta nuestra España de acá, y tal vez con la ventaja de no haber recibido ciertas escamas, excrecencias y escurrajas externas, que es lo que por aquí pasa por lo castizo y genuino de nuestro espíritu.

Ese espíritu monástico y caballeresco, tan propio de la tónica simbolista y que tanto interesa a Unamuno es al que también se referirá Azorín en algún artículo al respecto. En él se referirá a la Santa como ejemplo máximo del espíritu español. O mejor aún, con el término Bergsoniano de *energía espiritual*.

---

(8) Larreta, E.: *La Gloria de don Ramiro*. Ávila, Excmo. Ayto. de Ávila. 2002. Prólogo de Serafín de Tapia.

Mas donde hay que estudiar la energía española, donde hay que observar todo el estupendo temple del alma nuestra, es en los escritores místicos. ¡Qué portentoso libro el de las Fundaciones, de Teresa de Jesús! Acaso no haya producido nunca España tan enérgico e indomable espíritu como el de la Santa de Ávila. Pasma la obra por ella realizada. Pobre, desvalida, enferma y sin más que una o dos compañeras recorrió España entera. (...) Hubo, por el contrario, que vencer formidables obstáculos y desvanecer pertinaces persecuciones como la de las monjas de la Encarnación, en Ávila.\*

Así pues, podríamos ver en Ávila un ejemplo de cómo Castilla supone la concreción de ese espíritu español y de cómo se plasma en concreto en la ciudad como ciudad-celda, garante de la espiritualidad, a la vez que imagen puramente literaria. Pero no podemos olvidar que, en resumidas cuentas, y como decía Baroja, Castilla y su visión, no pasaba de ser un puro artificio literario. Y que existe ese otro artificio del que venimos hablando que utiliza el paisaje y la ciudad como un símbolo y nos permite incluir estas afirmaciones dentro de la tendencia literaria general. Y sin que esto reste especial significación a los textos, debemos considerar el tópico como un lugar común.

Fue Rafael Cansinos Assens, en su obra *La nueva literatura*<sup>10</sup> quien estableció una diferenciación entre los escritores de la época, atendiendo precisamente a su castellanismo. Para Cansinos,

Con el castellanismo volvemos a entrar en el hipogeo de las cariátides extrañas, tornamos a sumergirnos en las tinieblas medioevales. Nada de la moderna alegría. Ciudades muertas, viejas catedrales, viejas calles desiertas, viejos mendigos, sepulcros y ruinas. La palabra viejo se repite hasta la saciedad "Es una labor inspirada en la atracción que las ciudades muertas ejercen sobre nosotros, los habitantes de estas ciudades demasiado vivas -¿no ha cantado Rodenbach a Brujas la muerta?"

---

(9) Martínez Ruiz, J. "Revista nueva" Madrid, 25-X-1899. Existe una edición en Narcea de Ediciones, Madrid, 1972. Edición de J.M. Valverde.

(10) Cansinos Assens, R.: *La nueva literatura*, Tomo II, Madrid, V.H. Sanz Calleja, 1917

Esta es la imagen que le viene a la cabeza a Unamuno mientras pasea por Santiago

Y no sé por qué me acordaba de Brujas la muerta y de tantas otras muertas ciudades, y pensaba en amores furtivos, en tragedias ocultas, en dramas de misterio entre amantes de negro bajo la negrura lluviosa de la ciudad, en citas que alguien creería sacrílegas, en las oscuras naves románicas de la catedral "

Y uno puede imaginar a Valle Inclán, por ejemplo, cayendo en tales accesos simbolistas, aunque difícilmente a Unamuno, aunque sea él el que más significado simbólico dé a estos textos.

Así que hemos de pensar, de ahora en adelante, en Ávila como una referencia inmediata al tópico simbolista de una ciudad muerta. Así lo entiende Unamuno, pero también así debió de interpretarlo Larreta. Por ello, creo, aparece continuamente esta idea de ciudad celda, a mi manera de ver, más trascendental que la de ciudad-casa.

Retomando la idea que nos ocupaba, Ávila como una celda monacal es, quizá, una de las imágenes preferidas de algunos autores del 98. Preferida porque resume de alguna manera las ideas que hemos expuesto: pobreza, misticismo, sobriedad... para unos autores que recogen algunos tópicos de nuestra tradición del Siglo de Oro como forma de explicar nuestra España del XIX.

Traigo a colación, pues, otro texto de Unamuno en el que se nos aparece esta imagen de la ciudad. En él, el autor refiere ya la importancia de Rodenbach en su contemplación de la ciudad. "Recordad aquella Brujas la Muerta, de Rodenbach", dice Unamuno, quien ha comprendido que Larreta se encuentra muy cercano a los autores simbolistas europeos. Las referencias a los jardines en la obra de Larreta conecta con una tradición larga que los simbolistas conocen. Los jar-

---

(11) Unamuno, M.: Santiago de Compostela (1912), en *Andanzas y visiones españolas*, O.C.

dines modernistas son herederos directos de los románticos y estos a su vez del hortus conclusus, del jardín cerrado de la tópica literaria medieval. Así, de los jardines a las celdas hay poco camino y podemos hablar de los jardines y de las ciudades convento:

Tal es, en efecto, el interior moral de estas ciudades conventos, donde la soledad y el hogar son tan dulces y fecundos.<sup>12</sup>

La contemplación de esos jardines "misteriosos y enjaulados, sumergidos en tenebroso y perfumado silencio", según Unamuno, remiten al jardín cerrado, a su vez jardín interior y auténtica celda conventual, otro de los significados que venimos hallando en el símbolo que nos ocupa.

En esta Ávila, de jardines tenebrosos y perfumados y de cielo suntuosamente misterioso; en esta Ávila, entre casas señoriales y conventos sintió Ramiro los agujonazos del deseo y la pasión

La segunda parte del análisis que podemos hacer de la ciudad muerta es precisamente la de cómo la literatura finisecular añade a este ambiente de espiritualidad e historia, el ingrediente de la sensualidad.

Los jardines modernistas, llenos de evocaciones a los sentidos (colores, olores, sonidos...) son los lugares en los que puede despertar la pasión amorosa en los protagonistas. Como en Brujas la muerta, y como ocurre con otras novelas posteriores, sensualidad y espiritualidad terminan por unirse en estas ciudades, no como un contraste exagerado, sino como una necesidad derivada de la esencia de la ciudad muerta. La sensualidad extrema conduce a la vanidad y esta a la reclusión espiritual. Dirá Unamuno:

¿Es que este sentimiento [la vanidad] no surge, ante todo y sobre todo, de los desengaños de la pasión amorosa o de los hartazgos del deseo carnal?

---

(12) Unamuno, Miguel de: *Op. Cit.*

Así, vemos unidos los temas fundamentales que establecen a Ávila como un espacio simbólico. Proponemos ahora, algunos ejemplos significativos en la obra de Unamuno y Azorín.

### ÁVILA DE LOS CABALLEROS

Acierto, en efecto, como os decía, y uno de los mayores aciertos de Enrique Larreta en su novela Histórica La gloria de don Ramiro, es el haber puesto la acción de ella en Ávila, en Ávila de los Caballeros, en Ávila de los Santos, en la ciudad caballeresca y monacal.

Dos veces he estado en Ávila, la última hace aún muy pocos meses, y más veces aún pienso ir a ella. Su visión la llevo pegada al fondo del alma, la visión espléndida de la cuna terrenal de santa Teresa de Jesús.

Hay unas cuantas ciudades que se han ido llevando en España la atención de los visitantes y curiosos, más por hermosuras de aparenialidad y vistas que por recogido encanto, y otras por la facilidad de su acceso. Granada, Sevilla, Burgos, Toledo... Otras sólo figuran en segundo término, y algunas las más interesantes apenas si merecen mención. Y, en cambio, hay muchos a quienes les encanta San Sebastián, esa trivialísima San Sebastián, muy limpia, muy linda, muy bien adobada, muy alegre, muy hospitalaria y muy insignificante. Pero, en fin, ha de haber para todos los gustos, y no es cosa de quitar a los tenderos enriquecidos los encantos del Gran Casino easonense.

En el aspecto íntimo del arte, para el que busca sensaciones profundas, para el que tiene el espíritu preparado para recibir la más honda revelación de la historia eterna, os digo que lo mejor de España es Castilla, y en Castilla pocas ciudades, si es que hay alguna, superior a Ávila. Váyase a Sevilla, váyase a Valencia el que quiera divertirse o distraer el ánimo, el que quiera matar unos días viviendo con la sobrehoz del alma; pero el que quiera columbrar lo que pudo antaño haber sido vivir con el fondo del alma, ése que vaya a Ávila; que venga también a Salamanca.(...)

Nunca olvidaré la tarde - fue en noviembre pasado - en que desde uno de los torreones de las murallas de Ávila contemplaba la catedral y la basílica de San Vicente, y cómo sentía entonces henchida mi alma de aliento de eternidad, de juego permanente de la Historia. No quiero describirlo aquello; las descripciones son casi siempre una de las mayores calamidades literarias, y el descripcionismo suele ser, de ordinario, señal clara de decadencia artística. Es, además, cosa de receta, que se aprende con facilidad.

Pero sí quiero trasladar aquí, porque no es descripción, lo que Larreta dice de Ávila al final del primer capítulo de su novela: El sol acababa de ocultarse, y blanda, lentamente, las parroquias tocaban las oraciones. Era un coro, un llanto continuo de campanas cantantes, de campanas gemebundas en el callado crepúsculo. Hubiérase dicho que la ciudad se hacía toda sonora, metálica, vibrante, y ascendía entera hacia los cielos, milagrosamente, en el vuelo de su plegaria.

Y así es. Esa ciudad de Ávila, tan callada, tan silenciosa, tan recogida, parece una ciudad musical y sonora. En ella canta nuestra historia, pero nuestra historia eterna, en ella canta nuestra nunca satisfecha hambre de eternidad. (...)

"Paisaje de una coloración austera - dice Larreta del valle de Amblés - , sequiza, mineral, donde el sol reverberaba extensamente. Paisaje huraño y apacible como el alma de un monje.(...)

Y en esta Ávila, en esta Ávila de los Caballeros y de los Santos, es donde Larreta hace nacer y formarse y vivir a su don Ramiro, en esta Ávila caballeresca y monacal. Y fúndese en ella lo caballeresco y lo monacal, como en nuestra vieja España se fundieron. ¿No fueron acaso hermanos del alma Don Quijote de la Mancha y San Ignacio de Loyola? (Acaso alguien, recordando mi vida de Don Quijote y Sancho, donde este cotejo me proporciona episodios y no más que episodios, diga que ésta es una manía que me obstino en sostener). ¿No empezó Santa Teresa prendándose de los libros de caballerías? ¿No se llamó acaso a la santidad a la española "caballería a lo divino"?

Sí, ímpetu y arreos caballerescos es lo que a tan altas almas les llevó a buscar la santidad en España y fue la vida de mortificación una empresa caballeresca. (...)

Recordad aquella Brujas la Muerta, de Rodenbach. Allí en Ávila, la de los Caballeros y los Santos, Ramiro, "unas veces miraba hacia el vecino jardín sumergido en tenebroso y perfumado silencio, otras levantaba el rostro y las pupilas hacia la altura. Nada exaltaba su pasión como el suntuoso misterio de los astros".

Yo he contemplado, y con una cierta mezcla de arrobamiento y temor, en Ávila, desde la muralla, uno de esos jardines adosados a ésta, jardines misteriosos y enjaulados, sumergidos en tenebroso y perfumado silencio. Era al caer de las hojas y al caer de la tarde. Y yo me he pasado, no precisamente en Ávila, pero sí en la villa de Ledesma, horas enteras de duración pura, horas de eternidad y de silencio, contemplando el "suntuoso miste-

rio de los astros" -hermosa frase, de verdad!- viendo al girar de la bóveda infinita bajar la estrella del extremo del Carro a tocar en el campanar de la iglesia.

En esta Ávila, de jardines tenebrosos y perfumados y de cielo suntuosamente misterioso; en esta Ávila, entre casas señoriales y conventos sintió Ramiro los aguijonazos del deseo y de la pasión. Y allí sintió también, como fruto y rechazo de sus deseos y de su pasión, el sentimiento de la vanidad del mundo.

¿Es que este sentimiento no surge, ante todo y sobre todo, de los desencantos de la pasión amorosa o de los hartazgos del deseo carnal? (...)

Y sin embargo, de ser una ciudad como Avila - o como Salamanca- un verdadero hogar para el alma, una ciudad que recibe y conserva el dejo del espíritu, llegó Ramiro a sentir asco por ella, asco "de aquel ruin lugar, como le llamara en cierto instante de tedio el mismo don Alonso". Y prosigue. "Ciudad-cárcel. Según él, donde la holganza enmohecía los ánimos más nobles, donde la excesiva proximidad de los mismos orgullos hacía germinar rivalidades monstruosas; donde se vive bajo un continuo espionaje, y cada rendija tenía una mirada, cada colgadura un oído, cada sople una lengua; donde todo impulso generoso topaba con muros más agobiantes que los que retajaban el escaso recinto de la ciudad, y donde, en fin, sólo podían librarse del desencanto y del hastío aquellos que tenían el ala asaz nervuda para tender a cada momento su vuelo hacia dios. Ahora comprendía el abandono que iban haciendo de sus moradas tantos caballeros, para irse a vivir a la corte o a buscar fortuna y honra en Flandes, en Italia, en las Indias."

¡A la tetilla! Tal es, en efecto, el interior moral de estas ciudades conventos, donde la soledad y el hogar son tan dulces y tan fecundos, donde tanto nos dice el ambiente callado, el lenguaje de las piedras doradas por los siglos, pero donde el trato humano está, por lo general, envenenado de envidia. ¡La envidial; he aquí el terrible enemigo de la vida apacible de estas ciudades, he aquí el inevitable secuaz de la holgada caballerisca y de la holganza monacal. (...)

No hay, creo, como estas viejas ciudades provincianas, perhinchadas de historia y de poesía íntima, para el que sepa no dejarse ganar de las arteras insinuaciones del trato humano en ellas; no hay como estas ciudades para el que acierte a saber aislarse y gozar de la soledad, yendo de tiempo en tiempo a bañarse en campo libre o a buscar el breve comercio de otras gentes. Para el huésped de poco tiempo es halago.

Y ahora renuncio a contaros la trágica historia de la vida de don Ramiro, tormentosa y brava como lo eran a menudo las vidas de aquellos nuestros antepasados de los siglos XVI y XVII, cuando se vivía acaso más con el fondo del alma, pero más con el alma al desnudo también.

No fueron, de cierto, siglos de hipocresía; más bien lo fueron de cinismo. Hoy nos horrorizan las cosas que en relato de su propia vida nos dejó contadas aquel turbulento y bravío Benvenuto Cellini; ¿pero somos mejores? ¿Somos mejores que aquellos hombres del Renacimiento que daban suelta, a la luz meridional y a los cuatro vientos, a sus indómitas pasiones?(...) Una vez más la vanidad de la gloria, esa vanidad que estamos proclamando de continuo los que en lucha tras de la gloria vivimos. Y si la gloria es vanidad, ¿qué otra cosa no lo es también? ¿No es vanidad acaso la molestia y oscuridad de la vida? ¿No es la humildad tan vana como la soberbia? ¡Vanidad de vanidades y todo vanidad!, que dijo el predicador.

El texto, publicado por Unamuno dentro de su obra "Por tierras de Portugal y de España", es una de las varias que dedicó a la obra de Larreta. Pero la auténtica imagen de la ciudad celda y ciudad muerta podemos leerla en este otro:

### FRENTE A ÁVILA

En esto se nos apareció Ávila, Ávila de los Caballeros, Ávila de Santa Teresa de Jesús, la ciudad murada. (Nuestros lectores argentinos la conocerán, si no por otra cosa, por la novela de E. Rodríguez Larreta, La Gloria de don Ramiro, y acaso por alguna reproducción del retrato que de él hizo Zuloaga, y en que aparece con fondo la maravillosa ciudad castellana, la de los castillos que son los torreones o cubos de sus murallas). Se nos apareció Ávila, según a ella íbamos por la carretera que la une con Salamanca, y se nos apareció encendida por el rojo fulgor del ocaso del sol que abermejaba sus murallas, en una rotura de un día aborrecido.

El ceñidor de las murallas de la ciudad subía a nuestros ojos; a un lado de él, fuera del recinto de la urbe, la severa fábrica de la basílica de San Vicente, y en lo alto, dominando a Ávila, la torre cuadrada y mocha de la catedral. Y todo ello parecía una casa, una sola casa, Ávila la Casa. (...)

Una ciudad así, murada y articulada, es una ciudad. Tiene unidad, tienen fisonomía, tiene alma. Londres en cambio, o Nueva York, no puede ser una ciudad nunca. El que en Londres tenga alma de ciudadano tiene que albergarla en un barrio. Londres no puede ser nunca una casa.

El que esto os dice se sentiría solo y solitario, aislado, en una urbe como la de Londres y aun mucho menor. Hasta en Madrid experimenta la tristeza de la urbe extensa. Es como si se me mandase escribir sobre una mesa puesta en medio de la Galería de Máquinas de París, o de la iglesia de San Pedro en Roma. Mejor en medio del campo. En medio del campo, al aire libre, sí, pero no en un tan vasto recinto cubierto. En una choza, sí, sintiendo cerca el recinto, bien ceñido.

Abarcábamos toda Ávila de una sola mirada y comprendimos lo que se puede querer a una ciudad así y cómo puede ser patria. Atenas fue patria y no lo fue Babilonia. Y Ávila es, además, un convento. Y aun casi la celda de un convento.

Se entra en la ciudad por puertas, pasando bajo un dintel de piedra, como se entra en una casa. A la puerta principal de entrada la flanquean dos robustos torreones, dos cubos de la muralla. Y cuando dentro del recinto murado, en el centro de la ciudad, se encuentra alguna plaza, parece que ésta se ensancha en su pequeñez. ¡Estas plazuelas apacibles por las que han resbalado siglos de instantaneidad cotidiana! (...)

Cuando se nos apareció de pronto Ávila de los Caballeros, hace pocos días, surgiendo de las berroqueñas tierras de Castilla, íbamos meditando en la revolución que está pasando ahora España. Y en Ávila, como en un espejo histórico, queríamos descubrir nuestro porvenir revolucionario. Sus murallas eran un símbolo.

Dejamos, pues, atrás la idea de la ciudad como un decorado más o menos integrado en la narración y con mayor o menor influencia en ella, excepción hecha de casos como la *Vetusta de la Regenta*. La ciudad como un personaje más de la narración que deja sentir su peso en el texto comienza a tener su importancia precisamente con estos autores. Pongamos, como ejemplo de lo contrario, el texto de Concha Espina en el que se relata la huida de Teresa a tierra de moros. No apreciaremos ningún otro interés más que el de la propia descripción.

Después juntaron las miradas y los acentos en recatado palique, con el aire misterioso de quienes traman algún lance fuerte y secreto. Al fin se pusie-

ron en pie y cambiaron al oído algunas palabras que debían encerrar alguna trascendencia.

Entra la luz ahora hasta los dos hermanos con más holgura que antes y aparece muy donoso el porte de la niña, que contará sus nueve primaveras. Es arrogante, blanca y alegre; tiene los ojos arrobados y negros, encarnadas las mejillas, la guedeja rizada y oscura, los labios gruesos y rojos, la expresión a un tiempo resulta apacible. El niño, poco mayor que su gentil hermana, es también agraciado y robusto.

Viste ella adamasgado y pomposo faldellín y fresca basquiña de Ruan; luce en las orejitas arracadas de oro, en los rizos un favor sonrosado, y pendiente del cuello un alcorcá. Lleva el mancebillo jubón de terciopelo atacado con agujetas, gola blanca y calzón corto.

-¿Vamos? - dice Teresa resoluta, encendiendo el semblante y la voz conmovida-. Agora están adormizados todos en casa."

(...)

\*-¿Tú sabes del rumbo nuestro? -pregunta el muchacho, un poco indeciso.

- A naciente, por la misma ruta del sol -dice la niña con iluminado gesto. Luego reflexiona:

-Haberá que salir al campo por la puerta del Adaja y se determinar en el puente, hacia las adelfueras.

-¿Por el valle Amblés?

-Eso...

Atraviesan las calles sin apenas mirarlas, pensando que así nadie les conoce. Y la fuga de aquellos pies menudos levantan un curioso rumor de celosías en la siesta profunda de la ciudad. Alguna voz ha dicho con asombro: -¡Los hijos del Toledano!

Ellos se apresuran hasta destizarse fuera de la muralla, y sólo entonces vuelven atrás los ojos para medir, con cierto orgullo, el conquistado terreno; allí queda el murado recinto, con sus adarves erizados de torres, bravo y hermoso como un símbolo de la pujanza española.

La magnificencia del espectáculo parece que impulsa a los peregrinos con mayores prisas en la escarpa de los senderos. Corren los dos hermanos buscando el puente, no muy ciertos del rumbo que persiguen.

La nava y la defesa tienden su dorada llanura en el paisaje y todos los caminos declinan hacia el Adaja, en cuya linde sauces y fresnos, batanes y molinos ponen una línea de sombra placentera.

Cunde el río menesteroso, en pleno estiaje y los viajeros se paran en el puente a escuchar el débil murmullo de las ondas.

Por mucho que Concha Espina intente describir la ciudad como un "símbolo de la pujanza española", tras la descripción no hay nada; sólo un paisaje que queda detrás como un decorado a la imagen abulense.

Sin embargo, el proceso que se da años después en estos otros autores está realmente simbolizando, llenando de contenido la imagen que, hasta el momento, se tiene de Ávila, y lo está haciendo desde la perspectiva de una idealización basada en los conceptos de religiosidad y espiritualidad típicamente noventayochista, así como en los estereotipos provenientes de las nuevas novelas. Habría que ver si esta imagen no ha sido y es la que actualmente se conserva de la ciudad y si no será, de alguna manera, una imagen falseada, como toda subjetividad que se convierte en formulación colectiva.

Unamuno había citado ya a Rodenbach en el artículo *Ávila de los Caballeros*. Recordemos: "Recordad aquella Brujas la Muerta, de Rodenbach. Allí en Ávila, la de los Caballeros y los Santos, Ramiro, unas veces miraba hacia el vecino jardín sumergido en tenebroso y perfumado silencio, otras levantaba el rostro y las pupilas hacia la altura".

Y conviene recordar por qué lo trae a colación en este artículo.

Rodenbach había publicado *Bruges la Morte* en 1892. La novela la había traducido por primera vez al castellano Alberto Insúa con el título de *Brujas, la muerta*. Con esta novela, en la que se recrean ambientes y sensaciones de la ciudad de Brujas, se inaugura una larga serie de obras en las que la ciudad se convierte en protagonista de la obra. D'Anunzio, Thomas Mann o Zweig son algunos de los autores que continuarán esta tendencia. El propio Rodenbach explica así cómo son esas ciudades:

Les villes surtout ont ainsi une personnalité, un esprit autonome, un caractère presque extériorisé qui correspond à la joie, à l'amour nouveau, au

renoncement, au veuvage. Toute cité est un état d'âme et (...) cet état d'âme se communique, se propage à nous en un fluide qui s'inocule et qu'on incorpore avec la nuance de l'air."

El hecho de que "toda ciudad sea un estado del alma y que este estado se propague, suena fundamentalmente unamuniano y también, cómo no, algo romántico. Pero aún hay más. Rodenbach había sido el introductor en Francia de las ideas de Schopenhauer, el filósofo alemán que tanto predicamento tuvo en la obra de Unamuno.

Podemos considerar así que la ciudad muerta es el lugar al que escapar de las incitaciones de la vida: "es lección de silencio y calma, ejemplo de resignación, consejo de piedad y austeridad; un espacio donde se resume la aspiración schopenhaueriana a la renuncia a la vida, la mutilación de los deseos, beneficiándose de la influencia pálida y tranquilizadora de Brujas en la serena espera de una buena muerte"<sup>13</sup>.

Hemos de considerar también que estas ciudades muertas son, de alguna manera "avisos de la muerte", como lo son las vanitas barrocas y como lo expresaron, ya vimos atrás, Unamuno y Azorín. Lejos, pues, de las grandes ciudades, la verdadera ciudad muerta se encuentra en las ciudades pequeñas, en los espacios reducidos de antiguas ciudades que conservan su pasado. Brujas lo era para Rodenbach y Ávila lo es para Unamuno.

El símbolo de la ciudad muerta encierra pues, imágenes de campanas, iglesias, sepulcros... son historia y como historia apenas amenazan. Forma parte de la huida de los hombres de fin de siglo frente al

---

(13) Las ciudades así tienen sobre todo una personalidad, un espíritu autónomo un carácter apenas exteriorizado que corresponde a la alegría, al amor nuevo, a la renuncia, a la viudedad. Toda ciudad es un estado de ánimo y (...)este estado de ánimo se comunica, se propaga a nosotros en un fluído que se inocula y que se incorpora con el matiz del aire.

(14) Lozano Marco, M.A.: *Imágenes del pesimismo. Literatura y arte en España, 1898-1930*, Alicante, Publicaciones de la Universidad de Alicante, 2000.

empuje de la sociedad industrial y de las ciudades grandes. Hemos seleccionado este texto de Unamuno como ejemplo de lo que venimos explicando.

Por último, incorporaremos un texto, también de Unamuno en el que las referencias a lo anteriormente expuesto se hacen evidentes: *huesos, ciudad vertebrada, espinazo, rosario, como un cráneo...* todo ello forma un recuerdo de la muerte con el que enmarcar un trasunto histórico.

Los textos de Azorín muestra más a las claras esta idea. El pasado de Ávila contrasta con el silencio del hoy, en el que se da un espacio ideal para la melancolía, el spleen, verdadero tópicos de gran parte de la creación de fin de siglo.

No podemos ni sería justo identificar plenamente la idea que del tópicos tienen ambos autores. Azorín tampoco se siente especialmente cercano a algunas novelas y a ciertas formas que adquiere el pensamiento de don Miguel. Alguna crítica a la obra "*Paz en la guerra*", declara<sup>15</sup>:

No soy partidario de las nebulosidades de Unamuno ni de las nieblas de la literatura decadente. Admiro a Maeterlinck, por *L'intruse*; admiro algunas de las novelas de Eekhout<sup>16</sup> y de Cyriel -desconocidas entre nosotros-; pero meridional criado entre montañas, bajo cielo sin nubes, amo más que todo la claridad, la sencillez, la precisión en los contornos; y pido como Zola, en su *catilinaria* de *Le Figaro*, transparencia en la concepción y en el estilo. <<Luz>>.

---

(15) Publicada en *El país*, 16 de enero de 1897

(16) De Eekhout conozco sólo la novela *Escal-Vigor*, en una rara edición francesa. He querido seleccionar la descripción del personaje femenino principal, que encaja con la descripción de mujer que en el tipo de literatura que explicamos propia de ciudades muertas y de ambientes de novelas decadentes. De Cyriel queremos suponer que se refiere a Cyriel Buysse.

Sin embargo los autores que cita, lejos de estar en esa línea de claridad o de luz, son autores poco sencillos y, a menudo no poco oscuros, al menos lo que conocemos de alguno de ellos. Y sobre todo Maeterlinck, de quien el propio Azorín había traducido *La intrusa*, una obra en la que un ciego siente los pasos de la muerte, que va entrando lentamente en su hogar. Esta obra, de 1890 se difundió muy rápidamente en España e influyó poderosamente en los simbolistas catalanes y también en Azorín, sobre todo en su trilogía teatral *Lo invisible*. Pero por lo que vamos a ver, no anda tampoco muy alejado de las tesis de Unamuno.

Es bien cierto que a Azorín no le interesan especialmente las ciudades. Su crítica a la vida en la ciudad aparece en algunas obras: En *Diario de un enfermo*, se pone en tela de juicio la pretendida ventaja de los adelantos en comunicaciones y ciencia. En *Bohemia*, historia de un escritor que trata de hacerse un hueco en el mundillo literario de la ciudad, finalmente el protagonista se ve arrastrado por los peligros de la ciudad... Pero Azorín reivindica también la vida en la aldea y en las ciudades pequeñas. Detrás de la idea está por un lado las críticas que acabamos de citar brevemente, pero también la de que el tiempo en las pequeñas ciudades es sinónimo de lentitud, de retención del tiempo y de monotonía: *vivir es ver volver*, la idea nietzscheana que se repite en algunos textos de sus obras más destacadas, no es más que esto.

Por otro lado, el tiempo tratado así no es más que lo que venimos viendo en Unamuno y en los simbolistas que crean el tópico que estudiamos. El eterno retorno de los valores tradicionales que Azorín encuentra en la aldea y el campo y Unamuno en la ciudad muerta. El sueño imperial en el que cae Ávila tras Villalar, no es más que su consolidación como espacio muerto, como pasado eternamente anclado en el espacio urbano. O sea, la ciudad muerta.

Veámoslo en el siguiente texto.

## EXTRAMUROS DE ÁVILA

Aparecióseme una vez más la ciudad de Ávila, Ávila de los Caballeros, Ávila de Teresa de Jesús, ciudad vertebrada. En aquel campo rocoso, entre los berruecos, que son como huesos de esta tierra de Castilla, toda ella roca, donde la gea domina a la flora y a la fauna, rocambre que es de fuego cristalizado. Cincha a la ciudad el redondo espinazo de sus murallas, rosario de cubos almenados, y como un cráneo, una calavera viva -la gloria mayor del rosario- , en lo alto, la fábrica de la catedral, cuyo ábside cobija recovecos de misterio interior, allí entre las bermejas columnas. Ciudad, como el alma castellana, dermatoesquelética, crustácea, con la osamenta -coraza- por fuera, y dentro la carne, ósea también a las veces. Es el castillo interior de las moradas de Teresa donde no cabe crecer sino hacia el cielo. Y el cielo se abre sobre ello como la palma de la mano del Señor.

Fuera, sin embargo, del redondo espinazo ciudadano alza San Vicente su severidad románica; fuera, Santo tomás, su recogimiento, donde duerme - ¿sueña?- el príncipe don Juan, el que se llevó a la tumba una dinastía que pudo haber sido un provenir que nunca fue, una realeza entrañablemente española, de roca que no de cepa castiza. Y fuera de aquellas murallas, un miércoles, 5 de junio de 1465, viose un acto para siempre memorable (...). Así, a mediados del siglo XV, en las afueras de Ávila de los Caballeros. Las recias murallas, calentándose al sol desnudo de Castilla, se estremecieron acaso en su meollo viendo ese ejemplo de caballerosidad altanera. Pero antes nos cuenta P. Mariana también que "despertado el rey de su grave sueño, a solas, y las rodillas por tierra, las manos tendidas al cielo habló con Dios, según se dice, desta manera: "Con humildad, Señor, Cristo Hijo de dios y Rey por quien los reyes reinan y los imperios se mantienen, imploro tu ayuda; a Ti encomiendo mi estado y mi vida; solamente te suplico que el castigo (que confieso ser menor que mis maldades) me sea a mí en particular saludable. Dame, Señor, constancia para sufrille y haz que la gente en común no reciba por mi causa algún grave daño". Dicho esto, muy deprimida se volvió a Salamanca.

Desde esta Salamanca, plateresco rosal de otoño, con la encendida amarillez de la tarde del Renacimiento en las hojas; desde esta Salamanca sigo

viendo, cerrados los ojos de la carne, el grave sueño de la berroqueña Ávila, de Ávila de granito. Y veo a Castilla, "las rodillas por tierra, las manos tendidas al cielo", pidiendo piedad a Dios. Resquebrajada de sed de justicia el alma. Y es su vida sueño, pero grave sueño de piedad. Un toro de piedra guarda, dentro de Ávila, los callados remotos recuerdos de la noche que precedió al alba romana de su historia.

"¡Bienaventurados los hambrientos y sedientos de justicia, porque ellos se hartarán", suspiró el Cristo (Mateo, V, 6). ¿Dónde? ¿Cuándo? ¿Cómo? Se hartarán sí, de consuelo celeste; acaso de sagrada indignación. Los malaventurados, los que, faltos de justicia, no sienten ni hambre ni sed de ella porque están muertos civilmente, duermen grave sueño de piedad, como el del toro de la plazuela de Ávila. El sol le chupa el rocío y no cría ni musgo en sus costillas.

Libertad fue a buscar al claustro Teresa de Jesús, consuelo de deleitarse en aquel castillo interior, "pues sin licencia de los superiores -dice- podéis entraros y pasearos por él a cualquier hora". Dentro del cincho de piedra de las murallas de su ciudad nativa soñó la Santa, reinando Carlos I, el César flamenco, santa libertad. Seis años tenía la Santa de Ávila cuando, cincuenta y seis después de la afrenta que hacía temblar las carnes sólo de pensarla, rendían sus cabezas en Villalar los comuneros de Castilla. Y cayó sobre ésta un grave sueño imperial. Segismundo rezongaba, remusgándose dentro de un seto berroqueño. "Y teniendo yo más alma ¿tengo menos libertad?", clamaba.

A mil varas sobre el ras del mar, cuna de libertad, y todo él sedero, sobre los huesos de esta tierra crustácea de Castilla, duerme y sueña sus recuerdos, dentro del rosario de sus murallas -gloria final la catedral gótica-, Ávila de los Caballeros, de los caballeros que desnudaron la estatua del rey don Enrique<sup>17</sup>.

Unas breves notas para hacer señalar cómo a Azorín le interesa resaltar el valor simbólico del gesto de la ciudad: desnudar la estatua del rey don Enrique. El texto está lleno de referencias al sueño como revelador de una realidad nueva: "Dentro del cincho de piedra de las

---

(17) Publicada en *Nuevo Mundo*, 24 de marzo, 1922

murallas de su ciudad nativa soñó la Santa"; "Y es su vida sueño, pero grave sueño de piedad"; "y cayó sobre ésta un grave sueño imperial"...

La ciudad que sueña o que duerme nos revela inmediatamente ese otro significado del pasado que puede sobre el presente y puja hasta imponerse a él. Es decir, cómo los símbolos de las ciudades muertas pesan hasta configurar la esencia de sus habitantes. El sueño en Azorín forma parte del concepto de tiempo, de detención temporal y eterna vuelta a lo ya existido. Es el mismo caso que el silencio, otro de los tópicos simbolistas que ya el propio Maeterlinck contribuyó a dar forma. Y silencio, sueño, detención del tiempo es precisamente la base de esta forma de ascetismo que reclama la ciudad celda.

En los siguientes textos podemos comprobar esta imagen de la ciudad de Ávila

## ÁVILA

Ávila es, entre todas las ciudades españolas, la más del siglo XVI. Se llama Ávila de los Caballeros. Su población no es crecida. Las murallas -con sus ochenta y ocho torres- ciñen el caserío y forman un ámbito perfectamente cerrado. Los más bellos palacios de Ávila son del siglo XVI. El siglo XV tiene también recuerdos. Todo evoca en la ciudad a Felipe II y a los Reyes Católicos. Felipe II tenía predilección por Ávila; mandó edificar en la ciudad el Peso de la Harina y la Carnicería. Los Reyes Católicos levantan el convento de Santo Tomás -pareja de San Juan de los Reyes, en Toledo- y declaran a Ávila sitio real veraniego. Corresponde Ávila al modo y carácter de Felipe II; la piedra de sus edificios es cárdena, cenicienta. Todo es severo y noble en la ciudad. En el ámbito cerrado de Ávila se ha ido condensando un ambiente de enardecimiento y de pasión. Los caballeros dominan la ciudad. Tienen todos gusto intenso por la política. La multitud está avezada a la vida ciudadana. No existe casi la muchedumbre en el sentido plebeyo. Todos, más o menos, son señores. Ávila sugiere la idea de una Atenas gótica. (...)

No quisiéramos pasar, en la representación de Ávila, de las viejas estampas en que, en toda la espaciosidad de una plaza, sólo se ven un caballero con

sombrero de copa y una dama con miriñaque y una sombrilla. Una Guía de 1863 nos dice que en Ávila hay calles de Barruecos, Caballero, Cozuelo, Cuchillería, Maldegollada, Tallistas, Tres Tazas, Muerte y Vida, Tejares. El ferrocarril, en 1863, es cosa reciente, pero todavía corren las diligencias. <<Sale coche para Madrid los días impares a las ocho de la mañana -dice la guía- y entra en ésta los pares a las cinco de la tarde>>. Hay en Ávila cuatro o seis posadas; la de la Estrella, la de la Fruta, la de Vulpes, la del Puente. En el Círculo de Recreo, en la Unión Avileña y en la Aurora Artístico-Abulense, esparcen el ánimo los moradores de la ciudad. En Ávila existen muchas plazuelas. Las plazuelas son el encanto de las viejas ciudades españolas. La piedra de los edificios es cenicienta en Ávila. El silencio, hoy, en las plazuelas es profundo. Lo gris de la piedra hace resaltar más lo azul del cielo. Las plazuelas se llaman de la Catedral, de la Feria, de Fuente el Sol, de Magana, de Ocaña, de Pedro Dávila, del Pocillo, del Rollo, de las Vacas, del Rey Niño, de Nalvillo, de Zurraquín... <<No sé -dice Quadrado- qué melancólico encanto por su soledad y por sus fachadas de piedra oscura, tiene para el viajero las plazuelas de Ávila que le aguardan a la entrada casi de cada puerta>>.

El autor de la Guía citada nos da una relación -con nombres y domicilios- de los administradores que las grandes casas españolas tienen en Ávila. Tienen administradores en Ávila, en 1863, S.M. la emperatriz de los franceses, los duques de Abrantes, Alba, Medinaceli, Roca, Tamames, los marqueses de Cerralbo, Fuente el Sol, Obieco, San Miguel de Gros, los condes de Campomanes, Parsent, Polentino, Superunda, Torrearias, la condesa de Montijo. En Ávila se ven <<infinitud>> de escudos. Se los ve en las fachadas, en las puertas, en los capiteles de las columnas, en los esquinaos. Esos escudos son de los Heredia, los Acuña, los Bazanes, los Mújica, los Velas, los Guevaras, los Bracamontes, los Castrillos, los Salazares, los Cepedas, los Ahumadas. Ávila es la ciudad de los Caballeros. Toda la ciudad vive intensa vida cívica. El ambiente es aristocrático. Y un monumento hay en la vida de Ávila en que esta modalidad culmina en una fórmula viva y espléndida -Teresa de Jesús-; una fórmula en que la acción se alía, no a un fin terreno y limitado, sino a un anhelo espiritual, universal, y en que el sentido aristocrático llega a su más alta y refinada expresión: a la elegancia desafectada.

## DESPEDIDA DE ÁVILA

De los vergeles de Levante ha subido el crítico literario hasta las parameras de Ávila. Las dos regiones tienen belleza: una blandura y otra severidad. Para llegar desde allá abajo a la ciudad murada ha tenido que ascender el crítico literario mil ciento cuarenta y cuatro metros. Preciso era que él viniera a Ávila. No podía en otra ciudad de España efectuar el acto que necesita de toda necesidad efectuar. En un vocablo, no gustado nunca por él, condensa ahora, al llegar a Ávila, sus sentimientos: desamigarse. Ávila será acaso la más alta ciudad de Europa; piensa el crítico que al estar en Ávila se halla a ochocientos cuarenta y cuatro metros sobre la torre Eiffel, con sus trescientos metros. En su cuarto del hotel medita el crítico en su actual situación psicológica; la ha motivado lo ineluctable. No podría él seguir hurtándose el acto que decididamente va a cumplir.

¿Y será verdad que va a romper sus relaciones por entero con persona a la que ha mostrado sincera adhesión? Continúa el crítico apropiándose de la realidad circundante a pedazos inconexos: aquellos pedazos que suscitan en él asociaciones intensas de ideas. En Ávila, divagando solitariamente, toma para sí, para su sensibilidad, la imagen del valle de Ambles, contemplado desde la altura, con el Adaja en el fondo y con un álamo líbico o temblador junto a los cristales del río. Y se conmueve con la sensación de tiempo y de generaciones enervorecidas en la ermita de San Segundo, extramuros de la ciudad, en el siglo XIII. Y correteando por la ciudad llegaba de llegar necesariamente- al convento de la Encarnación, del que salió para emprender nueva vida, dejando atrás otra, la singular mujer.

En este punto la figura de la excepcional mujer evoca, por contraste, la figura del personaje con quien viene el crítico a desmoronarse. Y éste es el segundo vocablo expresivo de sus situación y de que él, naturalmente, tampoco gusta. En Toledo ve el crítico literario a la extraordinaria mujer, pobre, constante, alentada por un ideal que ha de realizar, y no teniendo, con ella dice, <<ni leña de una seroja con qué asar una sardina>>. ¿Y por qué se asocian las dos figuras, la del filósofo y la de esta mujer? La santa busca, al dejar el convento de la Encarnación, un más riguroso ascetismo, y el filósofo repudia el ascetismo. Con tal repudiación - en páginas que se le antojan sofisticas- no puede transigir el crítico literario. No transige, porque a un estado de ascetismo, de dureza consigo mismo, ha llegado tras experiencias penosas, el propio crítico. Aparte de que a ese estado llegó también el filósofo, que al enunciar su repulsa contradice su propio

vivir ascético; su vivir solitario, desasido del mundo, vagando por Europa, de cuartito en cuartito de hoteles modestos. Hoteles que él buscaba en las montañas. Hombre de montañas solitarias era él, y hombre de montañas es el protagonista de su gran poema. Era preciso, pues, que para marcar sus discrepancias con el filósofo viniera el crítico a un lugar eminente. El aire en Ávila es purísimo. Del filósofo se ha dicho que su doctrina <<tiene la pureza del aire de las cumbres>>.

(...)

Desde el pie de las murallas contempla el crítico el panorama desnudo de la campiña abulense. Da un adiós, desde este paraje, a un fragmento de su vida. Se desamiga de lo que antes amara. Quedan, todo, allá a lo lejos, pedazos de su amistad. No podrá renunciar nunca a la agudeza en la sensibilidad que todo lo capta y todo lo asocia y lo disocia: cualidades excepcionales del filósofo, de quien ahora, en las alturas de Ávila, a mil ciento cuarenta y cuatro metros sobre el mar, discrepa sin rencor y sin saña, antes bien con profundo pesar.

Y sí. El espíritu español, el que se encierra en estas ciudades, según Unamuno, y que Azorín encuentra en los pueblos de tiempo detenido, donde aún se siente a Santa Teresa y al pueblo que desnuda a Enrique IV, es el mismo que impregna la obra de Nietzsche. Al fin y al cabo, como el propio Azorín reconoce Nietzsche es español<sup>18</sup>.

Pero sí hay una diferencia fundamental entre Azorín y Unamuno. Azorín busca en los pueblos, no en las ciudades el sentimiento de compenetración con el ambiente y la necesidad de retirarse de la vanidad del mundo. Es igualmente cercano ese sentimiento, que se sitúa en las lindes de la tristeza, no en la tristeza misma. Esa inexplicable sensación de melancolía, tan de fin de siglo, por otro lado, la misma que tiñe las novelas de los simbolistas, los poemas de los modernistas, y la que Azorín encuentra en Riofrío, en Ávila y en Castilla.

---

(18) En el artículo *Nietzsche, español*, publicado en *El Globo*, el 17 de mayo de 1903, se reivindica la fuente de Gracián para la obra del alemán.

Martínez Ruiz se une al paisaje a través de esta sensación de spleen que nos describe así:

¿Dónde está España? ¿Dónde está Castilla? ¿No está allá arriba, allá arriba, pasadas unas duras montañas, lejos de los paisajes suaves, románticos y de los mares azules? Sólo en el otoño, después de este vagabundeo espiritual, después de esta fiesta infantil de nuestro espíritu; sólo en el otoño, vueltos a la altiplanicie castellana, unas páginas de *La Celestina* o del *Lazarillo* nos hacen compenetrarnos hondamente, dolorosamente, con el paisaje, el ambiente y el arte de Castilla. En nuestros ojos traemos aún la visión de Europa. Quisiéramos, cuando vamos leyendo, relejendo estas páginas de nuestro siglo XVI, sentirnos uno mismo con las ciudades y el viejo paisaje. Quisiéramos, ya casi en el ocaso de la vida, ya fatigados por el trabajo, un descanso en uno de estos viejos pueblos. Pueblos de Toledo, de Segovia, de Ávila, de Salamanca. Un vasto y cómodo caserón en una calle quieta, silenciosa y lejana. Detrás un amplio y sombrío huerto, donde sólo discretamente entran las tijeras del jardinero en los arriates de mirtos y evónimos.

Hay hojas amarillentas sobre el agua del estanque y del ancho tazón de la fuente. ¡Oh los cipreses centenarios y negros que noblemente se perfilan en el azul del cielo! Y las campanadas de la lejana catedral llegan de tarde en tarde a romper el silencio y hacerlo más sensible... "Lugar codiciado para hombre cansado", decía el poeta. En esta soledad, en este silencio, en este ambiente de ecuanimidad y de sedancia, un lazo sutil que nos una a Europa. (...)

Azorín continúa en su búsqueda por los mismos caminos que nos ofrecía el símbolo. Ávila, Toledo o Segovia, las ciudades y las provincias tocadas por la historia, y en su texto, las descripciones se nos van a los colores prerrafaelitas: azules, amarillos, como los pintaba Juan Ramón, y el jardín se llena de mirtos y evónimos. Podrá decirse que este amarillo, por otro lado tan unamuniano, es otra cosa, no es el mismo que el de los modernistas, o que quizá sea sólo el tono del trigo de Castilla. Pero opino, como Ramón Gaya, que, sólo quizá, estos colores en nuestros autores vengan a ser una representación, también simbólica de Castilla y España:

En España, como se sabe, todo lo que no es gris, es ocre. Quizá la plata y el oro insistentes en la obra de Juan Ramón -nos han podido parecer res-

ros preciosistas de un modernismo acabado- expresen esto: el gris y el ocre de España.

Valladolid, Ávila y Toledo son grises; Segovia es dorada y, por lo tanto, más campesina.”

En cualquier caso, la lectura de *Un pueblecito, Riofrío de Ávila* es una lectura sobre el tiempo, no sobre otras representaciones. Bejarano, el Montaigne de Riofrío es la trasposición del hombre que se aparta del mundo para dedicarse a cultivar su interior.

En esta obra descubrimos que el interés de Azorín por los pueblos pequeños tiene que ver con esa sensación de huida temporal de tempus fugit. Montaigne se había retirado también en su propia casa a los treinta y ocho años, en la heredad familiar, entre sus libros, huyendo del mundo. Stefan Zweig, en un opúsculo sobre Montaigne, dice que se retiró demasiado pronto, pues luego debió volver a ciertas obligaciones sociales, con lo cual el retiro quedó en suspenso no poco tiempo. Pues bien, como Montaigne, Bejarano, se retira a sus libros en un espacio donde el tiempo y los libros son una cárcel, como la celda de los místicos. Y, aunque el espacio que prefiere Azorín sea este, vamos a quedarnos con la idea del personaje que se retira a la celda, huyendo de la vanidad, pues, aunque el símbolo cambia, aunque las preferencias del referente sean distintas, responden a la misma realidad, al mismo estado de espíritu que en Unamuno. Dejaremos en suspenso esta idea hasta que veamos el resultado de enclaustrarse demasiado pronto en una novela de Insúa que analizaremos después.

A pesar de que Azorín parece poco inclinado al tópico, realiza algún viaje a Toledo, con Baroja, entre otros y redacta algún texto en el que parece reelaborar el símbolo. Recordamos alguna estampa como *Horas de León*, por ejemplo.

Concluyendo con el análisis de los dos autores, el símbolo de la ciudad muerta encierra una visión del lugar como una imagen de

---

(19) Gaya, R.: *Obra Completa*, tomo II, Valencia, Pretextos, 2000, Correspondencia.

pasado en la que la iconografía conventual e historicista conforma la ciudad. Todo ello termina por encerrar el concepto de vacío o de vanitas y desemboca en una idea de tiempo propiamente nietzscheana y azoriniana.

## 2.- BAROJA EN SUS VIAJES

He querido traer este texto de Baroja por un doble motivo. El primero, procurar mostrar cómo, a pesar de las diferencias evidentes entre los diferentes autores de fin de siglo, si les une un talante impresionista, simbolista, o denominándolo como queramos, un espíritu de representación subjetiva de la realidad española.

Por otro lado, la imagen de Ávila, aunque no lo aparente el impresionismo imperante en el fragmento ni se refleje en la claridad que puede leerse en Unamuno o Azorín, sigue la tónica de aquellos, incide en la idea de una ciudad como la que venimos explicando.

Así, apenas podemos ver descripciones de personajes, no así de monumentos y lugares que dan imagen de lo vacío de la ciudad, de cómo pesa la historia o el pasado en ella.

Baroja, que se muestra en otras cosas tan distante de otros autores del 98, recoge la tradición simbólica y la incorpora a su visión de Ávila. Fue Azorín quien dijo que sobre él "ha gravitado el panorama castellano y la visión de las ciudades muertas"<sup>20</sup>. Y así es, seguramente, si leemos *Camino de Perfección*.

Ávila, 18 de marzo.

Salgo de Madrid por la mañana temprano, hacía frío y llueve. En la estación del Norte tomo un billete de tercera clase para Ávila. Entro el primero en el vagón y me coloco en un departamento del extremo (...)

---

(20) Martínez Rutz, J.: La generación de 1898, *La Esfera*, 25 de abril de 1914.

Me asomo a la ventanilla. Hemos pasado el puerto y la nieve ha desaparecido. Comienza la ancha paramera de Castilla la Vieja con manchas de pinar, donde pastan toros negros y flaquísimas yeguas.

En el fondo veo las torres almenadas de Ávila, y al poco tiempo estamos en la estación.

Bajo del tren y voy a la población, pasando cerca del Santo Cristo de la Luz, me dirijo hacia una iglesia románica, cuyo triple ábside adornado con delgadísimas columnas aparece al extremo de una plaza. La construcción es de granito rosa listado con manchas de rojo intenso. Recuerda por la entonación y por los entrecruzamientos de las vetas coloreadas de los sillares las fachadas de mármoles policromos que tanto amaron los arquitectos italianos. Atravieso la plaza y contemplo el arco de la muralla, antigua entrada de la ciudad. La puerta rompe el muro, airosa, artística en su esquemática sencillez. Dos formidables torreones, unidos por un arco volado, la flanquean: eso es todo, y, sin embargo, cuán distante está la severa grandeza de estas torres toscas, plantadas como campeones guerreros que defienden la entrada, de los prosaicos edificios modernos, de ese Banco de España, del horrible Ministerio de Fomento, de esa miserable colección de construcciones recargadas, feas y sin carácter.

¿En qué consistirá que un bárbaro mesón de la Edad Media pueda producir con sencillos elementos arquitectónicos una emoción estética tan grande, y los sabios arquitectos actuales con construyan más que cuarteles y caserones dignos del fuego?

Pensando esto subí por una callejuela que da al la catedral.

Encima de unas casuchas se levanta la silueta enorme de la iglesia almenada como un castillo, vetusta y sombría como una prisión.

El granito severo, ennegrecido por los años, chorrea humedad. En el lomo del ábside ciclópeo se abren ventanas estrechas, abocinadas, guarnecidas con fuertes rejas.

La corona triunfal de las almenas está rodeada por una cornisa de matacanes volados llenos de saeteras; desde ellos los buenos canónigos avileses arrojarían aceite y pez hirviendo a sus enemigos.

El ábside de la catedral es el baluarte más fuerte de la muralla.

Penetro en el edificio por un portón de estilo grecorromano. Al principio no veo casi nada, distingo apenas los machones de la nave central y las claras ventanas en lo alto.

Poco a poco la vista se acostumbra y hundo la mirada en la profunda nave. Veo las degadas nervaduras que se cruzan en lo alto, los airosos capiteles

floreados, las impostas de piedra berroqueña enriquecidas por la fantástica imaginaria medieval, luego recorro el ábside negro, y en los rincones más oscuros, casi a tientas, paso mis manos por los relieves sepulcrales que la eternidad guardará en la penumbra.

Detalles más codiciados, porque imagino que no son contemplados por ojos profanos, que sólo contemplan lo que brilla a la luz del día.

Y voy despacio, muy despacio, de capilla en capilla, de sepulcro en sepulcro, con recogimiento procesional, para no distraer a las viejas que murmuran sus pecados en la rejilla del confesionario, y después de recorridas las naves y el ambulatorio, y después de muchas veces admirado el mismo detalle, salgo de la iglesia por la puerta mayor, flanqueada por los encadenados leones vigilantes, voy al extremo de la plaza y veo la magna torre almenada como torre de homenaje triunfante y bella.

Por encima de la veleta, que gira al viento, vuela una cigüeña en el cielo gris, y llora la lluvia sobre el huracán edificio guerrero y religioso.

Luchando contra el viento y los aguaceros que barren las callejuelas, salgo a la parte exterior de la muralla y entro en los conventos de las afueras. En los dominicos admiro la soberbia nave gótica y el altar elevado a gran altura sobre un arco que cubre un sepulcro de alabastro blanco. En el coro cantan los frailes las vísperas acompañados por el órgano. Salgo de allí y vuelvo a correr, chapoteando en las calles de iglesia en iglesia, de convento en convento, transido de frío y con hambre canina; veo una casa de comidas, entro y pido de comer. Tras larga espera, una mujer me pone delante un par de huevos fritos que nadan en aceite verdoso, un tenedor de hierro con las púas torcidas y un vaso de vino, luego trae unas rodajas de merluza no muy fresca, apochugo con ellas, indudablemente, la contemplación de obras artísticas abre apetito.

Cuando salgo del figón es de noche, atravieso la ciudad y emprendo el camino a la estación. Sigue lloviendo; tropezando aquí y allá porque las luces apenas alumbran, llego a la estación del ferrocarril. Está desierta.

Para entrar en calor me paseo de arriba abajo por la sala de espera iluminada por una lámpara eléctrica, que ya quisiera alumbrar lo que un candil. Miro las tarifas de ferrocarriles rasgadas, los anuncios pegados en la pared. En uno de ellos hay una figura de mujer prerrafaélica: algún aburrido viajero o un mozo de andén le ha pintado, con lápiz, a la escuálida damisela unos magníficos bigotes y una perilla mefistofélica.

Por los cristales rotos de las vidrieras entra un frío horrible; el viento zumba en las rendijas y gimen las puertas.

Una locomotora que maniobra en vía resopla cansada y lanza de vez en cuando silbidos quejumbrosos.

A lo lejos veo las luces de la población que se reflejan en el suelo encharcado. Comienza a nevar, y el viento arrastra por la sala en que estoy algunos copos de nieve que bailan un momento en el aire y luego caen al suelo, se derriten y forman redondas manchas negras.

Se acerca la hora del tren, pasa un mozo que lleva una linterna encendida, va cubierto con el capote, la capucha calada, abre una puerta y le oigo llamar a alguno. En la carretera veo luces que se acercan, al poco tiempo suena ruido de cascabeles. Son las diligencias que llegan.

Un cochero canta:

Cuando anuncian lo papeles  
Que el Reverte va a matar...

Interrumpe la copla y salta desde el pescante al suelo.

Se abre la taquilla, tomo un billete de primera por Burgos y paso al andén. Al poco rato suena un silbido largo y la luz roja del tren aparece a lo lejos en la vía.

Es bien conocido también el otro viaje que los Baroja hacen a Gredos, en compañía de Ciro Bayo, uno de los grandes viajeros de su época. Tanto Ricardo como Pío relatan dicha excursión, Ricardo en *Gente del 98* y Pío en sus memorias.

Don Ciro Bayo y Seguro es el último aventurero español de la vieja, noble cepa. Ricardo propone un viaje a Yuste: Pasado mañana, a las dos de la madrugada, salimos de Madrid rumbo a la Sierra de Gredos. Llegaremos al monasterio de Yuste. El que quiera que nos siga. (...) No contaré aquí nuestras andanzas por vericuetos y posadas. Mejor que yo pudiera hacerlo las han relatado mi hermano en alguna novela y don Ciro en sus memorias de viajero.

De este viaje, Pío Baroja da cuenta en *La dama errante*. Fulgencio Castañar<sup>21</sup> reconoce algunos tintes de animadversión de la siguiente manera:

---

(21) Castañar, F. Apuntes para el estudio de la literatura en el veite del Tíetar abulense, Cuadernos Abulenses, n.º 18, julio-diciembre de 1972, Ávila, Institución Gran Duque de Alba.

Una visión la de Baroja, propia del que ve de lejos; en ningún momento se aprecia que el grupo de intelectuales tuviese una relación directa con las gentes del lugar. La parcialidad en la selección indica que Baroja vio aquello que le interesaba captar, sin importarle si la totalidad respondía a esa imagen que le cuadraba tan bien para reflejar las estampas de la España negra.

Parece evidente, en la línea de lo que venimos exponiendo, que Baroja, como otros tantos coetáneos tiene en mente, no la realidad, sino su visión de la realidad. Pero dudo que a Baroja, en su trilogía de La Raza, le interesase sólo mostrar su España Negra. En la trilogía, por ejemplo, La ciudad de la niebla, en la que se hace una gran apología de la ficción, no se hubiera podido escribir sin su viaje a Londres. El árbol de la ciencia, sin su experiencia médica...

Esto es lo que dice Baroja en la Dama Errante:

En lo alto de la cuesta vieron las mojoneras de la provincia de Ávila. Se cruzaron en el camino con una porción de carros, algunos llenos de chicas vestidas de fiestas, que iban a la feria de la Adrada.

Pasaron por sotillo, dieron de comer y beber a los caballos y siguieron el camino con los que iban a la feria. En esto, en una revuelta, se toparon con una tropa de gitanos que regresaban del mercado (...)

Iban marchando por delante de una aldea, llamada Mijares, cuando se unió a ellos una pareja de la guardia civil. Temblaron al principio el doctor y su hija, pero se tranquilizaron pronto, porque los guardias civiles no les preguntaron nada.

Cruzaron a la vista de dos pueblos: Gavilanes y Pedro Bernardo; en este último quedaron los guardias civiles, y Aracil y María tomaron por una carretera recién construida y desierta.

Ya pasados Lanzahíta y Arenas, llegan al Santuario de Chilla:

Un mozo, que se sintió burlón, cogió de la cocina una sartén y, haciendo como que se acompañaba con la guitarra, cantó unas tonadillas extrañas y luego hizo cantar a Canuto y a la tía Calesparra.

-No parece que estemos en un país civilizado- dijo don Álvaro.

-Es posible que no lo estemos- replicó, humorísticamente, Aracil.

-La verdad es que choca -añadió María - que cerca de aquí haya trenes, y telégrafo, y luz eléctrica.

-Nos encontramos en este momento en plena edad de bronce - agregó don Álvaro.

-¡Ca, hombre! -dijo el doctor-. Canuto no ha llegado al período cuaternario.

Estas novelas están llenas de cierto cosmopolitismo que usa, como otros muchos en su generación, como un trasfondo caricaturesco, más que ridiculizador, con el fin de retratar la sociedad española... y europea. El protagonista de *César o Nada* compara a los alemanes con perros de presa, los ingleses con vacas, los franceses con gatos pardos. Y así sucesivamente. No es tanto una crítica al paisanaje como al medio. En *El mundo es así* decía:

No hay más que dos castas en Europa; los alpinos, que proceden del gorila, y los mediterráneos, del chimpancé. El gorila sublime es idealista; el chimpancé es siempre realista y de una fisiología complicada... el mediodía espiritualmente es eso: una cosa hueca, gesticulante, exaltada por fuera y fría por dentro.

No puedo, por ello, más que disentir de lo expresado por F. Castañar y considerar que Baroja sólo intenta un reflejo del pensamiento propio de su época y suyo propio, que es también el de otros muchos escritores coetáneos: una muestra de espíritu crítico y de desmitificación de lo popular.

### 3.- GREGORIO MARAÑÓN

Sorprendente Marañón con este texto. No sé muy bien por qué razón el novecentista Marañón se deja llevar por el tópico. Remite, es cierto a un lector que no hubiera leído nada sobre la ciudad. Y sin embargo, a pesar de todo, este lector se encuentra con la caballería y el misticismo, con la ciudad que da la espalda a lo campesino, a las huertas de dentro de murallas, a la pobreza de sus habitantes. Aparentemente el texto demuestra esto. Las referencias a los mismos tópicos, a los místicos, a la ciudad celda son explícitas en las siguientes líneas:

## CABALLERÍA Y MISTICISMO

Un lector que no hubiera estado en Ávila, que nunca hubiera leído nada sobre ella, podría sólo con esta contemplación y con esta sucinta lectura, darse cuenta de algo que hay en esta ciudad y que la diferencia de todas las demás de Castilla. En León predomina un aire medieval, burgués y labriego, de labriegos próceres, finos y bienhacendados; en Salamanca la ciudad está empapada de egregio espíritu de universidad; en Segovia es la estepa castellana, para el alma y para el cuerpo, la que corre por las calles con el viento seco y frío que hincha las capas de los aldeanos del mismo color de las piedras del acueducto; Burgos es el romancero, la gesta heroica de la lealtad por la lealtad, aunque la lealtad no tenga pago, aunque se premie con el engaño o la traición: Toledo es una ciudad oriental, ya lo he dicho antes de ahora, una ciudad oriental que venía del Mediterráneo y que se quedó atascada en la meseta, camino de otro mar; ¿Y Ávila? Ávila es - su nombre lo dice - la ciudad de los caballeros. Pero de unos caballeros como debe ser, no los cortesanos, sino los de las aventuras, los de lances de caballerías, ya fuera por combatir por grandes ideales, en los campos de batalla remotos o en los escenarios fabulosos del otro lado del océano, ya por alcanzar las cimas extrahumanas de la santidad y no ciertamente, por la contemplación beatífica, sino fundando, escribiendo, peleando, reformando, agitando el mundo, aunque sin dejar de rezar.

### II

Esto es Ávila: caballería y misticismo. En ninguna parte del mundo se tiene la impresión de lo que estas palabras representan, y, sobre todo, de que deben representar la misma cosa.

Porque no hay caballería verdadera sin un sentido de puro ideal místico. Las piedras apasionadas e inmortales de Ávila y del paisaje que circunda la ciudad, <<paisaje huracán y apacible como el alma de un monje>>, que dijo Larreta, nos enseñan que el ser caballero no consiste en tener ilustre la prosapia, ni la hacienda pingüe, ni aderezos pomposos, ni maneras cortes, sino que el alma esté, en cada instante de la vida, dispuesta a la renunciación, propia de la convivencia, para servir a lo que conviene a los demás. Esto, que es la pasión del caballero andante y el alma de la caballería verdadera, ¿qué otra cosa es el misticismo?

Y el místico, ¿no es el caballero andante del prójimo y de Dios? Aún vaga por las calles, por las casas, por los conventos abulenses la sombra de Santa Teresa, el gran Quijote de carne y hueso, cuya Dulcinea era Dios. Como

los otros grandes santos - y ninguno lo fue más que ellas - Santa Teresa, sabía que servir a Dios era luchar, en cualquier parte del mundo y contra quien fuera, por la verdad y por el bien, como luchaban los caballeros por sus ideales de tejas abajo. (...)

Ávila no recrea y descansa, como León, no enseña la vieja sabiduría, como Salamanca, no fortifica, como Segovia, no enardece, como Burgos, no hace soñar, como Toledo, sino que nos sumerge en ese lago pulcro donde el firmamento se refleja, que es la caballería y el misticismo (...).

Ahora bien. En el momento en que nos adentramos en consideraciones literarias, la opinión de Marañón tiene ciertos matices que nos interesa ahora destacar. El primero de ellos es la referencia a Baroja, quizá el autor que más influyó en su obra, pero también el que descubre que la belleza de Castilla es eso, un artificio retórico, al fin y al cabo, un símbolo. Sólo que Baroja parece olvidar, según Marañón, la propia esencia de ese artificio retórico, es decir, crear una realidad nueva. El símbolo es una creación para explicar realidades subjetivas existentes, así que Baroja se equivoca y esta imagen de Castilla y de Ávila es real.

La postura de Marañón está aún vinculada a los escritores simbolistas, incluido Baroja, si se me permite decirlo, a quien hace partícipe del invento de la belleza castellana. Sin embargo, aunque el texto que reproducimos refiere lo hasta ahora expuesto, no podemos olvidar algunos detalles: no son mejores los tiempos de entonces y peores los de ahora; que a fuerza de retórica hemos acabado por encontrar agradable la luminosa desnudez castellana. No son ideas ya de un simbolista, aunque sí de un defensor de las ideas de éstos sobre Castilla.

Ahora se habla mucho de lo que la literatura del siglo XIX, maravillosa literatura, ha inventado en nuestra valoración actual del paisaje y del alma castellanos. Nuestro gran Baroja, cuyo aparente humor arbitrario nos hace a todos andar derechos, cree, por ejemplo que no tienen razón los que consideran la belleza de Castilla una realidad, porque es un artificio retórico. Y lo cierto es que es un artificio retórico; pero los artificios retóricos son tan reales como las cordilleras. Toda la vida es una batalla y sería insoporrible si el hombre no hubiera convertido dada uno de sus lances en motivos de fruición. En verdad nada nos da idea del poder del ingenio huma-

no como la consideración de este continuo escamoteo del dolor, que disfrazamos de goce. Es posible que a fuerza de retórica hayamos acabado de encontrar agradable la luminosa desnudez castellana. Mas no es seguro que no haya sucedido lo mismo con el prestigio del paisaje verde. Siempre que pienso en esto me viene al recuerdo Carlos V, que había nacido en el norte umbrío, que se sintió extraño durante largo tiempo en nuestra meseta pelada, y que, sin embargo, cuando quiso anclar para siempre su vida trashumante, él que podía escoger su retiro en cualquier latitud de los continentes, prefirió el oasis del desierto extremeño, donde hizo construir un pequeño banco de fábrica, es decir, un observatorio variable, vuelto, no hacia el jardín frondoso, sino hacia el mar de la tierra, allí a trechos gris, a trechos rojizo. Entonces todavía no habían nacido los escritores que hace cincuenta años inventaron, en libros memorables la belleza de Castilla. Uno de los cuales, por cierto era Baroja.

En realidad, inventar equivale a descubrir. Cuando las cosas se inventan y adquieren una realidad en la mente humana, es porque existen y existen con la misma vigencia que las ruinas exhumadas de debajo de la tierra es que el nuevo cuerpo químico que surge del laboratorio. (...)

#### 4.- JOSÉ MARÍA SALAVERRÍA, UN SIMBOLISTA TARDÍO

José María Salaverría había nacido en 1873. Pertenecería a la generación de Baroja o Azorín. Pero apenas hoy nadie lo conoce. Su obra tiene una especial relación con la del resto de sus coetáneos, sobre todo algunos rasgos de negro pesimismo, más retórico que otra cosa, el amor profundo a la patria, su visión simbólica de la naturaleza... Pero ya no es un escritor de su generación. Como él mismo dijo se hizo conocer "*cuando otros suelen volver ya cansados de la literatura*", lo cual da idea de una vocación tardía y, por lo tanto, poco dado a intentos de vanguardia o de renovación estética. Sin embargo, esto no fue obstáculo para que sus obras estuviesen llenas de un optimismo e idealización paisajística mucho más intenso que en otros autores de su época. Fue un incansable viajero y en este interés también coincide con su generación.

Muchas de sus obras podría clasificarse en la misma línea que los autores del 98: "España vista desde América" (1914), La afirmación española (1917), Santa Teresa de Jesús (1921), y otros muchos ensayos nos dejaron, sin embargo, una visión de su pensamiento ya algo alejada de los tópicos noventayochistas.

El texto que a continuación exponemos es una muestra de ello. La descripción de la Paramera está muy cercana ya a la de autores posteriores y parece alejarse definitivamente de la de Unamuno. Lo hemos extraído de la edición de textos que Quiliano Blanco publicó para uso didáctico en las escuelas de Ávila, en 1935. Salaverría no duda ya en hablar de automóviles y de viajes poco "noventayochos", si se permite la expresión. Es decir, va abandonando el tono de Unamuno y acercándose, por ejemplo, al de Ortega.

### CONTRASTES EN LOS VALLES DE GREDOS

El alba está lejos todavía cuando el automóvil abandona la sombra del ábside de la Catedral.

En el silencio de una gran luna blanca, Ávila duerme su sueño como de siglos, guardada por la tropa de los táticos torreones, firmes, erectos. Aprisa corre el carruaje y rezonga fuerte, como buen hijo de nuestra era jactanciosa. Un poco más, y Ávila ya se ha perdido en la lejanía.

Entonces sobreviene esa vaga nerviosidad de la espera del día, que nos obliga a consultar veinte veces el horizonte por ver la melancólica ascensión del alba. ¿Qué ganaremos con que llegue la luz? Cuando el día amanece, vamos cruzando la región más desolada de España, donde las piedras ocupan el sitio de los árboles, donde la altura ventosa y el suelo arenoso ahuyentan las hierbas más miserables. El día, pues, nos saluda en plena Paramera de Ávila, pobre país cuyos pobladores merecían la cruz del mérito cívico.

La nieve blanquea en lo alto. Frío, soledad, un viento gruñe y azota por los barrancales. El puerto del Pico está a la vista. Con un postrer empuje el automóvil ha ganado la cuesta y se halla, en fin, en la cumbre... ¡Pare un poco! ¡Deténgase! ¡Un momento, conductor!...

¿De qué misteriosa hondura tiene formada la Naturaleza su arca de los secretos? Creíamos estar curtidos y salvos al choque de las sorpresas, y una

grande, estupefacta admiración, era casi imposible. No era cierto, porque ahora nuestra alma se estremece, toda trémula, ante ese cambio inaudito de decoración.

Maestra en escenografía es la Naturaleza, que sabe utilizar los recursos efectistas y los contrastes; pero un contraste, como este, ¿en dónde lo buscaríamos, tan brusco, tan sensacional e inesperado?

El viaje lunático y la desolación dantesca de los páramos de Ávila se han convertido en un cuadro fértil, luminoso, jocundo, sin más que recorrer el tránsito de unos pocos metros. Es a la manera de los cuentos de hadas. O como en los prodigios de la electricidad, que basta mover un botón para que la sombra se transforme en luz radiante.

La luz más vital y alegre nos saluda, nos inunda todo el ser y regocija nuestra alma. Es, además, luz de aurora en un cielo limpio de Abril. Y para agravar el efecto, la nieve de la noche de Gredos se ríe encima de nosotros con una risa de rosa virgen. El espacio se agranda infinitamente delante de los ojos estupefactos para una imitación de apoteosis. ¡El cielo y la tierra están cantando a gloria!

¡Que lejos se distinguen las montañas y los pueblos! Por allí azulea la tierra de Guadalupe; allí dibujan su larga línea muelle los montes de Toledo; e inmediatamente, en la próxima profundidad del cuadro, he ahí el país de la magia, preliminar de la fecunda Vera. Hacia esa profundidad maravillosa corre el automóvil por una carretera que soslaya y evita de milagro el ingente precipicio. A medida que las revueltas de la vía se hunden en el valle, los ojos ven admirados que el clima, la vegetación, la luz y el tono de las cosas han cambiado como en un escamoteo.

Es un tránsito tan brusco y tan radical, que estamos dispuestos a creer en la magia. Parece también que nos hubieran transportado, en un vuelo, a otra nación. Hace pocos minutos vivíamos en un país de pesadilla, frío, gris, desolado; ahora estamos en una tierra tibia y morena, que recuerda el campo de Tarragona. Pero no; es poco todavía. Necesitaríamos buscar la comparación en los bellos y armoniosos paisajes de la Italia Central.

Los altos y graciosos pinos, más graciosos que los mismos del Mediterráneo, forman bosques densos que el sol naciente abrillanta. Las vides y los olivos se juntan a los numerosos castaños de talla verdaderamente gigantesca. Prados de un verde idílico rezuman agua de nieve, corriente en arroyos innumerables. Los brezos enormes, como esponjosas floraciones, unen su blancura a la de los árboles frutales todos en flor. Los grupos de cerezos componen sinfonías inefables. Frescos helechos crecen

bajo cálidos olivos... Y esta increíble promiscuidad de vegetaciones dispares, esta milagrosa convivencia de la planta del Norte y de la del Mediodía (como en el Paraíso vivían juntas y en paz todas las plantas), hace de los valles de Gredos la cosa definitivamente sin igual.

Los pueblos contribuyen entre tanto a la obra de belleza con su aire original y pintoresco. Techos de teja morena; paredes de ladrillo, trabado con listones de madera; muros enjalbegados. Así pasa Cuevas entre los cerezos en flor. Así llega Mombeltrán con su numeroso caserío y su castillo de torres almenadas.

Y después, más hondo todavía, el terreno arrecia su frondosidad hasta convertirse en un arrebató de verdes calientes, que el sol de Abril y la frescura de las aguas rodantes hacen brillar con tonos lujuriosos.

Llegamos, por último, a Arenas de San Pedro.

## 5.- GEORGE SANTAYANA.

Comparto el sentido de abulensismo que Pedro García Martín señala en la obra de Jorge Santayana. Dicho esto, y pues no negamos la mayor, remitimos a su obra *El sustrato abulense de Jorge Santayana* para quien quiera indagar en la obra abulense de dicho autor. Digo que comparto porque me parece evidente que una parte esencial, si no de la doctrina, sí de la obra del filósofo tiene una intensa voluntad de abulensismo. Esta parte de su obra, fundamentalmente la menos cercana al tratado filosófico y más cercana a lo memorialista o autobiográfico, por no decir a lo poético, tiene referencias ineludibles a lo abulense. También es cierto que una lengua impone una determinada manera de pensar y que, aunque podamos estar conformes en que filosofía y lenguaje van unidos y que la obra de Santayana es fundamentalmente inglesa, García Martín demuestra que existe una profunda vinculación a los pensadores españoles y concretamente a los místicos abulenses. Cita el autor un texto que nos parece fundamental y que se incluye en el tema básico de nuestro planteamiento. Dice García Martín <sup>22</sup>:

---

22 García Martín, Pedro: *El sustrato abulense de Jorge Santayana*. Ávila, Institución Gran Duque de Alba, 1989

La gloria de Ávila había venido y ha seguido sustentándose tradicionalmente sobre dos pilares fundamentales: el eclesiástico y el militar; y para atestiguarlo ahí están la muralla, las mansiones y palacios señoriales, los conventos, las iglesias y los escritos. Pero en Ávila la realidad histórica ha encontrado sostén por supuesto en otro pilar, el de los campos y las huertas, que ha permitido a los dos anteriores mantenerse erguidos. Sólo que, ni los campesinos ni los hortelanos tuvieron jamás la posibilidad de construir monumentos perdurables ni de aprender a escribir crónicas memorables.

Santayana no conoció a fondo la realidad de este tercer pilar fundamental de la historia de Ávila, pero le cabe el honor de no haberla perdido de vista en su descripción abulense en indicárnosla desde su mirador urbano: <<A esta altitud -nos dice- la naturaleza primitiva y pelada ha coexistido durante siglos con la más hermética y fortificada civilización eclesiástica y militar. Nadie necesita añorar aquí el rus in urbe; tiene lo contrario, que es un equivalente. Tiene lo que podríamos llamar urbs ruri o más bien oppidum in agris.

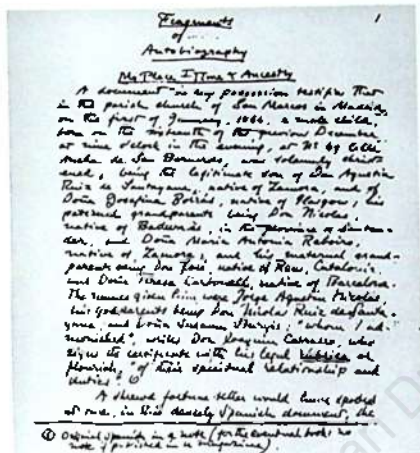
Sí es cierto que Santayana supo alejarse del tópico de la ciudad muerta y vincularse a algo mucho más real y cercano, el "oppidum in agris", la ciudadela o fortificación en el campo. Y es evidente que eso ayuda a "superar de una vez por todas nuestro endémico hermetismo secular.

Y en esta línea voy a rescatar sólo unas líneas de la obra de Santayana, pertenecientes a su libro *Personas y lugares* que inciden en estas ideas:

El paisaje de los alrededores de Ávila (que yo supongo de un glaciár extinguido) es demasiado austero para ser bello, es demasiado seco y estéril; y sin embargo, revela elocuentemente el esqueleto pétreo de la tierra; no un esqueleto muerto como las montañas de la luna, sino como las montañas de Grecia, vivificado al menos por el ambiente, y rico todavía en manantiales y en campos escondidos. Después de todo, Castilla no está tan elevada y seca como Arabia, que también tiene sus sitios verdes; toda la meseta española se inclina suavemente hacia el oeste y al sudoeste en dirección a Portugal y el Atlántico, de donde proceden sus lluvias y donde desembocan sus ríos sin obstáculo. Ávila se asienta en la misma punta de una lengua de terreno elevado que se extiende en esta dirección; y su particular

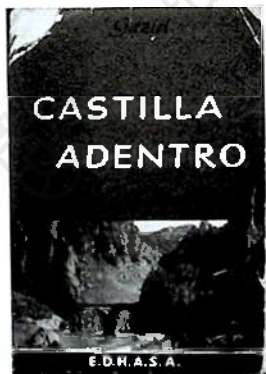
pintoresquismo se debe a la circunstancia de que, a pesar de estar situada entre las estribaciones septentrionales de las sierras castellanas, no mira al norte, sino al sur, hacia esas mismas montañas, desde un espolón secundario y paralelo. Dado que hace más a menudo frío que calor, ha vuelto la cara y abierto las ventranas al sol. Desde el paseo del El Rastro o desde la casa de mi cuñado sobre la cima de la misma pendiente meridional, la vista domina, por consiguiente, el aspecto más agradable y más humano del campo. A los pies se tienden los tejados de un barrio pintoresco, no exento de iglesias y campanarios; más allá, en el campo, se levanta el gran monasterio de Santo Tomás; se ven las largas carreteras derechas, a veces bordeadas de árboles, que cruzan el amplio valle, y puede incluso vislumbrarse el río, aunque en verano no sea más que una fila de charcos, con un pequeño hilo de agua discurriendo entre uno y otro u ocultándose entere montones de piedras y trechos de arena. Más allá de todo esto, para cerrar el panorama, se levantan los escarpados picos de la sierra de Ávila, y la más lejana e imponente Sierra de Gredos, ambas igualmente purpúreas a la vista, y, por así decirlo, licuadas por exceso de luz.

Sirvan estas líneas como engarce con el siguiente capítulo, en el que intentaremos comprobar cómo se descompone, finalmente el tópicos de la ciudad muerta que tanto nos ha ocupado. Y sirvan como un aire fresco en el cerrado tópicos que hemos venido estudiando.



Primera página autógrafa de Personas y Lugares, de Santayana.

La novela de Alberto Insúa se desarrolla en la Ávila simbólica de los autores de fin de siglo.



Gaziél, pseudónimo de Agustín Calvet, director durante años de La Vanguardia, visitó y escribió sobre la provincia, en su obra Castilla Adentro.





Años después, en los 50, aún sigue vivo el símbolo y en los murales de la estación de RENFE, se refleja a un campesino escoltado por el fraile y el guerrero. La definición de la provincia, sigue unida a los tres elementos del tópico.

II

*LOS INTENTOS POR DEPURAR EL LENGUAJE  
SIMBOLISTA. DEL SÍMBOLO A LA METÁFORA.*

Hemos de entender que, finalizado el momento simbolista, perdido el interés por la Castilla que representaban los autores de fin de siglo, o al menos por esa visión simbólica, nos encontramos ante una reconsideración de los espacios, de las tierras que reivindicó el 98.

A continuación vamos a tratar de indagar en cómo se ha ido perdiendo la idea de la ciudad muerta de Unamuno, Azorín y Baroja entre otros, y se ha empezado a considerar la imposibilidad de que esa ciudad llegue a tener una existencia real posible. Parece como si el símbolo se hubiese convertido en una realidad tal que, para cualquier autor fuese imposible huir de la tentación de contemplar Ávila de otra manera, de mirarla con el cristal oscuro de los desafectos. Efectivamente Ávila, la ciudad de los místicos y los guerreros, de los caballeros y de los conventos, la ciudad celda y la ciudad casa, ha desaparecido definitivamente. Como Enrique González Martínez, el poeta postmodernista mejicano, quería "torcerle el cuello al cisne" de los modernistas en 1915, también algunos escritores pretenden hacer lo propio con el símbolo de Castilla. Y, como si de un fantasma se tratase, queda reflejada en estos textos que, de ahora en adelante vamos a comentar.

El modernismo simbolista buscaba una evasión, no hacia el exotismo o lo lejano, sino hacia el propio interior del autor. Este modernismo simbolista se aleja un tanto del modernismo rubendariano, más parnasianista y musical en sus primeros momentos, y se acerca más a Unamuno y Machado, y, más allá, a Bécquer y Rosalía. Esa mirada hacia el interior es la que provocará la simbolización personal del paisaje que es lo que veníamos buscando en el símbolo de las ciudades muertas, como Ávila.

Quizá sea esta la diferencia fundamental del modernismo español y del modernismo hispanoamericano, y quizá esa sea la vía que

produce luego líneas tan personales como las de Juan Ramón Jiménez. Ahora bien. El símbolo, independientemente de la época en que se produce, es fruto de una consideración interior de lo externo; es decir, el paisaje, la ciudad son creaciones para referirnos a una realidad que no puede ser nombrada, no son referentes en sí, como pudiera ocurrir con la expresión metafórica. En la metáfora hay un referente preexistente y que no se pone en duda. Pero para un simbolista, la realidad está sólo en función de lo subjetivo.

Queremos comprobar en este capítulo cómo se va perdiendo esa simbolización de la ciudad muerta, en concreto de Ávila como tal; o lo que es lo mismo, comprobar cómo el símbolo va dejando terreno a la metáfora o a la realidad de la ciudad como referente.

Ese proceso de des-simbolización se produce a menudo como una forma de depuración lingüística y conduce a fórmulas literarias que hoy en día tienden a ser consideradas como artificios verbales o, directamente como textos abiertamente insultantes, como el caso de los textos de Gutiérrez Solana. Sin embargo, a mi modo de entender, esta forma de expresión nueva no busca otra cosa que la depuración simbolista y, en algunas ocasiones, busca su desaparición de manera rupturista, intentando acabar con el molde propio del símbolo. Y así, destrozando el pretendido referente -Ávila, Medina... la ciudad que hubiese sido utilizada- romper el significado. La otra forma de depuración, será la de considerar la realidad desde un punto de vista científico o historiográfico.

Eduardo Cabezas<sup>23</sup> ha señalado una importante relación entre la simbolización de la ciudad y la trascendencia social que tuvo la fundamentación y consolidación de esta idea en la ciudad de Ávila. Para Cabezas, entre los rasgos de la mentalidad propia de lo avilenses se encontraría:

---

(23) Cabezas Ávila, Eduardo: *Los de siempre. Poder, familia y ciudad (Ávila, 1875-1923)*. Madrid, CÍES, 2000.

La concepción de la historia de la ciudad, aprovechada por la élite para justificar el presente y, sobre todo, para lo que creían que debía ser la ciudad, instrumentando el pasado glorioso y la exaltación de ciertas figuras históricas. Aún cuando "los de siempre" no se reconocieran descendientes de los caballeros", importaba mantener el discurso "caballeresco" y heroico. La ciudad fue gloriosa cuando en ella reinó la jerarquía, el caballero, el noble, el catolicismo. La ciudad decae cuando se infiltra el liberalismo y el "libre pensamiento" de raíz francesa, o como decía *El Diario de Ávila* del 3 de octubre de 1907, cuando aparecen los tres apaches: "Progreso, Liberalismo y Civilización moderna".

Es muy posible que el tópico tuviera cierta base real contra la que el propio liberalismo e incluso socialismo imperante y propio de los autores de comienzo de siglo quisiera luchar. También que el tópico literario hubiese terminado por dar forma a una determinada mentalidad, máxime cuando algunos de los autores del 98 habían influido en las ideas políticas de su tiempo y eran habituales de los medios de comunicación del momento. Pero no es este un tema que podamos abordar en este momento, y escapa del trasunto literario que nos ocupa.

Un rápido recorrido por todos ellos nos mostrará ese cambio de actitud.

## 1.- JOSÉ MORENO VILLA

José Moreno Villa es uno de esos autores que, por no haber encajado bien en uno u otro tiempo, en una u otra generación, ha quedado siempre en un espacio blanco, en una tierra de nadie que le ha valido un injusto olvido. Entre el fin de siglo y los autores del 27, entre su educación alemana y española y su mejicanización en el exilio, no se ha sabido dar nunca un justo lugar en la historia de la literatura en castellano siendo alguno de sus libros, como *Jacinta la Pelirroja*, uno de los más interesantes de su tiempo.

Su colaboración en los proyectos de la Institución Libre de Enseñanza fue grande. Jiménez Fraud, por entonces director de la

Residencia de Estudiantes, lo había llevado a vivir allí para dar un cierto ejemplo de intelectual independiente para aquellos estudiantes medio-burgueses que estaban llamados a ser la elite intelectual del país. Desde el exilio, primero en Estados Unidos, luego en Méjico, no dejó de hacer mención a diferentes aspectos literarios y artísticos españoles. Algunos artículos de antes y después de la guerra, hacen mención a Ávila, ciudad a la que vino no pocas veces y que estudió en profundidad. Traigo dos ejemplos a continuación. El primero de ellos es un artículo sin pretensiones literarias. Había aparecido en una revista de los años 20, *Arquitectura*, en la que se publicaban artículos de arte y de la que Moreno Villa era colaborador.

A pesar de ser un texto, repito, poco literario, aparecen algunas consideraciones que me parecen dignas de ser tenidas en cuenta.

En primer lugar, un breve apunte nos da fe de su visión de la ciudad "de gran unidad, ambiente y, sobre todo, donde pesan tanto las cinco o seis cosas importantes -las poderosas murallas, el señorial Convento de Santo Tomás, las apretadas y místicas iglesias románicas de San Vicente y San Pedro, más los palacios de los Caballeros"

La idea de unidad y ambiente y el hecho de que no preste atención, a esos elementos tan aireados ya por los escritores precedentes, es ya un cambio que interesa reseñar, por cuanto supone un cambio de perspectiva en su acercamiento a Ávila. Bien es cierto que se trata de un texto de ensayo sobre arte, pero el propio hecho también de que su estudio sea puramente investigador, también nos muestra esa perspectiva: Ávila no es ya un símbolo, es una ciudad en la que sus monumentos pueden ser tratados como puros objetos artísticos. De hecho, Moreno Villa se refiere a ellos como "cinco o seis cosas importantes"

No vamos a entrar, no es este lugar, en sus opiniones vertidas. Parece interesante comprobar datos de la época, como las referencias a guías hoy inencontrables, su utilidad como Escuela Normal de Maestras, detalles de vida cotidiana frente a la vida novelada o ficticia.

## LA CASA DE LOS DEANES EN ÁVILA<sup>24</sup>

En poblaciones como Ávila, de gran unidad, ambiente y, sobre todo, donde pesan tanto las cinco o seis cosas importantes -las poderosas murallas, el señorial Convento de Santo Tomás, las apretadas y místicas iglesias románicas de San Vicente y San Pedro, más los palacios de los Caballeros- hay siempre casas o edificios de vario destino que no suelen reseñarse, que parecen quedar con esquizvez involuntaria o sentimiento de humildad recluidos en la sombra.

Muchas veces, sin embargo, en estas fábricas de segunda y tercera fila hay problemas interesantes para la historia del arte, con soluciones o embocaduras para llegar a descifrar la ruta que han seguido las artes sobre el mapa del país.

Esta casa de los Deanes, que hoy es Escuela Normal de Maestras, no tiene más historia que su nombre antiguo. Nadie se fija en ella o nadie la estudia. Y, sin embargo, por haber sido de los Deanes es lógico suponer que tenga toda su historia en los libros o papeles de fábrica del Archivo catedralicio. Mientras aparece el Catálogo monumental de Ávila, que por ser del Señor Gómez Moreno, puede traer datos concretos sobre este no suntuoso edificio, reparemos en algunos detalles de construcción que tienen cierta importancia.

El que más puede chocar pertenece al patio. En Ávila casi todos los patios están adintelados; éste se sale de la regla, tiene arcos de ladrillos, no de piedras como le correspondería. Arcos de ladrillos en el claustro bajo y en el alto, que también fue diáfano. Es de notar que está muy bien trabajado el ladrillo, y que las salidas de las chimeneas sobre los tejados son del mismo material y trabajo.

El interés de este detalle radica en que nos advierte de una segura influencia del norte de la provincia sobre la capital, de Arévalo (donde se trabajó muy bien el ladrillo) sobre Ávila. Es muy posible que fueran obreros de allá los que la hicieron.

La fachada, por su parte, nos presenta unas cuantas interrogaciones. ¿Por qué la especie o resto de crestería plateresca a la par que esos balcones hue-

---

(24) *Arquitectura*, agosto de 1929

cos francamente herrerianos, y esos hierros de un barroco tan francés? ¿Por qué tan irregular y mal asentada la sillería? ¿Por qué las desproporciones de las basas de las columnas y de estas mismas entre sí? ¿Por qué un reloj de sol puramente inútil en la concha central de la crestería, cuando en el buen tiempo del Emperador no hubo relojes de sol decorativos, sino efectivos?

Estas dudas hacen pensar que la Casa de los Deanes se hizo con materiales aprovechados, y que pretendiendo ser plateresca, se hizo ya muy avanzado el siglo XVI, no sólo bajo el ambiente pleno de Herrera o herrerismo, sino hasta el barroco menos clásico.

Sentada esta hipótesis por el arquitecto D. Pablo Gutiérrez Moreno, en charla de carácter histórico, todas aquellas preguntas y todas las vacilaciones que sienta el que analice la casa en cuestión se desvanecen mágicamente. Sin ella, quien se vea en la precisión de decir algo, esquivo el cuerpo lo más posible y sale del paso con una frase inope. El Sr. Tormo en su "Cartilla de Ávila" se contenta con decir: Escuela Normal de Maestras: Notable fachada decorada con columnas y patio del mismo estilo.

Es de agradecer, sin embargo, al Sr. Tormo que la incluya en una guía tan sucinta; otros viajeros escritores disponiendo de más páginas, no la incluyen, bien por la perplejidad en que se ven o por no concederle importancia.

El interés de la casa está, -para nosotros-, resumiendo lo anterior, en que revela estas tres cosas: primera un influjo de Arévalo sobre Ávila; segunda, el gusto señorial, severo, de Ávila, que no delinque, ni aun teniendo que componer con materiales aprovechados, y, tercera, el desconcierto reinante o la indiferencia de una época que mezclaba lo de Gil de Ontañón con lo de Herrera y con el barroco francés. Los dibujos del arquitecto D. Luis Moya que publicamos acaso den una impresión más sombría de la que en realidad produce la casa; pero es justo decir que hay en ella mucho de eso. Mucho de sombrío y de extraño. A primera vista no sabe uno si atribuirlo a defecto de construcción o a ennegrecimiento y desencaje de los materiales. Luego se va viendo que son más bien sus incoherencias de estilo las que lo determinan.

El segundo de los textos resulta sorprendente por alguna de sus afirmaciones. Se halla ya muy lejos de la sensibilidad de fin de siglo y, de hecho, está escrito por un Moreno Villa ya muy mejicanizado que en muy poco se parece, siquiera al autor de la Residencia de Estudiantes.

La muralla, como tema esencial del artículo, se estudia como fortaleza, como cinturón que oprime el crecimiento, y como marco para las gentes de la ciudad. No es el único autor que se fija en cómo desentonan las gentes con el espacio urbano.

Estas cotas o verdaderos corsés, no son para nuestro tiempo; anquilosan y aprisionan demasiado. Para soñar, para evocar, son ideales, no para vivir.

Ávila a pasado de ser una ciudad de caballeros a una de labriegos. Los del 98 veían la ciudad pero se les escapaba la gente. Era lógico, si, como hemos venido considerando, la esencia de su visión de Ávila era puramente simbólica. Para estos autores, sin embargo, la grandeza de Ávila contrasta con la de sus habitantes y sus casas. Veremos otros ejemplos más adelante.

Esta apreciación parece clave para demostrar lo que venimos afirmando: que ese espacio de fin de siglo había vertido su subjetividad en las pequeñas ciudades y las había convertido en moldes para una *retirada a las galerías de la subjetividad*<sup>25</sup>, como les había ocurrido a toda una generación de autores europeos contemporáneos.

Moreno Villa considera, como ya lo consideraban otros de su generación y estamos comprobando, que la ciudad no puede seguir siendo una "ciudad muerta". Por decirlo de otra manera, Ávila, la Ávila de Unamuno o de Azorín, ha muerto. Y también esa idea se va filtrando para ir creando el tópico de Ávila. Si ya no es esa Ávila, única posible para Unamuno, ¿qué puede ser? A la inutilidad física de unas murallas que oprimen se le une la apatía de una gente encorsetada por ellas. El panorama descrito por Moreno Villa es desolador. El propio autor siente pena desde Méjico.

---

(25) Tomo la idea y las palabras de Carlos Blanco Aguinaga, que en su libro *Juventud del 98, Siglo XXI de España Editores*. Madrid, 1970.

## RONDA POR LA MURALLA DE ÁVILA<sup>24</sup>

Ahí están, pero muertas, soberanas momias, vestigios impresionantes del pasado. La misión de las murallas consistía en hacer de la ciudad una fortaleza. Para los antiguos, la defensa mejor era rodearse de algo duro que los aislase, de aquí las corazas y armaduras para el hombre, la casa fuerte para la familia pudiente, el castillo para el señor que dominaba y amparaba al pueblo y, por último, la ciudad amurallada, acotada, limitada como el guerrero por la cota, la fortaleza de muchos.

Ávila fue siempre muy singular; se llamó "Ávila de los caballeros". Y así era: exclusiva para señores con caballos; para nobles, que sólo atendían a los asuntos guerreros y de trascendencia; que jamás reparaban en las minucias de la vida, que si perdían la hacienda, la ganaban a fuerza de lides y de entronques; que estaban sobre la tierra para luchar, salvar el alma y descansar cuando era posible al abrigo de los altos muros cerrados. Las murallas se hicieron para hacer posible la tranquilidad e imposible el asalto repentino.

Huelga decir que estas murallas de piedra no son válidas contra los posibles ataques de aviones, paracaidistas y bombas. Hoy tenemos que oponer a la sorpresa y los asaltos otros medios menos estáticos, más inquietos, el radar, el espionaje, la inspección del cielo, los cañones antiaéreos.

Enteras, intactas por los cuatro costados de la ciudad están las murallas de Ávila. Son hermosas y nadie quisiera verlas abatidas. Pero angustia pensar que ellas impiden el crecimiento. Si Ávila no lo necesita, otras ciudades como Toledo, sí. Estas cotas o verdaderos corsés, no son para nuestro tiempo; anquilosan y aprisionan demasiado. Para soñar, para evocar, son ideales, no para vivir.

Si resucitasen los antiguos caballeros de Ávila encontrarían sus cosas como las dejaron hace casi cuatro siglos, hace ocho siglos. ¡Qué gusto si pudiésemos decir otro tanto del caserío azteca o maya! Las casas siguen en pie y con fuerzas para albergar los hombres duramos menos que un peldaño de escalera.

Se construyeron las murallas de Ávila en el siglo doce, aprovechando en parte los materiales romanos. Sus muros miden doce metros de altura y

---

(28) Diario Novedades. Méjico, 22 de julio de 1951

tres de espesor. De veinte en veinte metros presentan torres redondeadas, que tienen ocho metros de saliente y seis y medio de ancho las mayores. La contemplación de estas torres almenadas y del suelo que las sustenta puede dar lugar a desahogos líricos. Desde luego evocan tiempos duros de gran severidad y altanería. Seguramente no de la vida todo esto que vemos, porque lo blando y grato se desvanece antes que lo adusto, pero nadie negará que lo restante es imponente. Recordamos el versículo de Manuel Machado:

"Polvo sudor y hierro, el Cid cabalga"

Desde este lado del Atlántico se siente una tristeza de fondo al pensar en pueblos como Ávila, encerrados en cinturas pétreas.

Si enfocamos las murallas desde el Puente Nuevo, ellas presentan los intactos dientes de sus almenas y la oscuridad de sus piedras a contraluz en una soledad absoluta; pero si avanzamos un poco hacia la entrada, encontramos algunos pobladores, algunos ejemplares humanos que nada se asemejan a los soberbios caballeros antiguos, ni siquiera a los soldados de sus mesnadas. Unos niños pobres, un holgazán sentado en el pretil del puente, un viejo que no sabe a dónde va, una campesina diligente y un burro a la puerta de una casita que puede ser tienda o ventorrillo.

El contraste de estas humildes construcciones blanqueadas y los desnudos murallones sombríos resulta enorme. No emparejan. Y sí, miramos la Puerta del Alcázar, vemos algo semejante: unos cuantos seres grises empedregados por la mole arquitectónica de esa Puerta que requiere o añora el brillo y el estruendo de las bandas militares, las armaduras, las picas y lanzas, los sables y los cascos.

Por estas grandes bocas de muralla no entran ya conquistadores o Virreyes de Indias, de México, del Perú, sino labriegos y habitantes de esos que usan prendas de vestir mal avenidas, una chaqueta de un traje viejo, un pantalón de otro traje y una gorra de visera bastante sobada. Gente buena, magnífica, seria, que no entiende el alocado turista y daría magníficos frutos en otros lugares del planeta. Gentes que aquí, encintadas por las murallas, va poco a poco perdiendo afán de vivir, contentándose con unos garbanzos, una hogaza, un trozo de tocino y un trago de mosto. Gentes especiales ya para andar como sombras entre esquinas de conventos o arrimadas a los paredones.

¡Oh tierra de Santa Teresa!

## 2.- JOSÉ GUTIÉRREZ SOLANA

Quienes hayan leído a Solana, es más, quienes hayan leído lo que Solana dice de Ávila, habrán sacado una conclusión terrible de su obra y de su pensamiento. Pero quizá haya que hacer unas reflexiones al respecto. La España Negra es un libro extrañamente realista. Y digo esto porque es de un realismo también negro, como la España que retrata. Dice Andrés Trapiello que Solana llevaba la España Negra en los ojos. Y cualquiera que haya leído este libro sin prejuicio alguno, descubrirá que, como en sus cuadros, el tinte es, muchas veces, el tema del cuadro.

Su visión de Ávila (y la de Zamora o Medina) no es otra cosa que la visión deformada de la realidad. Poco importa si lo que ve o nos cuenta es cierto o no. Y volvemos a las indecisiones genéricas. ¿Es el texto de Solana un texto de viajes? Como bien dice Andrés Trapiello, siempre tan audaz en sus reflexiones, la mayoría de las ciudades a las que viaja están muy próximas a Madrid, y la que no lo está, Santander, era su ciudad y la recuerda de sobra. Así que, ¿debemos prestar especial credibilidad a la realidad que pinta?

Casi podríamos decir que no le habría hecho falta viajar a parte ninguna, porque con lo que ya tenía visto hasta ese momento en Madrid, más los dos recuerdos de Santander, le habría dado para escribir toda una Summa del funebrismo español<sup>27</sup>

Tiene razón Trapiello cuando hace ver que, como a Velázquez no le interesan los enanos, los pinta pero no es a la persona a la que busca, sino el significado de la figura; a Solana le interesan más bien poco los tipos del país. De hecho, iguales son los que dice de Ávila que los zamoranos. Así que hemos de leer este texto como un texto realista, sí. Pero no como un texto autobiográfico, no como un diario de viajes, sino como unas "narraciones de viajes". Tendemos a ver los relatos de

---

(27) Gutiérrez Solana, J.: La España Negra. La Veleta, Granada, 1996, prólogo de Andrés Trapiello.

viajes como textos semejantes a diarios. Pero no lo son. Al menos no siempre; y este de Gutiérrez Solana es uno de ellos.

Luego, lo que nos interesa es que Ávila aparece como una realidad deformada en que sus habitantes son personajes de un mundo, de una España irrespirable y opresiva por su propia esencia que tiene cabida en la propia narrativa de Solana. De alguna manera, los rebafios se aparecen como se le aparecían a don Quijote, y de manera alguna podríamos objetar la indudable realidad de la aparición.

La descripción de la ciudad a su llegada no pasa de ser semejante a la que pudieran hacer otros autores cuarenta años después. Solana está refiriéndonos la Ávila de 1900, fecha en la que viaja, aunque la edición sea veinte años posterior. Pero Gazieli y otros escritores de la posguerra nos describen la misma ciudad. No es sino la ciudad real de animales que llegan a los mercados. Las referencias a las apariciones de Santa Teresa parecen hechas a propósito de nuestra tesis y parecen contradecir las imágenes contemplativas de la ciudad que manifestaba Unamuno o Azorín o Marañón. Cuando Solana habla de la Santa como una farsante, lo está haciendo también de los doctos académicos y es difícil deslindar a una de otros. Lógicamente no es necesario explicar quiénes son esos doctos académicos a los que se refiere Gutiérrez Solana cuando habla de "esos eruditos que ven flotar el alma de la Santa por la noble y silenciosa ciudad de Ávila"

Frente a los símbolos de las ciudades muertas, Gutiérrez Solana siente la necesidad de arremeter contra la realidad. Es algo muy cervantino esto de colocar la alucinación al lado de la conciencia de la realidad; y frente a quien el cree que alucina con las apariciones de Santa Teresa y el ambiente místico y guerrero de la ciudad, contraataca con los cerdos, los borregos y los galgos.

El texto dice así:

## ÁVILA

Nos vamos acercando a Ávila al amanecer; viajan conmigo muchos arrieros y labradores; todos hemos bebido en nuestras botas y nos hemos ofrecido mutuamente la comida, cortando con nuestras navajas grandes trozos de tortilla bien empedrada de chorizo y un hermoso queso manchego, al que hemos dado fin. Como la comida ha sido fuerte, no estamos para ver visiones, y aunque llegamos ya a las puertas de Ávila, a ninguno de los que viajamos en este destaralado vagón se ha presentado el espíritu de Teresa de Jesús, esa docta mujer histérica y farsante que hablaba con Dios como yo hablo con cualquiera de estos patanes que dicen tan buenas cosas y que discurren mejor que los académicos de la lengua, que nunca discurren nada; esos eruditos que ven flotar el alma de la Santa por la noble y silenciosa ciudad de Ávila, que tiene los mejores y más sanos aires del mundo y que no necesita de ningún espíritu puro para ser regalo de los ojos de todo el que sepa sentir y ver.

Después de lavarme la cara en una fuente, subo por la carretera en cuesta; caminan los labriegos envueltos en sus bufandas: son tipos delgados que van algo encorvados y cabizbajos; levantan sus bordegues nubecillas de polvo en la carretera.

Algún galgo, viéndosele todos los huesos de su cuerpo sarnoso, nos mira un momento muy triste y corre, con el trote parecido al de un caballo, por dirección contraria a la que caminamos; bajan las yuntas de mulas arrastrando los arados por la carretera polvorienta. Las primeras casas del pueblo son muy rústicas; tienen las fachadas de piedras todas desiguales y en pico, con una puerta muy grande; establos convertidos en tabernas; a la puerta hay un grupo de campesinos con grandes zajones de cuero, sombrerones con las alas caídas, adornadas con dos borlas, embozados en sus mantas a grandes cuadros y unos cuantos con montera de pellejo. (...)

Entre estas miserables casas se ven las mansiones fortificadas de nobles castellanos con escudos y pilastras, puertas y medios puntos góticos llenos de estatuas de piedra, descabezadas por las pedreas de los chicos del pueblo; en algunos escudos vemos dos manos de guerreros cruzadas, con puñales; en la leyenda dice:

### ANTES MORIR QUE MANCHAR MI SANGRE

Estas antiguas casas-fuertes abundan mucho, llenas de rejas y de bolas grandes de piedra; sus arcos de puertas y ventanas, que están cegados y tapiados por pedruscos en cuyas juntas ha crecido la hierba y corren

lagartijas, denotan que no conservan más que las fachadas y por dentro es todo ruina. Lo mismo pasa en los viejos y abandonados palacios de los obispos: el viento huracanado que sopla hoy se cuele por los muros, y silba entre los canalones y ojos de las veletas, y hace disminuir y oscilar la luz de las bombillas eléctricas del alumbrado público, que a esta hora está encendido.

Pasamos por la puerta del Alcázar, toda rodeada por las murallas; hay aquí unas casas ancianas, con muchos escudos y rejas, convertidas en paradores. (...)

En medio de esta plaza hay una fuente de piedra, de un estilo bárbaro y barroco, pero que es un verdadero monumento. Tiene una torre alta como un obelisco, rematada por una piña; su pedestal tiene unos salientes afilados, como los de un monte Calvario, todo tallado con gran dureza en la piedra, que ha tomado un color amarillento y noble.

A los lados de la torre hay dos bichos monstruosos y fantásticos, que miran a uno y otro lado de la plaza, muy risueños, con las bocas abiertas y los ojos como huevos, y tan joviales, que parecen que se burlan de todo el que los mira; tienen con las garras, cogidos por la cola a dos animales con cara de lagarto y gesto de persona, que están como aplastados (...)

Por el Puente Viejo vienen, camino del mercado, guiadas por los pastores de la Serranía, las manadas de borregos, gordos y altos, con sus cuernos grandes y retorcidos; los más viejos caminan los primeros; siguen otros más pequeños y de nacientes cuernos, que van balando; las recuas de mulas, con las ancas esquiladas, con muchos dibujos, como las rayas y adornos de los quesos manchegos y las pjaras de cerdos, gruñendo, indisciplinados y rebeldes; muchas veces se paran a escarbar en los montones de basura, hociqueando y dando resoplidos; pronto la vara del que los conduce les hace salir, corriendo y gruñendo, rabiosos de seguir a sus compañeros; detrás vienen las largas hileras de barbudas cabras con el campano al cuello; no miran más que adelante, y no reparan en obstáculos; cuando tropiezan con nuestras piernas, sus cuernos nos hacen apartar; han recorrido tanto pueblos que miran las carreteras como cosa propia. La calle de San Segundo está llena de pequeñas casa, pegadas a la muralla. Hasta llegar al sitio donde está emplazada la Catedral, parece esta un castillo de esos que se hacen con trozos de pizarra que venden en las cajas de construcciones para jugar los niños.

Con su altísima torre y algunos calados labrados en la piedra, dos pequeñas capillas, que encierran sus campanas; debajo el reloj; pegada a sus

otros dos cuerpos y como hechos de una sola pieza, en el del centro está el pónico en forma de arco, lleno de estatuas de obispos, mutilados por las pedradas; en dos pedestales están, como de guardianes, dos leones grotescos con todo el cuerpo lleno de picos: tienen unas argollas en la boca y están sujetas de unas cadenas a los muros de la entrada antigua, y es lo que le da más belleza a esta Catedral; un arquitecto académico diría que es lo que le afeaba más, y que habría que quitarlos. En el otro cuerpo, sus ventanas están tapiadas, y asoma la piedra, falta de argamasa, y desiguales los sillares; su tejado es como el de una ermita pobre, con un sobrado donde suben las antigüedades de los curas; este tejado está lleno de nidos, y a las cigüeñas se las ve desde la calle asomadas. El Ábside de esta Catedral es un torreón guerrero, fortaleza almenada que da a las murallas.

### LAS SOLITARIAS DE ÁVILA

Entro en una botica a comprar un sello para el dolor de cabeza; en una mesa vi un gran tarro lleno de solitarias; todas parecían estar rabiosas y alguna tan enroscada y furiosa que parecía comerse la cola; otra, parecía morder a la de al lado, todas con caras distintas y terribles; algunas tienen dos cabezas; estas solitarias eran blancas y muy lavadas, con cintas largas y anillosas; estaban en el fondo del alcohol como aplastadas; algunas salían y asomaban el cuello fuera de las superficie del líquido, como si quisieran volver a la vida; otras descabezadas; las más rebeldes habían dejado la cabeza y parte de su cuerpo en el vientre de sus dueños, que las alimentó y llevó consigo tanto tiempo. El dueño de la botica, con su batín y un gorro del que colgaba una borlita, las miraba con cariño porque él las había catalogado y puesto las etiquetas en los frascos: Solitaria del Gobernador de Ávila. La del obispo; la del canónigo don Pedro Carrasco estaba gorda y era tan larga y bien alimentada que llenaba casi el frasco; al lado había una amarilla y delgada de no comer, que parecía quejarse y querer protestar de su mala vida pasada; era la del maestro de escuela del pueblo don Juan Espada; otra, como si le hubiera entrado la ictericia, tenía la cara con la boca abierta hundida junto al pecho y tenía un color verdoso; era del jefe de la Adoración Nocturna, don Peláez; otra era todo ojos, y la más rabiosa pertenecía a doña María del Olvido, dama noble, comendadora y provisora del ropero de los pobres. (...)

## LA CASA DE SANTA TERESA

En el convento de Carmelitas Descalzos hay una habitación dedicada a los recuerdos de Tere de Jesús. Son éstos relicarios de plata, en los que pude ver un dedo repugnante, rodeado de cabellos de la Santa, unas disciplinas, ya muy apolilladas por el tiempo, y una cosa que me dijeron que era el corazón y que pude ver a través de un cristal, y un pie negro y amojamado que parecía de momia. Lo que ponía un sello de poesía a todas estas porquerías y piltrafas de ultratumba era el jardín de al lado; un jardín conventual y abandonado en que la Santa se distraía, en los ratos de ocio, en cavar la tierra y plantar flores. (...)

Un poco más abajo están los muros del convento de Santo Tomás, donde forman cola los pobres para comer el cocido. Se ven muchas mujeres llenas de harapos, acurrucadas, con la cabeza colgando entre las rodillas de lo agachadas que están, durmiéndose, y la miseria que llevan en las espaldas; muchos de estos pobres tienen la nariz y la boca comidas de un cáncer, y se les ve los dientes al aire, enseñando media calavera. En estas pobres viejas, por debajo de sus faldas, asoman las churradas de llevar tanto tiempo esperando y no poderse levantar de allí para no perder su puesto.

Muchas veces la cola de mendigos se impacienta, y llaman a los aldabones de la puerta del convento y vociferan mucho para que les abran. Luego, cansados de gritar, caen en un gran abatimiento; pero siguen sin perder sus puestos con gran tenacidad y no se marcharán de allí hasta que no les den de comer.

Por fin abren las puertas y entran en el patio triste del convento, con bancos de piedra y árboles secos. Bajo un cielo blanco y frío, todos los pobres, con sus escudillas y botes de latón, sonando una cuchara roñosa y negra dentro de su fondo; sus cabezas llenas de greñas y las barbas enmarañadas y canosas, que destacan muy duras de sus caras curtidas y brillantes como moros; enseñando el pecho entre los rasgados de la camisa, con los pantalones y las mangas de sus americanas hechos jirones, por los que asoman la carne y todas sus vergüenzas, se colocan alrededor de un gran caldero que sacan del convento en un carrito de hierro con ruedas.(...)

En unas casas que dan al campo están las prostitutas; un viejo cojo entra en una de estas casas. Tras las cortinillas rojas se ven, medio desnudas, a estas mujeres. Una, que está sentada a la puerta, tiene la cara llena de cortes y rasguños hechos por la navaja de algún chulo; otra enseña una cicatriz de alguna puñalada antigua de su amante. Casi todas enseñan la pel-

da de su cabeza, las encías de los dientes postizos y los carrillos traspasados por un agujero, con una aureola morada de enfermedad.

## LAS MURALLAS

Después de comer salí de la fonda a ver las murallas; recorri el paseo del Rastro; en las afueras vi varios cerdos y toros de piedra, que abundan tanto en Ávila. Todo el camino está lleno de piedras parecidas a las de granito de El Escorial; las hileras de árboles desnudos pueblan algo aquel camino; a lo lejos, las murallas, como pegadas al cielo, dan un aspecto de aparición a esta ciudad; sus grandes cubos, la piedra cenicienta donde resaltan las gruesas piedras negruzcas por el tiempo y la lluvia; sentado en una de estas piedras veo la ciudad cerrada y tapiada como apartada del mundo, como una inmensa sepultura; las nubes parecen pegadas a sus casas; el cielo se va encapotando, parece que se está fraguando una terrible tormenta.(...)

La prosa de Gutiérrez Solana no es una prosa brillante; sin embargo es un reflejo de un momento cargado de novedad literaria. El viaje que trae a Solana por tierras de Ávila en 1900 no está muy lejos de los viajes de Unamuno; visita la misma ciudad que Azorín; ve las mismas gentes que otros autores... Queremos creer que Ávila no es eso y, sin embargo tenemos la impresión de encontrarnos ante un texto de descarnado naturalismo. Y aun así, Solana nos está regalando una imagen no muy distinta a la de los simbolistas, la de un lugar como una sepultura, "una ciudad cerrada y tapiada como apartada del mundo".

Y, de la misma manera que Solana tiene, en palabras de Tripiello, "la España negra en los ojos", sólo se puede retratar un personaje de una ciudad a través de un filtro parecido. Los protagonistas de la vida abulense son definidos a partir de sus solitarias. Esta interposición explica muchas cosas del estilo solanesco, si es que podemos hablar de estilo en su narrativa. Podemos considerar que los retratos que, no ya en el texto sobre Ávila, sino en general en toda la España Negra, los tipos son caricaturas entre lo naturalista y lo esperpéntico.

Las monjas de Ávila se caracterizan por las acompañantes más que por la descripción de sus hábitos. Los mendigos que esperan la comida en Santo Tomás, por las escudillas, botes de latón, o el caldero de la comida. Como a Velázquez, a Solana le interesan los objetos, las cosas. Los objetos definen, como Marte el casco negro y dorado.

Pero nada queda del espíritu de Ávila. Parece que Gutiérrez Solana se hubiera esforzado por eliminar ese espíritu de su obra y, posiblemente, eso sea cierto. La reacción antisimbolista lleva a las vanguardias, a la deshumanización en el arte.

Podemos considerar en algunos momentos, que G. S., hablando en primera persona y tratando de unos viajes que había iniciado por lugares cercanos a Madrid, está haciendo literatura de viajes. Aparentemente, nada más cercano al género autobiográfico que dicho género narrativo. Sin embargo, la literatura de viajes siempre ha estado más del lado de la novela que de otros géneros del yo, díganse memorias o diarios. Un diario de viajes es la trasposición de los hechos ocurridos durante un periodo en un lugar que se visita: caben impresiones, apuntes del natural... Pero ¿estamos en este caso ante el diario de un viajero? El texto publicado es veinte años posterior al viaje y todo apunta a que los textos no son en su mayor parte, cronológicos a las visitas.

Por otro lado, tomando como ejemplos textos como *Las solitarias*, ¿cómo podemos definir la narración? No creemos que se ciña, evidentemente a la realidad. Gutiérrez Solana utiliza las solitarias en los frascos y sus definiciones como una trasposición de la realidad; utiliza las características de unas para referirse a los personajes de la ciudad. Estamos ante una metaforización de la sociedad abulense. Para Gutiérrez Solana la sociedad sólo se puede ver a través del cristal de sus solitarias, en este caso, pero, lo que parece lógico pensar es que estamos ante un género de ficción pura y dura, es decir, ante un relato no autobiográfico. ¿En que punto podemos considerar, pues, las opiniones vertidas por Gutiérrez Solana en él?

A mi manera de entender, Solana está reclamando precisamente esa lectura metafórica de la realidad. Y esa metáfora busca precisa-

mente romper con la intención simbólica de los lugares y los espacios simbolizados por los escritores precedentes. Ávila de los Caballeros es ahora vista a través de un cristal: el que guarda el farmacéutico en las estanterías; el de las cortinillas en casa de las prostitutas; el de las acompañantes de las monjas.

Creo que debemos leer a Solana precisamente por esas metáforas que muestran la realidad a modo de lentes de aumento. Independientemente de lo terribles que nos puedan parecer sus afirmaciones, hay un deseo de contrarrestar una forma de tópico que precedía a su obra, tanto literaria como pictórica. El resto no es literatura, y eso no es ahora de nuestra incumbencia.

### 3.- EUGENIO NOEL

Nacido en 1885, A Eugenio Noel - pseudónimo de Eugenio Muñoz Díaz- se le conoce hoy, fundamentalmente, por sus textos antitaurosinos. Como a tantos escritores del momento, les falló la voz. Estaba a caballo entre muchas y muy variopintas tendencias y no supo desarrollar, quizá porque la muerte le sorprendió con sólo 50 años, una forma propia de entender la literatura en una época de muchos y muy rápidos cambios. Su prosa, sin embargo, tiene una lucidez y un talento más que interesantes, y se entiende mal que no haya llegado a ser un nombre más conocido entre los autores de su generación.

Unamuno lo tuvo en cierta consideración. Llegó a escribir de él: "Hoy mismo tiene sobre sí unos cuantos procesos por ese llamado delito de imprenta, que a menudo se reduce a decir lo que no puede decirse, esto es: la verdad".

De igual forma, Cansinos Assens lo retrataba diciendo que tenía una "... mezcla extraña y primera entre nosotros de pensador, de literato y de propagandista en el estilo americano". Murió, pobre "como una rata", dice alguno de sus biógrafos, en Barcelona en el 36. En las tertulias del Madrid de preguerra solía coincidir con algunos otros

bohemitos, y no tanto, de la época. Se reunía con Valle Inclán, Ciges Aparicio, que luego sería gobernador de Ávila...

En el texto que traemos a estas páginas, Ávila no pasa por ser sino una excusa para hablar de Castelar, de la República y de España, que fue uno de sus grandes temas. Y ese es precisamente el cambio, la vuelta de Ávila a ser un escenario más.

### LA CASULLA DE CASTELAR

Un día, huroneando por milésima vez esa catedral de Ávila, cuya piedra berroqueña tiene en su rojo y jaspé la proyección del sol muriente en las cumbres de Gredos, cierto sacristán me enseñó una casulla. No hay sacristán que sea bueno y que al mismo tiempo no sea republicano, y mientras yo en éxtasis artístico recorría con ojos y manos aquella prenda, que nada ha de envidiar a las capas toledanas de Medrano, Alemán y Molero, y que no cede a los mismos brocados pontificales de Mendoza y los ternos de Cisneros, él me decía al oído: <<se llama la casulla de Castelar>>. Ah, buen recuerdo, ¿y por qué?... El orador ibero por excelencia había exclamado al verla: <<si algún día canto misa, oficiaré con ella>>. Esa casulla de suntuosa altranería, cuajada de oro, aparece esa tarde ante mis ojos y sobre los hombros del artífice de la palabra hablada. Esos escaños fueron siempre púlpitos: ni una vez sola habló Castelar que no tuviera puesta una casulla como <<esa>>, recogida por mulecillas de ensueño su amplitud para poder sacar los brazos y accionar con ellos. Casullas han sido las togas de profesores y letrados. Hasta los que se tenían a sí mismos por heterodoxos eran santos, laicos, pero santos. Nunca existieron en el mundo hombres más inofensivos y poco peligrosos que esos hombres charlando bajo tan ricas vestimentas, en las que el brillo de los cárieles de la voz llegaba a apagar la magnificencia de esos ropones litúrgicos. ¿Quién, allá por el 68, no tenía en los cartílagos del esqueleto de la laringe el tumorcito que el bueno de Letamendi encontrara en los Gayarre y al que él atribuía la voz divina? ¡Ah, casulla simbólica de Castelar!

La tribuna española ya no existe, ya no es vocera de nada. Todo está aquí en silencio que acongoja. Esa casulla, esa casulla... César reperta a Antonio: <<Rodéame siempre de hombres gordos>>. Ternía a los flacos, y con

razón: uno de ellos le cosió a puñaladas. Pero esa casulla, como la gordura, dio a los tribunos su bondad infinita. Fueron buenos chicos. ¿Quién que hable mucho no lo es? Quevedo, el enorme Quevedo, más grande a medida que se le va olvidando, decía en aquella lengua insuperable suya: << y Bruto se perdió porque quiso ser malo con templanza >>".

#### 4.- JOSÉ ORTEGA Y GASSET

Ortega y Gasset, don José, vino unas cuantas veces a Ávila. Unas, por el placer del viaje, otras, alguna larga temporada en Navalperal de Pinares, por enfermedades familiares, al cuidado del aire de las sierras. Ortega, que era un buen viajero por tierras de España, también dejó su visión de Ávila. Conocía bien cómo respiraba Unamuno el aire de Gredos, pero Ortega está a algunos años luz de aquella sensación, de aquella manera de entender el paisaje de los aún románticos del 98, se queda en el puro paisaje. Antes de los románticos, el paisaje era un decorado, a veces, como mucho, una simple redundancia del sentimiento del poeta. Los escritores modernistas y los noventayochistas, tenían algo de románticos, aunque a Valle Inclán no le pareciera del todo así, y el paisaje se les volvía una imagen de sí mismos. Son simbolistas y románticos. Pero Ortega, que sabe que el paisaje va por dentro, no intenta, como sus predecesores, sentir las rocas de las sierras y el amarillo de los trigales de la tierra llana. Le son ajenas. Ortega viaja por tierras de Ávila en su coche; es ya un hombre del tiempo que comienza a necesitar de carreteras y accesos rápidos, de la velocidad de los vanguardistas como Ramón Gómez de la Serna. La naturaleza empieza a perder un valor simbólico que, en nuestra literatura de hoy podemos verlo, desembocará en su casi privación de su valor literario. Entre los que se arrodillan ante un paisaje, como decía Baroja y los que pasan por ella sin verla, están estos hombres de principios del XX.

Conservamos dos textos que nos muestran ese cambio de mentalidad que va operándose en estos autores.

El primero de ellos es un pequeño texto publicado en los años veinte, en los primeros ejemplares de *La Gaceta Literaria*<sup>21</sup>, cuando

Ramón Gómez de la Serna participaba en una curiosa sección de entrevistas que se mantuvo algunos números.

Gómez de la Serna le pregunta a Ortega: "¿Qué paisaje o paraje de esos que se hace sombría la noche en pleno mediodía es el que le pone más desolado?"

Vamos a demorar la respuesta por unas líneas aún. Ramón le había preguntado por un lugar concreto, por un paisaje que influye en el espectador, una pregunta muy a la manera de los románticos. Pregunta por el paisaje de la desolación.

En otro lugar, Ortega ya escribía sobre las tierras llanas de Ávila y Segovia. Y decía así<sup>28</sup>:

Una panne. Es la tierra alta que tras el puerto va hasta Ávila. El área amarilla de los trigales queda interrumpida brutalmente por unos gigantescos montones de rocas cárdenas. El contraste entre el dorado voluptuoso de la mies y el áspero cariz de las peñas lívidas, tan abruptas y súbitas, tan injustificadas e incomprensibles pone destempe en el ánimo. No sabe uno si estas altas peñas han sido vomitadas por la tierra o han caído de lo alto como sólidas maldiciones.

Mientras el mecánico trabaja, súbubo bajo la panza del coche, y yo me irrito contra el destino, y el sol nos foguea cruelmente, los dos niños que van conmigo desaparecen. ¿Dónde habrán ido los niños en la inmensa soledad del paisaje? Recuerdo el haikai del niño que se ha muerto:

¿Dónde habrá ido hoy a cazar  
el pequeño cazador de libélulas?  
(...)

Poco más allá, Martín Muñoz de las Pbsadas -un pueblo lleno de viejas cosas interesantes-. La patrona del Municipio es la Virgen bajo una extraña advocación: Nuestra Señora del Desprecio.

(28) La gaceta literaria, Año I, Madrid, 15 de marzo de 1927, entrevista realizada por Ramón Gómez de la Serna, en la sección *Manías de los escritores*.

(29) Ortega y Gasset, J.: *Notas*. Madrid, Espasa Calpe, 1927

Tierra de Campos. Mieses, mieses maduras. Por todas partes oro cereal que el viento hace ondear marinamente. Náufragos en él los segadores, bajo el sol tórrido, bracean para ganar la ribera azul del horizonte.

También a Unamuno le sorprendía ese súbito aparecer de las rocas sobre los trigales y la llanura castellana. También a él le parecía un desierto, un paisaje desolado. Pero le defendía de la desolación, de la inverosimilitud de esas montañas la evidencia de que esa tierra tenía sembrada la semilla del espíritu. Recordemos que había escrito:

Edificada entre cielo y tierra, sobre la más alta terraza de Castilla la Vieja, en un desierto de piedras ardientes o arrecido, Ávila estaba como prometiéndola al ascetismo y al misticismo, debía de dar a la España Católica Juan de Ávila y Santa Teresa.

Este texto está escrito muy pocos años antes, como cinco, que la entrevista de Ramón a Ortega, quien le preguntaba, acordémonos:

¿Qué paisaje o paraje de esos que se hace sombría la noche en pleno mediodía es el que le pone más desolado?

Y Ortega le responde: "La Paramera de Ávila, donde hay un pueblo que se llama La Hija de Dios."

### **5.- UNA NOVELA DE DEPURACIÓN SIMBOLISTA: EN TIERRA DE SANTOS DE ALBERTO INSÚA COMO PARODIA DEL 98**

Cuando hablamos de depuración simbolista, nos referimos a la intención de algunos autores de acabar con los excesos de los autores precedentes. Hay algunas obras que denotan esa intención claramente. Y en el caso que nos ocupa, la ruptura del símbolo de la ciudad muerta es evidente en la novela *En tierra de Santos*. La primera parte de la novela, es una auténtica identificación del personaje protagonista con la que hemos venido viendo: alejamiento de la vanidad del mundo, encuentro del espíritu en una ciudad pequeña, llena de historia y de pasado...

Pero la historia da un vuelco en la segunda parte de la narración cuando el protagonista enferma de amor y debe ser rescatado por una mujer venida de Madrid. Un rápido resumen nos lo explicará mejor:

Sangil, un caballero de Madrid, que pasó su juventud en París y que ha conocido la voluptuosidad y los placeres mundanos, decide un día marcharse a vivir a Ávila. Junto con su secretario, Bermúdez, se establece en la ciudad. Bermúdez es anticlerical y revolucionario. Sangil solo pretende retirarse de las complicaciones de este mundo, sobre todo la sensualidad y los placeres. En Ávila conocen a Batalla, un abulense que tiene una hija llamada Asunción. Sangil, a pesar de prometerse no pensar en amoríos, se enamora de ella. Pero un día 15 de octubre, ingresa de novicia en Las Madres. Días antes le había enviado a Asunción una carta en la que le declaraba su amor. Pero el cura que hace las veces de asesor espiritual intercepta la carta y se la devuelve a Sangil quien decide suicidarse, no sin antes leer en voz alta un discurso pseudo-filosófico sobre el amor carnal. Bermúdez le manda entonces un telegrama a Luisa Amor, una sevillana cuya belleza se han disputado "soberanos de Europa" y con la que Sangil vivió un idilio, una mujer "con gracia y con juventud suficientes para seducir a un Schopenhauer de última hora". Avisan también al diputado Ruiz Prieto.

Finalmente, las artes amorosas de Luisa logran sacarlo de su desánimo y, con la ayuda de Bermúdez, huyen de Ávila.

La salida irónica de Insúa es la de crear un ambiente simbólico y un personaje a la manera de Larreta para hacer notar su amor enfermizo, crear un "Schopenhauer de última hora" para curarlo con la belleza de una mujer de mundo.

Y con ello, creo, Insúa está utilizando toda la literatura precedente de símbolos de ciudades y rompiendo, "depurando" la historia literaria mediante una novelita sin intenciones que no cae en lo "sicalíptico" de la época, precisamente por favorecer el interés paródico de la novela.

Es posible que no sea una de las mejores obras de Insúa, pero también creo que, contemplada desde este punto de vista, que segura-

mente fue el del autor, gana en profundidad y en interés lo que, sin duda alguna pierde en ingenio de prosa.

Una primera parte, de la que hemos extraído algunos fragmentos, sería aquella correspondiente a la llegada de Sangil y Bermúdez a la ciudad, sus paseos por ella, la descripción de su ambiente y el enamoramiento de Sangil. Seleccionando estos fragmentos he pretendido mostrar cómo Insúa recupera y copia el tópico de la ciudad muerta y del hombre que quiere retirarse de una vida de vanidad y vacío en una tierra como la de Ávila.

El día del Carmen, por la tarde, Sangil y Bermúdez iban dando un paseo por Ávila. Se habían detenido frente a la Basílica de San Vicente, un monumento nacional de estilos combinados, entre los que predominan el románico y el bizantino.

La puerta mayor causó viva admiración a Sangil. Una columna realiza el doble ingreso de medio punto, y sobre el capitel de ella y bajo la cornisa del dintel, que remata en dos cabezas de toro, está el Salvador sentado, muy bizantino, de una longitud y delgadez dignas del Greco. También son de un bizantinismo bellamente extremo diez apóstoles que están de pie, coronados por hermosos capiteles corintios, de donde parten cinco arquivoltas como cinco guirnaldas.

Sangil contemplaba todos los motivos ornamentales e iba de un apóstol hierático a otro encogido que mostraba el perfil judaico en un violento escorzo a lo Joan de Joanes (...)

Habían pasado la muralla por entre los torreones de la gran puerta militar y por el porillo que se abre en el muro del fondo. Iban por callejuelas empinadas y angostas, con piso de guijarros y tortuosas aceras de granito. Allí abundaban las casas de planta baja y de aspecto campesino.

De distancia en distancia aparecía alguna, vieja y señorial, con un zaguán sombrío y con su escudo de piedra en el dintel. Por encima de alguna tapia brotaban temblorosas, bajo el cielo radiante, las copas de las acacias. De tiempo en tiempo, en el fondo de una calle o al doblar una esquina se destacaba la fábrica de una iglesia en cuyas torres habían anidado las cigüeñas. (...)

Sangil miraba entretanto una casa de severidad conventual. Las jambas y el dintel de la puerta eran de piedra berroqueña con inscripciones góticas. En el zaguán, en una hornacina enrejada había una imagen entre dos lám-

paras de aceite. Una portezuela le dejó entrever un patio de columnas por donde pasaron, primero, un anciano de nobles barbas blancas, y después, una joven alta y pálida, vestida de negro.

Pronto abandonaron las calles solitarias y fueron por los soportales de una plaza hasta llegar a las del centro.

Los balcones estaban engalanados con viejas colchas de púrpura y con blancas cortinas de cenefa azul. En los balcones había jóvenes sonrientes y personas mayores de mirada apacible. Predominaba la ropa de luto y los vestidos claros de algunas muchachas eran una mancha de alegría.

Sangil le preguntó a Bermúdez:

-¿Qué es hoy?

-¿No lo sabe usted?... El Carmen. Va a haber procesión.

Comenzaron a sonar algunos cohetes y las campanas de varias iglesias.

Sangil y Bermúdez se situaron en la plazoleta el Palacio Episcopal, sembrada por acacias, y esperaron la procesión. Cerca de ellos se iban colocando algunas personas: matrimonios rodeados de hijos, mujeres del pueblo con amplios refajos, mozas con el pelo lustroso partido en dos, cadetes de Administración militar, de marcial continente y fiera mirada bélica...

Proseguía la detonación de los cohetes y la sonoridad de las campanas.

Luego llegó el rumor de una música. La procesión se acercaba. Ya, por lo último de una calle, venía un sacerdote con cruz alzada entre otros dos conduciendo los ciriales...

Las mujeres comenzaron a santiguarse y los hombres a desprenderse de los sombreros. Bermúdez y los cadetes, llenos de irreverencia permanecieron cubiertos. Sangil le dijo a Bermúdez:

-¿Por qué no se quita usted el sombrero?

-Porque lo que nos pierde es la tolerancia y el respeto a esta gente.

-Hombre, eso es lo que hay que tener...

-No, señor. ¿Respetan los clericales algo que tenga aspecto liberal? Esta misma mañana, en la barbería, un cura rompió el Heraldo, diciendo que era una vergüenza que allí se recibiese la mala prensa. Si yo llego a ser el barbero, le rompo las narices al sacerdote, se las hago tantos pedazos que no le quedan ganas...

-Bueno, cálese usted... todos los sacerdotes no son iguales. Mire, ya tenemos aquí la procesión...(...)

Sangil y Bermúdez ya están en Ávila y asisten a los primeros festejos de la ciudad, en los que, sin embargo, todo tiene un aspecto de

duelo y luto y apenas hay alguna mancha de alegría. El fervor religioso, acompañado de otros tópicos del simbolismo, campanas, procesiones -recordemos la importancia de las procesiones en Brujas la muerta-, ciriales... Insúa ha colocado en la narración a un personaje que contrasta con el ambiente de Ávila y que contribuye a unificar el desarrollo de la acción y que será, llegado el momento, el que finalmente resuelva el nudo de la enfermedad de Sangil.

Pasando por otra de las grandes puertas de la muralla, Sangil y Bermúdez habían llegado a la plaza del Alcázar. El primero miró los dos torreones y a la robusta torre del homenaje, almenada en su altura y en el matacán que la circunda. Desde aquel punto se veía parte del valle Amblés, con sus montes azules recortándose en el horizonte. En el fondo de la plaza jugaban varios niños en torno a la estatua de Santa Teresa, y dos mujeres enlutadas salían de una iglesia de hermoso ventanal románico. Bajo las acacias del pasco había grupos de hombres y mujeres del pueblo. Algunos soldados iban de un lado a otro. Unas muchachas llegaban de la fuente con sus cántaros sobre las caderas. Por los soporales discurrían varios sacerdotes y militares, y de cuando en cuando unas señoras entraban en alguna tienda o salían de ella agitando los abanicos. (...)

En la luz difusa del crepúsculo todo el aspecto religioso desaparecía: quedaban los matacanes y el torreón almenados con su espíritu dominante y guerrero. Sangil pensó en los tiempos bélicos de la Iglesia; pensó con admiración en los papas conquistadores; en los obispos y en los abades que tanto subían al púlpito como a los adarves de las fortalezas. Aquellos tiempos de lucha le parecían de más franqueza, más generosos que los de ahora. (...)

Este fragmento seguramente sea uno de los más ilustrativos al respecto de la tesis que queremos mantener: la unión del aspecto guerrero y religioso de la ciudad, tal como se nos venía mostrando en la literatura simbolista; la comparación de los tiempos pasados, de más franqueza y generosidad, que contrastarían con los del momento, es una comparación muy propia de los autores del llamado 98 y que parece tener aquí es intencionalidad paródica de la que venimos hablando. En el siguiente párrafo se nos muestra la impresión del paisaje Castellano en Ávila, de una tristeza que está identificando la tristeza interior del protagonista.

Sangil tuvo que rectificar su impresión sobre el paisaje de Ávila. El que podía ver desde su terraza era triste, yermo; pero el valle Ambiés, rico de color y de líneas energías y esbeltas le daba una impresión de optimismo.(...)

La contraposición de espiritualidad y vanidad tiene además un componente muy propio del momento en el que escribe Insúa su novela. La voluptuosidad o el erotismo, que ya había empezado a aparecer en la novela de principio de siglo, traída, entre otros motivos, por la sensualidad modernista, y que dio frutos en obras de Felipe Trigo o de Álvaro Retana, es tema de debate en la novela que nos ocupa. Una vez que conocemos el desenlace, es fácil comprobar cómo Insúa está utilizando el personaje de Sangil para demostrar la veracidad de las palabras de Bermúdez frente a la religiosidad pretendida de Sangil. La aparición de Santa Teresa viene también al hilo de esa parodia del 98: es exactamente la misma visión de Unamuno o Azorín, quienes reivindican la espiritualidad de la Santa como símbolo de la esencia o la energía españolas.

-Ese no existe- interrumpió Bermúdez.

-¿Y por qué no? En la religiosidad, en el fanatismo, si usted quiere, hay una gran fuerza de contención. Un pensamiento sobre las hogueras infernales aplaca el deseo pecaminoso como una ducha de agua helada. Una oración es un salvoconducto... Un disciplinazo, una sustitución de voluptuosidad erótica, tal vez una voluptuosidad mayor.

Bermúdez se quedó reflexivo.

-Sí, hombre- continuó Sangil-; y queda aún la lujuria, el erotismo del cerebro para sobreponerse al sexual. Precisamente aquí, en Ávila hay un ejemplo; el de Santa Teresa. Santa Teresa fue una mujer fuerte, alta, hermosa, si no con hermosura distinguida, con esa gracia de las caras redondas, de los ojos intensos, de las mejillas rojas y los labios gruesos. Era una mujer constituida para el amor y la maternidad; pero tenía demasiado talento. Nacida en la Edad Media habría realizado heroísmos, y en la corte de un rey casquivano y poderosos habría sido la reina. Aquella mujer tenía que sobresalir por su ansia de aventuras y por su ansia de saber. Santa Teresa, amigo Bermúdez, es el don Quijote hembra. En lugar de una lanza, un báculo; en el sitio de la adarga, una cruz. De niña escribió un libro de caballerías, y luego, inflamada por las historias de santos y

martirios, huyó de su casa hacia una tierra lejana, donde habrían de martirizarla.(...)

-¿El señor Batalla cree en Dios? ¡Muy bien, señor Batalla! ¡Mi grande amigo y secretario Bermúdez no cree? ¡Muy bien, señor Bermúdez! ¡El señor Batalla es amigo de los pobres según la regla de San Vicente de Paul! Está bien. ¿el señor Bermúdez prefiere las teorías de Tolstoi o de Emilio Zola? Me parece admirable. Yo he reducido el mundo al mundo de mis sensaciones y la patria a mi casa. ¿qué España es una nación atrasada y pobre? Pues yo vivo en Madrid con tantas comodidades exteriores como en París o en Petersburgo. ¿Qué el sufragio universal es una mentira? ¡Si yo no voto! ¿Qué la Iglesia nos mata? A mí no, que ni tengo mujer que me confiese ni hijos que me eduquen. ¿Se anuncia una algarada revolucionaria?, ¿los obreros se ponen belicosos? ¡Bermúdez, vámonos en el subexpress de esta tarde! Nada... Vivir sin molestar; sin ser diputado ni gobernador, ni autor dramático... No admirar a nadie, ni querer, ni odiar... Ven acá, mujer que me agradas, ¿eres fácil?... Sí... Pues ven. Este Don Juan no puede conquistarte... ¡Ay, Bermúdez! (...)

Y no deja de ser interesante cómo se trae el tema del simbolismo de la mano del arte. En Sangü se mezcla Churriguera, los versos de los simbolistas parisinos y la poesía de Góngora. Recordemos, además, que Góngora había sido ya reivindicado, antes que por el 27, por los simbolistas franceses, en especial por Paul Verlaine, el autor de *Les Fêtes Galantes*. Es decir, Insúa nos presenta a un protagonista en franca huida de los placeres mundanos, y a un lector de literatura simbolista. E inmediatamente aparece en el texto la idea de la demolición del símbolo por esencia de la ciudad de Ávila, las murallas.

Insúa se mueve entre los dos personajes buscando demoler las tesis que habían dado lugar a la tópica simbolista española, teñida del dolor de España y contrapuestas luego a todo regeneracionismo. La demolición de las murallas está en la línea de demoler, no el objeto, sino el símbolo y tiene su intensificación en la frase: "si yo derribaría a la nación tal cual está hoy".

Cada retorcimiento era una sutileza doctoral: cada curva atrevida, la insinuación de un cisma. ¡Aquel extravagante don Juan de Churriguera había sido un gran simbolista! Sangü, mirando los retablos, recordó versos raros

aprendidos de memoria en París, en plena adolescencia de lirismo y de vicio, y tuvo un recuerdo de español para don Luis de Góngora y Argote.

(Discusión Bermúdez Batalla)

-¿Usted sabe lo que yo hacía con esas murallas?

-¿Qué? Vamos a ver.

-Pues derribarlas.

-¡Que locura! Si son un monumento nacional

-Y ¿a mi qué? ¡Si yo derribaría a la nación tal cual está hoy! Sí, que me voy a detener en monumentos... Las derribaba, ¡vaya! Y hacía casas y fábricas con ellas. ¡Y las iglesias!...

-¿Cómo? - exclamó asombrado el señor Batalla - ¿las derribaría usted también?

-Según. Las que no tuviesen mérito, y aquí abundan, caerían también bajo la piqueta bermudeasca. Las que valiesen algo, las conservaría poniendo en el atrio una taquilla... Ver el templo, un real. Ver una función: una peseta, dos pesetas, etc.

-Vamos, usted se burla. ¿Iba usted a poner precio a lo que es sagrado? Un pobre para oír su misa tendría que abonar un real. ¿Y si no lo tenía?

-En mi Estado, eucarístico señor Batalla, no habrá pobres. Eso queda para el reino de Dios.

-<< Siempre habrá pobres en la tierra >>

-Sí, eso es muy cómodo. Ya lo creo. Si los dejan a ustedes siempre habrá quien solicite la hedionda sopa de los conventos. Es completamente lógico. La miseria de un pueblo está en razón directa de su catolicismo. Ávila es un caso. Todo el santo día están diciendo a la puerta: ¡Alabado sea dios! Las calles llenas de mendigos y curas; los atrios de las iglesias, de tullidos y ciegos. El agua escasea y todo el polvo de Castilla nos ahoga. ¡Y la miseria intelectual! En todo el pueblo no hay sino un comercio que venda libros, y es una tienda de quincalla que pone entre las estampas y los relicarios dos o tres volúmenes polvorientos e invendibles. Eso sí, congregantes de esto y de lo otro, adoratrices de amantes divinos a falta de los humanos...

-Señor Bermúdez, eso es ofender...

-No lo crea usted, beatífico señor; ¡qué ha de ser! Es la pura verdad. Así están las adoratrices, las pobres, anémicas.

-¡Señor Bermúdez!

-¿Qué desea mi angélico amigo?

—Que me ofende usted con sus burlas... Y ahora me toca a mí. Ávila, ¿oye usted? fue grande en el gran siglo español, en el siglo de Santa Teresa y de Carlos V, cuando no se ponía el sol en los dominios de España

-¡Qué erudición! Ni el sol ni el puchero...

-Sí señor; no se ponía el sol. Éramos los primeros y se los debíamos a la Iglesia, ¿oye usted? a la Iglesia.

-¿Qué le debían ustedes? ¿qué no se pusiera el sol?

-Sí señor. Que nos respetasen y temiesen en toda Europa.

-Pero mi dulce amigo, si entonces estábamos peor que estamos.

-No diga usted eso. No sabe usted historia.

-Usted sí que está enterado. En esa gran siglo España contaba menos de doce millones de habitantes, y los soldados se morían de hambre en los Países Bajos.

(...)

Y es en estas palabras del debate entre Bermúdez y Batalla donde aparece más claramente el esfuerzo de Insúa por oponerse a las tesis de los del 98. Les está acusando de no conocer la historia, de vender al país... No dejan de ser otros tópicos, pero responden claramente al debate que se estaba desarrollando en el momento.

Los siguientes fragmentos redundan en la idea.

-Bueno, bueno- interrumpió el aludido-; con usted no se puede discutir. Usted toma a broma lo más serio. No podemos entendernos. A mí con mi fe me basta. Creo ¿oye usted? creo y tengo a orgullo haber nacido en una tierra de Santos...

-De santos que no se acuerdan de ustedes...

-¿Qué quiere usted decir?

-Nada. Que los santos podrían interceder cerca de dios y colmarlos a ustedes de riquezas.

-tenemos muchas: la conciencia tranquila, el alma pura...

-Sí...sí...

-El alma pura, la vida honrada.

-Ya...ya... sigan ustedes viviendo con la Santa. ¡Parece mentira!

-¿Qué?- preguntó airado el señor Batalla.

-¡Que en pleno siglo XX haya pueblos que vivan del recuerdo de una mujer visionaria e histérica.

-¡Ah, eso no!- gritó el señor Batalla- Eso no lo consiento; ¿oye usted? Hasta ahí podrían llegar las groserías (...)

(Habla Sangil)

-Claro. Créame usted, Bermúdez. No se puede pensar en Ávila sin pensar en santa Teresa; fue una mujer tan grande, una pensadora tan profunda, un espíritu de tal misticismo y del tal sensibilidad, que ha dejado para mucho tiempo su recuerdo. Solo que yo me permito pensar que sería más grande si no la hubiesen canonizado, que sería más grande si no se quisiera hacer de ella una suerte de ángel que vivió sólo espiritualmente. ¿espiritualmente?...Es más noble haber dominado el instinto carnal. ¡hay tal sacrificio en esta dominación! El recuerdo de Teresa de Jesús está empañado por el fanatismo y por la ignorancia de este pueblo. (...)

Anochece y la tristeza, el aplanamiento y la frialdad del pueblo gravitaban sobre las casas, sobre las iglesias y en las calles, estrechas y tortuosas. El cielo estaba lleno de nubes de un gris de plomo. Al través de ellas se veían manchas de azul oscuro, casi negro, tenebroso. Y las nubes pasaban lentas, muy bajas, rasando las alturas de los torreones y de las torres.(...)

La segunda parte de la novela, en la que Sangil ha entrado en un enfermizo estado de falso misticismo, Bermúdez se convierte en el protagonista último de la novela y decide llevarse a Sangil. La novela ha dado un giro de 180 grados y viene a demostrarnos la imposibilidad de una vida mística y alejada de toda vanidad para un personaje como el de Sangil. El último fragmento opone ambos mundos en una despedida en un tren que cierra la obra.

-Entonces-repuso Bermúdez- en vista de que Ávila es un pueblo ridículo, donde no se conoce el foie-gras, donde no hay cocinera que pueda satisfacer nuestros paladares y donde faltan las demás condiciones que la vida exige, decidimos marcharnos hoy mismo, ahora mismo, sin pérdida de tiempo, para Madrid o para el Senegal. El caso es huir.

(...) Y las tres mujeres, correspondiendo torpemente al saludo gentil de Luisita, vieron cómo huían aquella pecadora elegante y alegre, aquel caballero noble, bondadoso y enfermo y aquel señor Bermúdez, tan burión, tan hereje. Huían. Huían de Ávila la austera, la recogida, la triste... Iban a otros pueblos donde el viejo reinado de los santos y de los dogmas no impedía la risa el movimiento, la vida."

Podríamos pensar, como ocurre en los textos de Gutiérrez Solana, en una crítica a los valores tradicionales de la ciudad. Evidentemente existe tal crítica; pero nos inclinamos más a pensar en

esa depuración postsimbolista que busca romper con los tópicos tradicionales de la generación del 98

## 6.- SÁNCHEZ ALBORNOZ

Hablar de Claudio Sánchez Albornoz en Ávila es ya complicado, porque poco queda por decir y por estudiar de su obra en relación con Ávila. El Diario de Ávila publicó hace algunos años una separata en la que se venían a estudiar estos aspectos<sup>30</sup>, y a ella remito a quien quiera indagar más en sus datos biográficos más avilenses. Conocemos también otros textos referidos a la provincia: había publicado varios estudios, de los que hemos rescatado los titulados *Ávila de 1808 a 1814*<sup>31</sup>, *Ávila y Jovellanos*<sup>32</sup>, *Siempre en Ávila. Ávila en el IV Centenario del Tránsito de Santa Teresa de Jesús*<sup>33</sup>, o *Una visita al cerro de Guisando*<sup>34</sup>. Sería muy largo traer todos los textos aquí, por lo que nos limitamos a dar la reseña bibliográfica precisa para quien desee encontrarlos.

Hemos querido aportar un breve texto de *Ávila de 1808 a 1814*, que refleja ese nuevo acercamiento de los escritores de eso que se ha dado en llamar "novecentismo", y que tratan de abordar la realidad española desde un punto de vista más objetivo y, en ocasiones, científico. Sánchez Albornoz es un buen ejemplo de ello y, para ser más claro aún, refiere incluso la posibilidad de que se hubiera perdido el espíritu caballeresco que tanto entusiasmaba a los escritores del 98. A pesar de que, finalmente se explica la verdadera participación de Ávila contra los ejércitos franceses, no deja de ser revelador que el propio

---

(30) Ávila en D. Claudio Sánchez-Albornoz. Documentos, separata de El Diario de Ávila, 9, 1993

(31) Nuestro Tiempo, Madrid, septiembre de 1911

(32) Diario de Ávila, 8 de septiembre de 1911.

(33) Ed. Novum, Valencia, 1981

(34) Diario de Ávila, 12 de julio de 1910.

autor cite ya fuentes historiográficas, es decir, que se desvincule del escritor para colocarse del lado del historiador.

Durante el periodo, en que la mayoría de las ciudades españolas ilustran su historia con hechos heroicos, no se realiza en Ávila, en la Ávila de los Leales y de los caballeros,, ni una sola heroicidad, ni un solo acto que haga de los abulenses de aquella época dignos descendientes de los hidalgos de la Ávila medioeval. ¿Había variado la raza? ¿Se había tomado de valerosa y esforzada en cobarde? No, no había variado. Los abulenses de principios del siglo XIX eran los mismos que en los siglos gloriosos de Ávila. Eran las circunstancias. ¿Cómo Ávila, tan próxima a la capital del reino, con tan escasa población, disminuida, además, por la formación del regimiento de voluntarios, sin guarnición ni género alguno de tropas regulares, y sin más defensa que sus gigantescas murallas, iba a resistir a los fuertes y disciplinados ejércitos de Napoleón? Sin embargo, no se acordó la sumisión sin resistencia. Ante el peligro, el antiguo espíritu de Ávila revivió, y se establecieron depósitos de pólvora, armas y otros pertrechos de guerra, y se decidió resistir a los franceses. Pero bien pronto el saqueo de Ávila demostró lo inútil del esfuerzo, y ésta no volvió a pensar en sublevarse, y sufrió resignada la tiranía de los imperiales, hasta que, con su huida y la entrada de las guerrillas de la provincia, volvieron a correr por ella vientos de libertad que, al ser respirados por el pueblo convirtieron los ayes de dolor en gritos de alegría, que al recorrer las calles de la ciudad acabaron con la polilla de afrancesados que la envilecían con su conducta antipatriótica, y que al penetrar en la catedral trocaron en gritos a la patria los que a José I diera el obispo en cierta ocasión, y en honras fúnebres por los muertos en defensa de España las acciones de gracias por los triunfos del Emperador.

El desconocimiento en que se encuentran estos hechos (...) me ha decidido a relatarlos, conforme los datos que he obtenido en los libros de actas del Ayuntamiento. Mas como en esta época que voy a historiar figuran personas, cuyos apellidos, llevados muy dignamente por sus nietos, suenan aún en Ávila, me limitaré a exponer los hechos sin hacer comentario alguno, dejando que el lector los juzgue según su propio criterio.

## 7.- JUAN RAMÓN.

Juan Ramón Jiménez tampoco cree en esa unión literaria Unamuno-Santa Teresa. Considera que, de haberse conocido, otra hubiera sido su relación. También opina sobre el castellanismo, una lacra literaria para él.

El castellanismo como propósito poético ha sido una de las plagas más odiosas de la literatura española, por lo que tiene de castizo y de provinciano. Como lo sería el galleguismo, el aragonesismo o el andalucismo a propósito.

No, superficial castellanista Mr. Bell; no fue el "castellanismo" una reacción contra el "modernismo", plaga internacionalista, fue una consecuencia contra lo exótico del modernismo. Pero tan exótica es una moda extranjera como una moda arcaica nacional. El camino mejor no fue esa "reacción", sino el luminoso, universal presente, que abrió quien pudo y supo abrirlo.

Juan Ramón intuye que lo modernista y lo castellanista no son abiertamente opuestos, sino que se trata más de una interpretación nacional de lo modernista, o de lo simbólico. Y Unamuno se encuentra a la cabeza de ese castellanismo, por lo que se lleva una buena parte de su crítica.

La familiaridad de Unamuno con Cristo es como la de Santa Teresa, también excesiva, sólo que en Santa Teresa se resolvía sólo en amor y en Unamuno, en pelea, muchas veces. Para Santa Teresa Cristo era un novio, un amante y sólo para ella, aunque lo disimule. Para Unamuno, un yo contrario y para todos. Gran cosa hubiera sido que Unamuno y Santa Teresa, vecinos en sus dos provincias, Ávila, Salamanca, y hoy huesos muy cerca bajo tierra, se hubiesen conocido. Qué cosas hubiera escrito Unamuno de Santa Teresa y que cosas hubiera escrito Santa Teresa de Unamuno. Son los dos hermanos de nuestro Don Quijote, porque Santa Teresa fue en todo la mujer quijote española: idealista y andariego de caminos como Unamuno.

III  
VIAJEROS CATALANES POR CASTILLA:  
LA PERSPECTIVA DE UN SÍMBOLO

Hay un buen número de ejemplos a comienzos de siglo de autores catalanes en viaje por Castilla. Sigue siendo el asunto clave el problema de España, su metáfora última y, de alguna manera, para el problema del nacionalismo catalán, supone una clave de autoconocimiento y, a menudo, de autoafirmación. He elegido dos libros que he considerado significativos y en los que Ávila juega un papel muy importante como imagen de esa Castilla o esa España que sigue siendo un problema.

Y no deja de ser curioso cómo algunos de los autores catalanes que durante el primer tercio del siglo XX tuvieron más repercusión en la literatura y el periodismo catalán, también en el español, se fijan inevitablemente en Ávila como muestra de esa visión de España que se desvanece, de esa visión simbólica del 98.

Podríamos seguir una línea que va de Unamuno y Azorín a ellos, pasando por los autores de principio de siglo y confluyen en estos dos autores. Pero no podemos olvidar que tanto Gaziell como Corominas están formados en el modernismo catalán, quizá más alejado del modernismo simbólico de Machado o Unamuno. Simbolistas catalanes como Guerau de Liost<sup>35</sup> que decía cosas como

*"Bella Ciutat d'Ivori, feta de marbre i or:  
Tres cúples s'irisen en la blavor que mor"*

No encontraremos el tópicos Unamuniano reflejado en sus obras, sino una contemplación de la ciudad desde una perspectiva más este-

---

(35) Pseudónimo de Jaume Bofill i Mates (1878-1933), uno de los poetas catalanes, figura importante del Noucentisme que tuvo más que ver con movimientos de vanguardia.

ticista. En ambos casos, llegan a Castilla, a Ávila con una idea preconcebida, con un prejuicio de lo que van a encontrar. Y ese prejuicio, claro está, incluye la idea de Unamuno y los del 98; la ciudad simbólica del caballero y el místico.

Y así, quien va buscando la casa de la Santa, caso de Corominas, se encuentra con una iglesia barroca. Pero Gazieli entra de lleno en la idea que venimos manteniendo. La ciudad de Ávila está muerta definitivamente, y no sólo como símbolo, sino como ciudad, como espacio vital:

Poco a poco, llevándonos los maletines, porque no ha salido a recibirnos ni un perro vagabundo, entramos en la ciudad. Hay un rótulo muy rudimentario que dice: ÁVILA DE LOS CABALLEROS. Dentro de sus muros, la población parece muerta, infinitamente más que Brujas, la mística ciudad de Flandes, en donde he pasado grandes temporadas.

Evidentemente, el autor no quiere hacer referencia al símbolo, pero sí a Brujas, ciudad que conoce. ¿Qué intención sino la de desmontar la idea de ciudad muerta tiene Gazieli, quien descubre que Ávila es “la más triste, la más deteriorada de las antiguas y famosas poblaciones castellanas”

Brujas la muerta sigue presente en la literatura de los autores novecentistas (o los noucentistes catalanes, entre los cuales, lógicamente no se encuentra, pero a los que conoce bien). Decíamos que Gazieli está citando lo que conoce ya, que el tópico que Unamuno ha creado se ha convertido en un hecho real, en una muerte real.

Recientemente ha aparecido un volumen editado por la Generalitat<sup>36</sup> en el que se da buena cuenta de los textos que hacen referencia a las relaciones de estos escritores con la literatura en castella-

---

(36) Bastons Vivanco, Carles y Busquets i Grabulosa, Lluís: Castilla en la literatura catalana: idiosincrasia, literatura, instituciones, paisaje, ciudades, pueblos y personajes célebres, Barcelona, Entitat Autònoma del Diari Oficial i de Publicacions., 2002.

no, no siempre tan condescendiente como la de los autores que aquí hemos traído. Sin embargo, estos dos autores, Coromines y Gaziél, son viajeros por Castilla en busca de Cataluña, en busca de las razones posibles para una península, en palabras del propio Agustí Calvet, "inacabada". Suele decirse que la mayoría de los autores del XX en Cataluña han sido "iberistas". Así Espriu, Carner o J.V. Foix lo fueron; de ahí la necesidad de entender, no ya España, sino toda la península", pero especialmente en crear un vínculo con Portugal, saltando, en ocasiones e inexplicablemente, a la propia Castilla".

## 1.- AGUSTÍ CALVET, GAZIEL

Gaziél era el pseudónimo de Agustín Calvet. Nacido en Sant Feliu de Guixols, en 1887, llegó a ser director del diario La Vanguardia durante muchos años y colaborador de no pocos medios de comunicación madrileños, así como de revistas culturales, como por ejemplo, La Gaceta Literaria. Gaziél publica una trilogía sobre la península titulada Trilogía Ibérica. Sus tres partes eran *Portugal en lontananza*, *La Península Inacabada* y, el que nos ocupa, *Castilla Adentro*. En este se relata un viaje que el propio autor hace por Ávila. Los lugares son emblemáticos. De muchos de ellos ya había hablado Unamuno y Gaziél conocía bien su obra. Comienza en Ávila. La descripción es desoladora. No es ya la ciudad de Unamuno; la visión, la perspectiva ha cambiado y la ciudad es ya, no la casa de Unamuno, sino el pueblo abandonado y pobre de los autores de principio de siglo. Cuando Unamuno habla de Ávila como una casa, como una celda, o como una ciudad muerta, cuando lo hace de Gredos, está haciéndolo a la manera de un simbolista, a la manera de quien ve en la casa de Ávila el gran espacio de la intimidad y del aislamiento, como quien

---

(37) De hecho, el libro de Gaziél a que pertenece *Castilla adentro* se inscribe, en realidad, en un viaje a Portugal. La trilogía se titulaba Trilogía Ibérica y contenía precisamente el libro *Castilla adentro*, *Castilla adentro*, al que pertenecen estos textos.

(38) Martínez Gil, Víctor: *L'iberisme en la cultura catalana: origen i formació d'una idea político-cultural*, Universidad Autónoma de Barcelona. Servicio de Publicaciones, 2001

encuentra dentro el tesoro de un pasado sagrado. Podía haber sido el *hortus conclusus*, el jardín cerrado... pero es la casa y la ciudad muerta. Así, cuando Gaziél viene a la ciudad no ve ya un símbolo del espacio familiar, una casa, sino un lugar moribundo, vacío y pobre. Se ha sustituido la intrahistoria que recorría la vida ancestral de Castilla y el *still life*, la naturaleza muerta por un cuerpo definitivamente muerto. No es la ciudad que ya no vive pero conserva el brillo de una vida que fue y que aún no ha pasado. El tópico del vacío y de la vanitas se ha esfumado y queda una sensación de horror vacui, de temor al vacío que es la tierra llana y despoblada de Castilla.

"Más que vacía, ha sido vaciada. La han despojado de sus sueños, los descubrimientos de los hombres, a quienes les es ya imposible volver a soñar de la misma manera que antes. Todos los esfuerzos que aún se hacen para resucitar aquel pasado, para conservarle una apariencia de vida, son pura arqueología". (...) "Los viejos conceptos no sirven para comprender ni vagamente cómo será el mundo que están amasando, enfebrecidos, enjambres de millones de hombres". "Quien crea en la posibilidad de volver a conectar esta Ávila de los Caballeros con el porvenir que otros pueblos preparan a la humanidad es para mí (y que me perdone) un soñador, un iluso perfecto".

Gaziél se da cuenta de que el tópico de espacio vacío, de ciudad vacía no tiene ya sentido. Y retoma los conceptos viejos de vacío, de sueño, de pasado resucitado. ¿No está hablando aquí, precisamente del contenido usado por los autores de fin de siglo? ¿no está hablando de las ciudades muertas? Si el contagio que el símbolo sufre por las ideas sociales y políticas que vinieron desarrollándose a lo largo del primer tercio del XX ha llegado a convertirse en toda una idea de por qué es imposible la resurrección de Castilla, la Castilla del XVI, Gaziél desmonta el tópico, pasa del tópico literario al tópico social. Los viejos conceptos no sirven, dice; y finalmente hemos de concluir que, derrumbado el símbolo no parece haber futuro para Ávila. Pero, evidentemente, ¿futuro para qué Ávila? Parece lógico pensar que es para el concepto decimonónico de la provincia para el que el tiempo está vedado, eso es algo obvio. Los autores del siglo XX no ven futuro para una provincia, pero es para esa idea literaria de ciudad, de país, de provincia para la que no existe. Y de nuevo vienen a confundir el

símbolo con la realidad; y esa permanente confusión es la que deshace Gaziél: "quien crea en la posibilidad de volver a conectar esta Ávila de los Caballeros, es para mí (y que me perdone) un soñador, un iluso perfecto".

Para Corominas el viaje viene a ser similar, el contraste es el mismo. Llamado por las lecturas de la Santa (y de paso por las del 98, aunque no lo comente en el texto), viene buscando esa España de la que habla la Santa. Y, como Gaziél, se encuentra con un panorama totalmente distinto. No viene buscando un paisaje, sino un espíritu; y eso es precisamente lo que no encuentra. Si Unamuno hallaba un vínculo entre el pasado remoto de Prisciliano y los místicos del XVI, aparentemente podría resultar lógico encontrar esa misma espiritualidad en el siglo XX, hallar a esos hombres castellanos que debían ser la salvaguarda de ese espíritu místico y guerrero... Pero el símbolo ha desaparecido. Y ya nadie quiere ver en la muralla los muros y las puertas de una casa. La desaparición del símbolo nos devuelve la realidad, la interpretación deja paso a la indagación histórica.

Y así esos símbolos que empiezan a desmoronarse son también punto de interés para la identidad nacional catalana. Tanto Gaziél como Corominas indagan en su propio pasado nacional desde sus visitas a Castilla.

Todo un mundo de nuevas perspectivas históricas fueron enterradas allí con el cadáver de aquel príncipe Juan. Sin el desvío nórdico del imperio, la política mediterránea habría impuesto la cristianización del Norte de África con una enorme vigorización del genio latino. Seguramente Castilla no habría sucumbido en Villalar y quizá el poder personal de los reyes no se habría asentado sobre la concepción extranjera que impuso la muerte de las libertades nacionales."

La visión de Gaziél es similar. Habla a menudo de una "alma catalana en pena". Culpa a Cataluña de su propio mal y cree que per-

dió todas sus oportunidades de convertirse en un estado. Y, en todo esto, ¿qué interés tiene Ávila? Precisamente el de ser la expresión exacta de esa Castilla: "*Es Castilla pura, monolítica y nada más*". "*Hoy sirve nada más para que Larreta haga de ella una novela admirable y empalagosa, como una obra de orfebrería, o Azorín le saque una serie de artículos fríos y deliciosos, como quien saca agua fresca de un pozo. Nada más*". Y esa muestra petrificada de Castilla es la esencia también del Estado que creó una España a su imagen y semejanza.

Castilla construyó España a imagen y semejanza suyas, lo mismo que Dios hizo al hombre, lo mismo que han hecho siempre, por no poder hacerlo de otro modo, todos los constructores de algo, en todos los tiempos. Mas, como Castilla fue, es y será esencialmente dogmática, por su estructura mental, mística y guerrera a un tiempo, calcó la construcción española en su dogma propio: una religión, un ejército, un idioma, un Estado. Los suyos, naturalmente, pues sólo un iluso es capaz de imaginar que podía escogerlos ajenos". "Así se aclaran varios misterios. El mayor de todos, tal vez, se produjo inmediatamente después de muertos los Reyes Católicos, cuando Castilla, en vez de recoger la herencia real y rematar la obra peninsular que los castellanos mismos parecían haber querido, la abandonaron con increíble presteza, para entregarse a la conquista de América

Y ya no se puede contemplar ese espíritu en la ciudad, porque, sencillamente, no existe.

Esto es enorme, pero definitivamente muerto. Es impresionante, como lo son los restos de los templos de Nínive, los palacios de Creta o las pirámides de Egipto. Es un mundo que jamás volverá, no solamente porque ha perdido el cuerpo (en realidad siempre tuvo poquísimo), sino, además, porque se le ha esfumado el alma, que era extraordinaria. Esto perdura, pero no sobrevive.

He querido entresacar unos fragmentos de la obra de Gaziol, precisamente el que hace referencia a su viaje hacia la Sierra de Ávila, hacia Cepeda la Mora, por esas parameras de las que tanto se dolía, primero Unamuno y luego Ortega, cada uno a su manera. Es un ejemplo de esa visión de la Castilla desértica y misérrima que les presenta a los nuevos autores.

## CEPEDA LA MORA

Desde lo alto de la loma descubrimos en seguida el pueblo. Pero, ¿es esto un pueblo? Vemos, en realidad, un triste puñado de casitas bajas, pobres, de piedras negras, sin blanquear, esparcidas por una hondonada cubierta de charcos. Es un aguazal montañoso, formado por regatones y pequeñas cascadas que chorrean por los flancos de La Serrota, la enorme joroba que ahora tenemos enfrente, como quien dice, a tiro de honda, arisca y claveteada de nieve. No hay propiamente calles ni plazas; no hay más que lugares por donde se pasa y lugares por donde no se puede pasar. Éstos se conocen porque suelen estar cerrados con maderas viejas y alambre oxidado, o porque uno se hunde en ellos hasta mediapierna. Los lugares por donde se puede pasar se ven, en primer lugar, porque también suele correr el agua por ellos, y después porque están llenos de cantos, con algún pasadizo de madera por donde la gente pueda transitar sin mojarse. Los animales, sin embargo, van por donde quieren. Si en mitad de una calle os sale de repente un buey, un macho cabrío, un rebaño de ovejas o un cerdo malhumorado, y os tira de espaldas en el barro, la culpa es del peatón: aquí también hay que respetar el reglamento del tránsito.

Alrededor del pueblo, unas tierras de cultivo pobres y tristes, con media docena de álamos anémicos y otros tantos árboles diseminados sin orden, como llivididos del cielo, que no hacen sino reforzar aún la impresión de desierto y de soledad inhumana. Perdidos entre los bancales encharcados, hay unos campos para trillar, que llaman << las eras >>. Esta tierra pobre sólo da trigo, cebada, patatas, garbanzos, habichuelas, col dulce y pálida (repollo) y una cantidad enorme de calabazas, comida para los animales. Hay tantas y casi tan grandes, como piedras sembradas por la mano de Dios. Las casuchas tienen tejados, hechos con tejas que un día fueron rojas, pero las heladas las han ido quemando y oscureciendo y ya no tiene color. Son casas, la mayoría de una sola planta y una sola puerta, sin ventanas ni balcones. Al lado derecho de la entrada ha una pieza única, con unas pequeñas alcobas —dos o tres—, negras, sin luz ni ventilación, en donde los tristes habitantes duermen, nacen y mueren. Al otro lado de la entrada está el establo, la casa de los animales, a menudo más espaciosa que la humana y la cocina, con un hogar redondo y su gran chimenea, plantado en el centro. El pueblo tiene 442 habitantes; y el invierno dura aquí diez meses.

La sierra, por la mañana, temprano.

Le he dicho si la cumbre era alguna de esas, todas iguales y grises, que se

van respaldando unas a otras, hacia arriba, hasta perderse en lejanía. Me ha contestado que no, que está mucho más allá y que <<no tiene figura>>. Quiere decir que se llega a ella insensiblemente, sin verla hasta que se está encima. Entonces le preguntó qué se ve allá arriba.

-Nada - me contesta-: muchas tierras. En días claros puede verse hasta Salamanca.

Le pregunto donde está el famoso Laberinto, y me explica que está aún más lejos, del otro lado de la cumbre y que desde la vertiente en donde nos hallamos, la vista mejor está hacia el norte, en un montículo que tenemos cerca. Agarra una piedra y, con increíble destreza, la lanza por debajo del brazo, a una buena altura; y veo que, describiendo una airosa parábola, va a caer a una distancia considerable, sesenta o setenta metros más allá, exactamente en medio de la curva que forma el montículo.

-Desde allí- concluye-, se ve muy bien todo el cerco de Ávila.

-Nos llegamos a verlo y en efecto: sobre la profundidad de tierras planas, muy por debajo y lejos de nosotros, destaca en tonos grises, ocre y de sarga oscura, como un fondo de ciertas pinturas de Zuloaga y de Solana, un cinto de murallas Pétreas, con algunas torres y campanarios, como una lejana miniatura. Es la ciudad de Santa Teresa, de la que vinimos ayer. Contemplo un rato la desnuda grandiosidad del paisaje, recordando su fama legendaria, la tierra de cantos y santos.

La descripción no puede ser más desoladora. A la pregunta sobre qué se ve en la sierra el serrano responde con la contundencia con que podía responder Unamuno: Nada.

Evidentemente nada queda del Gredos de Unamuno, y podemos más acercarnos a esa idea de Ortega de que nunca había visto un lugar más desolador. Gaziél ha vuelto a recuperar los viejos términos: "triste", el que tan poco le gustaba a Unamuno, "pobre"...

En el siguiente texto lo podremos comprobar mejor. El viaje a Gredos le recuerda permanente el misticismo de los simbolistas. Es un puro ejercicio de evidencia literaria. A un lado queda el misticismo de Castilla la llana. Al sur, el pintoresquismo del mediodía. Eso sí. Hemos recuperado, frente al símbolo, la metáfora nueva, el ejercicio retórico de la vanguardia y del noucentisme: "Gredos como una muralla de acero que separa dos mundos".

Sin valorar la intención del autor y la validez histórica-geográfica-antropológica, etc de lo expuesto por Gaziol, es evidente que la contemplación del paisaje que tenía el 98 o el modernismo se da ya por perdido o en trace de desaparición inminente.

## GREDOS

La vertiente meridional de Gredos, por donde hemos de descender a la tierra baja, cae ocho o novecientos metros casi a plomo. Todo el macizo de Gredos viene a ser como una muralla de acero que separa dos mundos, por más que Castilla esté tendida a un lado y otro. En la parte alta imperan la austeridad y el misticismo, el impulso heroico impuesto por el medio, que ha hecho famosas las tierras castellanas en todo el planeta, y el espíritu que las anima, uno de los más originales y fuertes del Occidente europeo. En la parte baja, el calor, el color, el jaleo y el barroquismo cómico-trágico del mediodía español, productor del noventa por ciento del pintoresquismo de exportación folklórico y turístico. Es una de las líneas divisorias más profundas y genuinas de España. Parece como si las tierras altas y frías, asustadas ante un contraste tan repentino, se hubiesen contraído con un esfuerzo geológico, al divisar desde las cimas de Gredos el tierno y voluptuoso valle, extendido al fondo; y esta estupefacción -la misma que sobrecoge al viajero- hubiera producido la barrera vertical de la sierra. Gredos es un balcón cortado a pico, por donde la Castilla pobre, triste y enjuta, contempla maravillada su otra cara, la Castilla ardiente y llena de colorines, pórtico de la soleada Andalucía morisca...

No es este un placer [la contemplación del paisaje] antiquísimo, como puede parecer en teoría. Todo lo contrario: es un gusto de hace cuatro días, por así decirlo, y que, no obstante, ya está a punto de desaparecer. Durante siglos y siglos, puede decirse desde el comienzo del mundo, el hombre desconoció este placer, aunque iba a paso de tortuga cuando tenía que desplazarse de un lugar a otro. En las literaturas antiguas no hay paisaje, o cuenta bien poco, casi como una especie de decoración convencional. Aun en los siglos XVI y XVII, y buena parte del XVIII (para no hablar más que de los próximos), el espectáculo de la naturaleza, que a nosotros nos llena tanto de alegría y de serenidad era tenido por una visión desagradable, que sólo infundía aburrimiento, peligro y horror. Los verdaderos descubridores del paisaje, como de

una maravilla aún desconocida, fueron los románticos. Ellos, y después los naturalistas, nos lo enseñaron a nosotros. Pero hoy me parece que ya se está marcando un cambio profundo en la sensibilidad humana, a consecuencia de los trastornos, graves también, experimentados en las formas de vida. Y me temo que el mundo esté abocado a ver el fin del paisajismo, al menos tal como desde nuestros abuelos hasta nosotros mismos habíamos aprendido a gozarlo. De una cosa estoy seguro: las máquinas veloces -trenes que van a 120 por hora, autos que aún corren más, y -sobre todo aviones como centellas (y apenas empezamos), exigen del hombre la renuncia total a la visión intensa del paisaje. Es muy posible que pronto un contemplador de la naturaleza sea un anacronismo parecido al del pescador de caña.

Esta manera de viajar, ya anacrónica, tiene, sin embargo, entre otros encantos, que siempre va acompañado de sorpresas. Y la que hoy nos esperaba al llegar al fondo del precipicio es de las buenas; yo no la hubiera cambiado por el mejor refresco del mundo. Al pie de la escalera de caracol, que es la carretera y apenas terminábamos de bajarla, nos encontramos dentro de un pueblecito serrano, pequeño como un nido, al que llaman Cuevas del valle. Tiene una única placita y casi una única calle y está acurrucado al pie de un torrente que recoge varios arroyuelos de la muralla de Gredos. (...) La gente mayor, hombres y mujeres, tienen mucho carácter, y la conversación con ellos promete ofrecernos cosas elementales y sabrosas, como los hongos que sin duda crecen por las arboledas de este rincón serrano. Las casas, pocas, porque apenas hay lugar para más, al pie mismo de la muralla de Gredos, se apoyan unas sobre otras. La mayor parte tienen en la fachada un balcón corredizo, de parte a parte, muy alto, al amparo de los grandes aleros, con antepechos de madera labrada, y vistosos entramados en las gruesas paredes: todo pintado de colores vivos que armonizan con los tonos azules, verdes, rojos, amarillos y morados, de los vestidos de las chicas. Esta arquitectura fuerte y renegrida, si no fuera por la pintura recordaría mucho la del País Vasco.

Una porción de aldeas de esta comarca, todas pequeñas y más o menos cercanas a la muralla vertical de la sierra, llevan la denominación común de ser lugares del "Valle". Además de Cuevas del Valle, visitamos San Esteban del Valle,, Santa Cruz del Valle, etc. Pero ¿qué valle es este? No lo sé. Lo pregunto y nadie sabe darme la razón.

Dicen que es el Valle, como si solamente hubiera uno en el mundo, éste; y hasta me miran con cierta extrañeza, como si yo fuera buscándole tres pies al gato. Se ve que los primeros campesinos de la comarca la bautizaron el

Valle, por la misma razón que la gente sencilla de mar llama el Puerto a todo lo que sea tocar tierra firme. Bajando de la desolación de las cumbres, los castellanos de la Reconquista que descubrieron esta tierra fecunda y la recobraron de los moros, la designaron el Valle, por antonomasia, como la hubieran podido llamar el Paraíso. Es bellísima, en efecto, y sospecho que casi desconocida. Nosotros la vamos recorriendo poco a poco, parándonos en todas partes, en medio de las plazuelas, a dejar la correspondencia, -una o dos cartas, un diario comarcal. Tan pronto avanzamos como retrocedemos, trazando eses entre prados minúsculos y densos, como esmeraldas, cercados con paredes de piedra alternados con grupos de gigantescos castaños suntuosos, ahora en pleno estallido primaveral. Es increíble el verdor y la esplendidez de esta tierra chica escondida al pie de la sequedad absoluta de Gredos. El contraste es más fuerte, porque hoy todos los pueblecitos están, por ser San Isidro, como sacados de quicio.

Los dos siguientes textos inciden en una idea que tiene en Gaziél un especial interés, el llamado irrealismo de Castilla, una fuerza configuradora de realidades palpables que tiene una base irreal. La teoría parte de la contemplación de Madrigal de las Altas Torres y de su monumentalidad descompuesta.

### MADRIGAL DE LAS ALTAS TORRES

Poco después nos detenemos, en plena llanura, al margen de un pueblo rarísimo, como yo no había visto otro semejante en toda Castilla, tan deteriorado y al mismo tiempo tan monumental. Es un pueblo de barro seco y negro, todo agrietado, extendido a un centenar de metros de la carretera. Nos separan de él una serie de charcos en cuyas aguas turbias se reflejan los muros de la población, con brillo apagado. Está - o había estado - completamente ceñido por una muralla medieval, de la que sólo quedan grandes paños, que dan una idea perfecta de lo que fue el conjunto, con torres que se deshacen, en cantidad sorprendente, unas más altas que otras y ninguna entera.

Es una visión siniestra, única, y como no la esperaba, ni remotamente, me deja estupefacto. ES algo trágico y enigmático a un tiempo, como uno de esos lugares irreales que figuran en las novelas alegóricas de Kafka, pero

construido con un decorado viejo y apollado, que hubiera ya servido para representar La venganza de don Mendo u otra patochada de parodia caballeresca: todo, expuesto en medio del campo, un día de junio, con un sol radiante y un cielo sin nubes.

Pregunto qué es este conjunto de castillos de barro en descomposición y cuando oigo el nombre -Madrigal de las Altas Torres- aún me asusto más porque recuerdo que es el lugar en donde nació Isabel la Católica. ¿Cómo es posible que tengan tan abandonado este pueblo que debería ser monumento nacional, tanto por su historia como por su arqueología?

Pero en seguida veo que - como no lo hicieran de nuevo y de piedra restaurarlo es imposible. Sería inútil empeñarse en conservar esta monumentalidad en fango, en donde nada más hay, mezclados como almendras en rurrón de pobre, cuatro ladrillos mal cocidos... El autobús arranca. Nos acercamos a las tristes reliquias de Madrigal de las Altas Torres, casi hasta tocarlas. Damos la vuelta a su alrededor, y volviéndoles luego la espalda, pronto las perdemos de vista, tragadas por la llanura lisa como el mar.

## EL IRREALISMO DE CASTILLA

Este descubrimiento tan inesperado, mientras el autobús avanzaba monótonamente, me ha dejado perplejo largo rato. Madrigal de las Altas Torres -iba yo diciéndome-, qué nombre tan maravilloso para una cosa tan destartada! He aquí, resumida, una de las virtudes más extraordinarias de Castilla, tal vez su característica suprema, porque lo mismo le ha servido para las más altas ascensiones como para las más hondas caídas. Virtud esencialmente quijotesca, que Cervantes intuyó y supo plasmar en prototipos humanos fantásticos. Virtud que consiste en la transfiguración de la más baja, sombría y pobre realidad, mediante un irrealismo que la eleva hasta las estrellas. Digo irrealismo, no ilusionismo. Si no fuera más que esto, no habría nunca pasado de la categoría de puro sueño, de quimera en el aire, sin conseguir la grandiosa eficacia que tuvo en sus mejores épocas. Lo que yo califico de irrealismo castellano es, al mismo tiempo un absurdo y una fuerza activa, un ciempiés y un milagro. Es el hecho de crear, a base nada más que de unas realidades raquíticas, mínimas, todo un mundo enorme e irreal, que no quiere decir inexistente, y aún menos estéril, porque es innegable que, a pesar de no tener base material suficiente, actúa

sobre los hombres y las cosas como una verdadera energía, sólo comparable a las más extraordinarias. Es una fuerza que tiene su apoyo y sostén, no en el mundo y concreto, el que vemos y palpamos, el que pesa y cuenta, sino en la esfera mágica de las alucinaciones. El más grande de los escritores castellanos, uno de los más lúcidos y piadosos que el mundo haya producido, puso de manifiesto con un relieve, del cual él mismo no se daba cuenta (como si lo que sostenía y guiaba su pluma no fuera tanto su propia mano como el genio mismo de la raza) ese irrealismo, más fuerte que muchas realidades. (...)

En resumidas cuentas, el concepto de irrealismo está muy cerca del concepto de simbolismo que barajamos en este libro. La alucinación en tanto que creación de una realidad que no refleja un referente externo sino interno, puramente subjetivo e irreal, es la que da forma, de alguna manera, a la visión de las ciudades muertas o a los símbolos de fines del XIX. En el fondo, lo que descubre Gaziél es que el símbolo, tanto el barroco como el de fin de siglo ha conformado una realidad histórica formal. Parece lógico pensar en las alucinaciones quijotescas, pero estamos hablando de alucinaciones, creo, que como Unamuno hablaba de espíritu o Azorín de energía.

Esa alucinación que conforma realidades tangibles y enormes se le manifiesta en los nombres de los pueblos y en su escasa entidad física, nombres como Madrigal de las Altas Torres, que, sin embargo, parece un decorado. Pero esto de los nombres de los pueblos castellanos era ya algo muy dicho por Unamuno.

Quien también, por cierto, había hablado y escrito de los nombres sonoros de Castilla:

"¡Y qué nombres de lugares! De los que se paladean. Entre ellos, esos enesílabos toponímicos -de que es en Castilla dechado Madrigal de las Altas Torres-, y que allí suenan: Arenillas de Nuño Pérez, rabanal de los Caballeros, Cervera del Río Pisuerga..."<sup>40</sup>

---

(40) En Ahora, Madrid, 4 de julio de 1934

Es más; fue un lugar común para años posteriores y hasta José Antonio Primo de Rivera lo usó en algún discurso.

"Castilla, esta tierra esmaltada de nombres maravillosos -Tordesillas, Medina del Campo, Madrigal de las Altas Torres-, esta tierra de Chancillería, de ferias y castillos; es decir, de Justicia, Milicia y Comercio, nos hace entender cómo fue aquella España que no tenemos ya, y nos aprieta el corazón con el dolor de su ausencia"<sup>(41)</sup>

Queremos explicar con estos fragmentos, cómo Gaziél sigue el sendero trazado por los simbolistas con el mismo ánimo de descomponer la imagen de Castilla que les había sido transmitida. Irrealismo, simbolismo, subjetivismo... son caras de una misma idea y la depuración, en el caso de Gaziél o Corominas, simplemente tendrá una motivación diferente, pero no un efecto distinto. Las continuas referencias al Quijote en la obra de Gaziél están haciendo referencia a un trasunto lingüístico. Cabe pensar si realmente eso que denomina irrealismo no es, en el fondo eso, un fenómeno de designación que tampoco se atiende esencialmente a los procesos históricos. Gaziél explica que a una realidad de barro se le da un nombre prodigioso. Luego estamos hablando de literatura, de un problema de invención, sea simbólica sea ficticia, narrativa.

Es, exactamente, transponiéndolo del orden individual al colectivo, el fenómeno de estos lugarejos de Castilla en donde los quijotes de todos los tiempos, ayudados siempre por sus inseparables Sanchos, fueron levantando unos castillos, unas catedrales y unos conventos enormes, de pleno y común acuerdo, fundidos hasta la médula en el mismo irrealismo. Así sacaron la fabulosa lotería de América; así se encaramaron en el carro imperial de Carlos V, y así inventaron, para designar unos puñados de barro seco, nombres maravillosos, como Madrigal de las Altas Torres, con la misma inventiva prodigiosa con que desde lo alto del monte donde se atalayaban los dos rebaños de corderos, Don Quijote iba viendo y bau-

---

(41) Discurso pronunciado en el Teatro Calderón, de Valladolid, el día 4 de marzo de 1934. En Primo de Rivera, J. A., *Obras completas*, Bilbao, Ediciones Arriba, 1939

tizando a los grandes capitanes de los dos supuestos ejércitos. De idéntica manera prodigiosa esta gente irrealista se fue en busca de aventuras, haciendo disparates heroicos por los dos hemisferios. ¡Y vengan nombres sonoros y caballerescos! Toda América está aún llena de ellos, iguales que los de Don quijote: Alifanfarón de Trapobana, Pentapolln del Arrmangado Brazo, Laurcalco de la Puente de Plata, Micocolembó de Quirocia, Brandebarán de Boliche, Timonel de Carcajona, Alfeñiquén de Algarbe, Espantafilardo del Bosque... Total: iunos corderos flacos, unos pastores hambrientos, una tierra seca, y una polvareda de mil demonios.

## 2.- PERE COROMINAS: POR CASTILLA ADENTRO.

Decíamos de Gaziél que interpreta literariamente los tópicos castellanos, que deja al descubierto la literatura que hay en el tópico de Castilla y de Ávila. También decíamos que, como otros catalanes de principio de siglo, su visión de la realidad castellana viene asumida de antemano por el carácter literario de los escritos precedentes.

Cuando Pere Coromines llega a Ávila se excusa precisamente de haber llegado con un prejuicio literario, el de la lectura de la Santa. Nos habla Corominas de que estaba preparado para recibir una vista "sentimental" de Ávila; y habría que entender qué hay detrás del adjetivo sentimental, porque lo que hoy entendemos por sentimental es un significado que poco tiene que ver con el que pudiera tener para un escritor de principios del XX. La contemplación iba dirigida a la ciudad medieval y no a las nuevas esculturas o jardines de la ciudad. Estaba buscando precisamente el símbolo de Ávila, empeñado en ver "con ojos medievales" la ciudad. Ese sentimentalismo, tan ligado al modernismo, tan estrechamente unido al simbolismo es precisamente el filtro que introduce a Corominas en la ciudad, y es puramente literario y simbólico: *"Muchas veces he comprobado la fuerza emocional que irradian las cosas que no vemos, aunque su presencia es inmediata a nosotros"*.

No vayas a refirte de mi escasa preparación, pues aún te diré más: que si fui a Ávila, lo debí principalmente a la lectura de la Santa Madre Teresa de

Jesús, aunque en ninguna de ellas se encuentra relación alguna con el ambiente social, como no sea el trato individual con esa parienta de tan livianos tratos, que la puso en trance de perdición. Pero esperaba conocer allí ese tipo de hombre representado en su padre, hombre de gran verdad y muy honesto, y esas mujeres que, como su madre, con ser de harta hermosura, jamás se entiende que den ocasión a que hagan caso de ellas. Y aunque me gustaba sobre todas las obras su "Castillo interior", me complacía más, camino de Ávila, en aquellos comienzos de la historia de su vida, cuando cuenta la santa que fueron en su casa tres hermanas y nueve hermanos, y que con uno casi de su edad, que era el que más quería, juntábanse a leer vidas de santos y a construir en una huerta que había en su casa, con unas piedrecillas, que luego se les caían, ermitas donde imaginar que se ordenaban de ermitaños. (...) Ya ves con cuánto humor te digo que visité las ciudades de Castilla con una "idea clara" de la gente y de la Historia, sabiendo de antemano qué cosas habría de ver y los sentimientos y aun las emociones, que al visitarlas agitarían mi corazón. Y, sin embargo, es cierto que esa extravagante preparación mía puso en guardia mis sentimientos, sacudió fuertemente mi espíritu y enardecíó de tal manera mi imaginación, que todas mis fuerzas de contemplación resultaron aguzadas y donde no encontré al Cid me fue fácil evocar el recuerdo del Condestable y percibir los albores del renacimiento Castellano.

De donde deduzco yo que un error sentido, si con sus pragmáticas se agitan nuestros sentimientos, puede ser tanto o más fecundo que la fría y desnuda verdad. Irás por Santa Teresa y encontrarás un templo barroco donde imaginaste ver la austera casa de sus padres, con la huerta en que proyectaba sus ermitas. Pero si tu corazón está caldeado, siquiera sea por el error, las viejas murallas te compensarán de tus desengaños y andando a la ventura por la ciudad obtendrás una visión ardiente de sus románticos torreones, de las casas donde cada piedra tiene humor de nobleza, con puertas y patios y ventanas que son prodigio de gracia y hermosura..

Seguramente debía estar mi alma preparada para recibir una perspectiva sentimental de Ávila cuando pasé por ella hace muchos años. Ni el horrible monumento a Santa Teresa, ni el banal Paseo de San Antonio pudieron quebrantar el esfuerzo de mi espíritu, empeñado en ver con ojos medievales la vieja ciudad ceñida por su corazón de murallas y torreones, de las que apenas desborda en una pequeña parte de su circuito.

Después de pasar por la puerta del Alcázar, no pude resistir la tentación de salir afuera y ver aquella cosa inaudita, la adusta y fiera imagen de la

ciudad reteniendo el aliento de los siglos, inmovible en su continente altanero y desafiador. Salí, en efecto, por la Puerta del Rastro, y di la vuelta por un paseo exterior, viendo abajo el surco del Adaja, humildes ermitas y un tabernáculo o templete de graciosas columnas en un paisaje frío, desolado; y arriba, altísimos lienzos de muralla asentados sobre la roca, con sus torreones salientes, y su crestería de almenas y sus rebordes groseramente tallados, formando su conjunto intacto y firme en su mayor parte, como para resistir el asalto inminente de moros fronterizos.

Hermosamente impresionado por la romántica visión penetré en la ciudad por la Puerta del Mariscal, y dejé resbalar mis sentidos por la superficie de las cosas que no respondían a la orientación tomada por mi facultad de contemplar. La Catedral, con su torre de aristas bordadas de bolas, coronada de almenas, y sus bellísimas puertas góticas, guardadas por leones encadenados; la Casa de Aboin, que impresiona con su silueta fría y desnuda; la Audiencia Provincial, de austera y graciosa simplicidad; el Torreón de Crecente, sobrio y altivo, con sus matacanes y su patio, de un bello renacimiento castellano y esa plaza de Sancho Dávila, con sus casas de rancio continente, vetustas y ennoblecidas por sus puertas doveladas, sus ventanas bordeadas de piedra labrada, y sus rejas, y sus almenas y sus blasones enriquecieron con sus severas imágenes aquel mi estado de alma sentimental y le suscitaron un contenido de ideas ardientes.

Entonces me dejé ir por el paseo abajo hasta el Convento de Santo Tomás, severa construcción de los Reyes Católicos, de un gótico, para mi gusto, más bello que el de San Juan de los Reyes. Atardecía. Casi entre la sombra pude vislumbrar la tumba del príncipe Juan, único hijo varón de aquellos monarcas, y aunque no los vi aquel día, el Claustro del Silencio, el retablo de Berruguete y la tumba de Torquemada, como si de ellos se desprendiese un perfume de honda melancolía, oprimieron mi corazón. Muchas veces he comprobado la fuerza emocional que irradian las cosas que no vemos, aunque su presencia es inmediata a nosotros. Una noche pude acercarme, en Roma a la puerta de las catacumbas de San Calixto, y una emoción profunda me sobrecogió, lanzando furiosamente mi imaginación a la evocación del cristianismo primitivo. Y ese otro día, en Ávila, la tumba de ese príncipe de diez y nueve años, con el tema, en todas partes repetido, del yugo y de los haces de flechas, se continuaron en la promesa fallida de esas otras cosas que estaban tan cerca de mí con un poder emocional, con su profunda significación. Todo un mundo de nuevas perspectivas históricas fueron enterradas allí con el cadáver de aquel príncipe Juan.

Sin el desvío nórdico del imperio, la política mediterránea habría impues-  
to la cristianización del Norte de África con una enorme vigorización del  
genio latino. Seguramente Castilla no habría sucumbido en Villalar y  
quizá el poder personal de los reyes no se habría asentado sobre la con-  
cepción extranjera que impuso la muerte de las libertades nacionales.  
Sumergido en el revuelto mar de mi pensamiento volví a la ciudad y diva-  
gué por ella, no percibiendo del mundo exterior más que la impresión de  
una multitud silenciosa que entraba y salía de los templos, atenta exclusi-  
vamente al negocio de su salvación espiritual. Y eso era Castilla, no esa otra  
fluencia banal de almas ligeras, henchidas de vanidad que hicieron cárcel  
de su cuerpo, ovillo púmido de sensuales delicias su corazón. ¿Duermes,  
Castilla? Tras los oscuros siglos de tu letargo te levantaste a pelear por el  
Catolicismo, y lejos del rescoldo patrio tu voluntad se enfrió. En las sole-  
dades del Nuevo Mundo se enaguazó tu estirpe. ¿Duermes, Castilla? Bajo  
la caperuzas de tu Inquisición, la luz de tu espíritu palideció, y todo tu cuer-  
po es más bien pábilo crepitante que tizón encendido. Tus caballeros  
andantes duermen en castillos encantados, y tu honor está a merced de los  
mozos de mulas. ¿Duermes, Castilla? En tus ciudades se pavonea una  
multitud que ha venido un poco de todas partes y que manda en tu nom-  
bre, sin haber nacido de ti. La espada de Fernán González sirve más ahora  
para cortar el queso que para vencer al enemigo. Pues si has de dormir,  
duérmete en Ávila, al arrullo de los recuerdos de tu Santa, al rumor de sus  
muros ennegrecidos, en lo alto de tu meseta, donde la sobria vida de los  
páramos y el enjuto espíritu religioso curarán tus blanduras de toda lique-  
facción soez. Recoge alientos, almacena energías, sueña. Sólo cuando un  
nuevo enjambre de poetas inicie el Romancero de las proezas futuras te  
levantarás de tu letargo, porque Dios habrá otorgado cuanto le pida tu  
corazón.

IV  
LOS ENCUENTROS EN LAS NAVAS. LOS  
ORÍGENES DEL 27

El paso del ferrocarril por Las Navas del Marqués supuso un cambio notable para un pueblo que, desde entonces, iba a convertirse en segunda residencia un buen número de familias pertenecientes a la burguesía madrileña. El cambio en la zona será considerable y serán muchos los intelectuales madrileños que comiencen a pasar largas temporadas en Las Navas.

Se ha escrito mucho sobre el asunto y tampoco vamos a descubrir mucho nuevo en estas páginas.

A pesar de ello, no podíamos dejar pasar por alto la importancia que tiene la ya conocida amistad de Dámaso Alonso y Vicente Aleixandre en la configuración del posterior grupo del 27. Fraguada en tierras abulenses, y, aunque apenas ha dejado raso alguno en la poesía de ambos, (algún poema dedicado a gente del pueblo), sus primeros contactos nos dejaron una antología que va a ser el tema central de este capítulo.

Las Navas del Marqués tuvieron su importancia para el Grupo del 27. Digamos que fue una pequeña Corte Literaria, un lugar de encuentros entre muchos de los que tuvieron algo que decir en la cultura literaria del momento. La conocida historia de la amistad entre Dámaso Alonso y Vicente Aleixandre fue, quizá, el hecho más destacable o históricamente más reseñado. Pero el hecho de que la comarca se convirtiera en un lugar envidiable para la escapada de esos primeros turistas madrileños hacia la Sierra, aprovechando las oportunidades que brindaba la línea de ferrocarril, acercó a más nombres del mundo cultural que los únicos de Aleixandre y Dámaso.

Lo cierto es que, a los de estos dos, hay que incorporar, indisolublemente, el de los hermanos Álvarez Serrano, Ramón y Enrique.

Pero, por otro lado, hay que señalar otras estancias prestigiosas que también frecuentaron la comarca. Entre otros, cabe destacar la figura de Antonio de Marichalar, quien tenía una casa de recreo en Navalperal de Pinares, a la que acudía con regularidad. Marichalar, Marqués de Montesa, por más señas, fue un pilar fundamental para los escritores del 27. Era crítico literario en los más prestigiosos periódicos del momento, colaboraba con algunas revistas literarias europeas en las que trataba la literatura española contemporánea, había sido el primero en dignificar en España autores como Proust, Joyce... Gómez de la Serna lo retrató como nadie con sólo esta frase: "Sabe quién es Laforgue y quién es Rimbaud". Sólo decir que fue una de las firmas del primer número de la revista de T.S. Elliot, *The Criterion*, precisamente con un artículo sobre literatura contemporánea española.

Conoció a principios de los años 20 a los impulsores de la revista de vanguardia *Horizonte*, Pedro Garfías, José Rivas Panedas y Juan Chabás. Y fue allí donde publicó junto con Ramón Gómez de la Serna, Juan Ramón Jiménez y Eugenio d'Ors, Bergamín, Gerardo Diego y Dámaso Alonso, Antonio Machado, Moreno Villa, Luis Buñuel, Eugenio Montes, Rafael Alberti o García Lorca.

También fue el prologuista y crítico de otro número esencial para el conocimiento de los autores de la época en Europa: el número de la revista "Intentions", que se publicaba en París y que llevó por título *Rouge Jaune Rouge*. En ese número aparecieron los nombres y los poemas de, entre otros, Guillén, Espina, Gerardo Diego, García Lorca, Bergamín, Dámaso Alonso o Juan Chabás. Estamos hablando de 1923, cuando todavía Dámaso Alonso y Alexandre andaban componiendo poemas para su pequeña antología navera, "Álbum".

Dos años después comenzó a colaborar con la Institución Libre de Enseñanza, en la "Sociedad de Cursos y Conferencias". Ese mismo año nace *La Gaceta Literaria*, en cuya sección de literatura figuraba como miembro del Comité de Redacción, junto con Ramón Gómez de la Serna, Pedro Sainz Rodríguez, Antonio Marichalar, José Moreno Villa, José Bergamín, Antonio Espina, M. Fernández Almagro, Benjamín Jarnés, Enrique Lafuente, Juan Chabás y M.

Arconada. Antonio Espina, Ramón G. De la Serna y Benjamín Jarnés eran también colaboradores de la Revista de Occidente donde también comenzó a colaborar, estrechando su relación con Ortega.

En el año 32, durante el verano, Marichalar presta su casa de Navalperal de Pinares a los Ortega, que pasarán allí esos meses. La razón era la enfermedad de Miguel Ortega, hijo de don José. Sus relaciones se extendieron durante bastante tiempo. En el 36 coinciden en San Juan de Luz, donde permaneció unos años, hasta su regreso en el 39, pasada la guerra, según comenta Andrés Trapiello<sup>42</sup>. En resumen, sólo un autorretrato que dejó en Francia, como prólogo a una conferencia:

Né Espagnol, mais d'une vieille branche navarraise, je ne me sens pas plus andalou que français. Enfant, je me suis fatigué à poursuivre un énorme cerceau tout le long d'un vieux parc solitaire et glacé. Après: cheval, escrime, romans, flirt et one-step, n'ayant pas sombré malgré cela dans la pire littérature. Par contre, je n'ai jamais essayé non plus de faire des haï-kaï. 1924: trente ans! Un peu vieux déjà, un peu trop vert encore.- Hélas: Antonio Marichalar<sup>43</sup>

Este era el Antonio Marichalar que veraneaba junto con aquellos escritores que reseñaba y antologaba en Francia e Inglaterra. Otro contacto que ejerció su influencia en la creación de una Generación literaria.

No podemos decir que en la comarca de Pinares se construyeran las amistades que darían lugar a una generación literaria, pero sí que parte de esa gente que creó una época cultural y que contribuyó a su difusión, pasó por aquí. Hablamos de Dámaso Alonso, de Vicente

---

(42) Trapiello, Andrés: *Las armas y las letras*. Barcelona, Planeta, 1994

(43) Nacido español, pero de vieja cepa navarra, no me siento más andaluz que francés. De niño, me esforcé en perseguir un enorme aro en un viejo y helado parque solitario. Después: caballo, esgrima, novelas, flirt y one-step, sin haber, a pesar de todo, zozobrado en la peor literatura. Al contrario, nunca he intentado hacer haikai. 1924: treinta años. Un poco viejo ya, aún un poco verde. Aquí está: Antonio Marichalar.

Aleixandre, de Antonio de Marichalar y de Ortega y Gasset, pero también del paso de alguna de las Misiones Pedagógicas por Las Navas y la comarca, con Sánchez Barbudo al frente y con Cernuda dictando conferencias a los estudiantes y curiosos del pueblo.

Y lo que sí nos interesa ahora es hacer un breve recorrido por el nacimiento de la amistad literaria y personal de Aleixandre y Dámaso Alonso, que abordaremos desde su creación literaria, la que nos interesa ahora.

La denominación de "Grupo de las Navas" como concepto literario, sin ser una entelequia, no hace referencia a un grupo literario como tal, aunque sí a un grupo de amigos que compartían amistad e inquietudes literarias. Esto es base suficiente como para definir una serie de afinidades en su proceso creativo y en sus influencias literarias primeras, puesto que nos referimos fundamentalmente a una etapa de formación y de primeras lecturas. Esta denominación, acuñada por los profesores Duque Amusco y Velo<sup>44</sup>, pone de manifiesto, en primer lugar, los comienzos de un grupo generacional, y en segundo, cómo dicho grupo se fundamenta en la amistad mantenida desde sus inicios por varios miembros de la generación.

Cuando se habla de esta amistad literaria, la referencia inmediata es una antología, o mejor dicho, un florilegio, en palabras de la época, al que van añadiendo poemas Dámaso Alonso y Vicente Aleixandre a partir de su presencia vacacional en Las Navas del Marqués y de su ya definitiva amistad. A estos dos autores habría que unir a los dos hermanos Álvarez Serrano, Enrique y Ramón, así como un tercero, Julio Cerdeiras. Este Álbum<sup>45</sup> es un cuaderno al que se van copiando los poemas de cada uno, en orden cronológico, por lo tanto,

---

(44) Aleixandre, V. y Alonso, D.: *Álbum, versos de juventud*. Edición, prólogo y notas de Alejandro Duque Amusco y María Jesús Velo. Barcelona, Tusquets, 1993

(45) En realidad, el término Álbum no es una referencia explícita a un título, algo que no parece una pretensión de los autores, sino una mera alusión a la propia intención de recogida de textos sin intención de libro unitario, por lo que no podemos, en modo alguno, considerar la analecta como un libro de poesía en el sentido de obra unitaria.

y que constituye un interesante referente de los comienzos literarios de Dámaso Alonso y Vicente Aleixandre.

El Álbum está compuesto por 179 hojas numeradas a lápiz, con los reversos en blanco y al cual se vertieron 88 poemas, 53 de V. Aleixandre, 18 de D. Alonso, 13 de Ramón Álvarez Serrano y 3 de Enrique Álvarez Serrano. Julio Cerdeiras no llegó a colaborar materialmente en la creación puramente literaria de Álbum, aunque fuese el principal responsable de su aparición. Cerdeiras era familia cercana de Dámaso y fue quien unió en realidad al grupo.

La fecha en que se transcribe el primer poema es la de 1918 y la última la de 1924, es decir, durante 8 años, aproximadamente la etapa de creación de estos autores entre sus 20 y sus 30 años, tiene como referente este cuaderno copiado en Las Navas del Marqués. Al mismo tiempo, van apareciendo algunos poemas en las revistas literarias más importantes del momento. En Grecia publican Aleixandre y Alonso, también algún poema Ramón Álvarez Serrano, como algo más tarde, también en la Revista Índice. Recordemos que, para la fecha en que se dejan de transcribir poemas al cuaderno, ya han aparecido obras como *Marinero en Tierra*, de Alberti, *Presagios*, de Salinas o *Versos Humanos* de Gerardo Diego, es decir, se puede interpretar que la fase de madurez de algunos poetas del grupo ya estaba conseguida y que Álbum se convertía en un cajón de sastre al que habían ido a parar obras de muy diferente factura e intención ("voz desacorde de cinco instrumentos disuena, con maravillosa eufonía, a través de nuestra adolescencia, de nuestra juventud", dirá Aleixandre en unas palabras a modo de prólogo), pero con la intención última de preparar un vínculo literario que, más tarde daría fruto en un grupo generacional.

Sin embargo, no siendo poco lo que el Grupo de Las Navas representa, no podemos seguir un rastro puramente abulense en el sustituto del libro. Gran parte de los poemas responden a las inquietudes literarias propias de las primeras obras de estos autores: búsqueda en los metros y formas tradicionales, indagación en las tendencias de vanguardia... Sí aparecen algunas resonancias paisajísticas más o menos explícitas, nunca referencias temáticas, no siempre cercanas al escenario de Las Navas. Como ejemplo, sirva el texto *Flores Amarillas*, de

Dámaso Alonso, compuesto hacia 1916: "Vosotras, flores amarillas, / flores buenas, flores sencillas / bajo el buen sol del Guadarrama".

En 1985, Dámaso Alonso escribe un poema dedicado a Vicente Aleixandre, en el que se menciona esta amistad nacida en el ambiente Navero:

**DESDE 1917**

Año mil novecientos diez y siete:  
Vicente y yo, qué gozo este verano,  
en Navas del Marqués. Pronto, ¡qué amigos!  
primera vez en aquel día juntos;  
después, toda la vida para siempre.

En el poema se nos explica el primer día de amistad de ambos poetas. Son los primeros momentos, no ya de la amistad, sino de los comienzos creativos de Aleixandre:

Vicente se aficiona, se embriaga: siempre quiere  
Complicarse de ideas y leer y aumentarse.  
Le presté de Rubén Darío un libro hermoso.  
Él lee y se entusiasma, y muy poco después  
(yo no creía hazaña de esta acción posible)  
empezará a intentar él mismo poesía.

Dámaso Alonso recordará siempre este momento y en numerosas ocasiones se referirá a él como inicio de una amistad que trascendió lo personal para acercarse a lo literario (o viceversa, según quiera ponerse el acento en una u otra opción) relata este episodio entrañable de la siguiente manera<sup>46</sup>:

Tenía entonces la afición literaria y otra muy distinta: estaba estudiando matemáticas, con intención de lograr mi entrada en la Escuela de Ingenieros de Caminos. Pero tuve que dejarlo, porque, al ir a comenzar la

---

(46) Alonso, D.: Vida y obra. Madrid, Caballo griego para la poesía, 1997. Ed. Facsímil

primavera de 1916, se me formó una gravísima úlcera en el ojo derecho. Tuve que dejar de leer. A fines de la primavera empecé a mejorar. Pude leer algo de poesía. Precisamente en el verano, estando otra vez en Medinaceli, me llegó, en una revista que había fallecido en febrero de ese año 1916 (...) Conseguí que me adquirieran un tomo de Poesía, de una edición de obras Escogidas de Rubén. Lo que me llegó fue algo inesperable: una cantidad de gozo y de ilusión como yo no había tenido nunca con la poesía de autores de aquellos años. (...). Mi entusiasmo por Rubén continuaba. En el verano de 1917, en las Navas del Marqués, nos encontramos e hicimos una gran amistad. Vicente Aleixandre y yo; le di el tomo de Poesía de Rubén Darío, que yo tenía desde el año anterior y Vicente adquirió un enorme entusiasmo por su lectura. En el mismo tomo (que aún conservo hoy) dejó con lápiz algunas señales de su exaltación por aquella poesía.

Pero también conservamos la narración de los hechos a través de los ojos del propio Vicente Aleixandre”.

Fue en Las Navas del Marqués, pueblecito veraniego de la sierra de Ávila. Julio de 1917. Y me lo presentó Julio Ceceiras, su primo, no mucho después activo hombre de negocios por tierras de Uruguay. Me parece que le estoy viendo. Dieciocho años graves: estatura media, tez tirante de faz grosezuela, gafas de brillo redondo y detrás unos ojos grandes, levemente abultados, medio ausentes a veces, a veces medio denunciadores de una repentina cara de niño que se asoma y se comunica. Dámaso acababa de abandonar la preparación para el ingreso en la Escuela de Ingenieros de Caminos. “¿Por qué?”, le pregunté. “Por la vista”. Aquel verano su vida torcía resueltamente de rumbo y se encaminaba a la Universidad. (De su paso por la Matemática le quedaría su vocación de claridad mental y, posiblemente, la precisión en el ajuste de su pensamiento, al ponerse en acción.) Las Navas son un pueblo alto cobijado bajo un castillo, junto a un montón de roquedos abruptos llamado el Risco de Santa Ana. Está al borde de los grandes pinares, que antaño llegaban hasta

---

(47) ALEIXANDRE. “Damaso Alonso, sobre un paisaje de juventud”. En *Los Encuentros*. Madrid, Guadarrama, 1958

las primeras casas y que hoy, retirados, se abren, se despliegan, se sumen y ascienden por laderas y valles, por hoces y montes, cubriendo todo el paisaje divisable desde el castillo de un verdor anchuroso.

Dámaso solía darse grandes paseos. Ha sido siempre gran caminador, y aun hoy, por montañas de León, por valles de Asturias, irá rastreando una raya trémula en la lengua popular, la divisoria finísima entre dos zonas dialectales, y acampará en una aldea colgada, y al día siguiente reemprenderá su camino para llegar a ese caserío donde hay una vieja, viejísima, que guarda el tesoro oculto de una forma hablante ya sumergida.

Pero entonces sus caminatas no perseguían más que el horizonte. Al regresar, yo mucho menos andariego que él, paseábamos juntos. Ya tenía a sus espaldas, mejor dicho, en su pecho, mucha lectura viva: "¿Te gusta Azorín?" "¿Has leído a Valle Inclán?". En 1917, un muchacho fervoroso de la literatura podía hacer estas preguntas, tenía justamente que hacerlas. Los descubrimientos de la adolescencia era ese paisaje suscitador que encontraban al abrirse los ojos. "¿Qué piensas de Baroja?" "¡No me gusta nada Ricardo León!"

Se avanzaba más y se llegaba entonces a su pasión recóndita: la poesía. "¿Has leído a Rubén Darío?" (No importa ahora mi respuesta) Recuerdo su palabra vehemente, su radical apertura y una como visitación de luz en que totalmente se manifestaba. El retraído, el defendido, icómo trascendía más allá de su púdica cobertura, hasta absorberla con cabal unidad, en un irradiante fenómeno de transparencia! Fueron las primeras palabras apasionadas sobre poesía que yo escuché. Dos muchachos de la misma edad, caminando bajo los pinos variantes, perdida la noción del paisaje fugaz, sintiendo hontanar perdurable y refiriéndose a él como a un centro absoluto. La poesía era salvadora del tiempo -se dirían-, era una fijación estrellada de luces redentoras. Sí: el supremo éxtasis.

Y vino la pregunta que yo le hice: "¿Escribes poesía?". Sí, Dámaso ya escribía poesía. En alguna parte estarán aquellos dos cuadernitos con cubierta de gutapercha negra (acaso en el fondo de algún silencioso cajón de su casa de Chamartín), donde se iban trasladando, con letra redonda y clarísima, los versos que componía, y por el orden que los componía. Me acuerdo: en cada página cabía justamente un soneto.

Muy pocos meses después (en otro sitio lo he contado) yo me puse a escribir versos también. Eran apenas un insignificante balbuceo. Uno, dos años más tarde, entonado el joven poeta que, un poco iluso, se creía en rauda evolución, yo sentía inocente vergüenza, pudor de aquellos iniciales escar-

ceos poéticos, que hoy, si los pudieses leer, de seguro me producirían ternura. ¡Cuántas veces Dámaso, cordial y burlón, tan jóvenes los dos, me sacaba los colores a la cara recitando ante los nuevos amigos aquellos primeros versos sepultados!

Ha muerto el can. El nuestro can de casa

No recuerdo más. Como no recuerdo de aquellos otros de los cuadernitos negros de Dámaso, más que un endecasilabo:

Y los bigardos mis amigos fueron.

Pero yo, cuando él risueñamente aireaba mis versos para avergonzarme, no le recordaba los suyos. Quizá por saber que era inútil. El, sanamente, se hubiera echado a reír.

(...)

En algunas noches turbias o cerradas soñaba, ien la primerísima juventud!, con renovadas luces iniciales, desde una capacidad lustral que no he visto desmentida a través de un vivir. Y paseando por la naturaleza fresca, en días abiertos del campo (gran madrugador sano en el monte, en el río), caminaba por las laderas, subía en los altozanos, descendía en el valle o ascendía en los picos, con la idoneidad del espontáneamente agreste y veraz en el paisaje. Con una armonía de hombre naturas que Dámaso ha conservado siempre.

Le gustaba la burla, que en él era una forma de ternura. La ironía y el humor resultaban como el reverso de la misma unidad. Y las risas de sus palabras o la zumba de sus decires eran, para la víctima, como esas palmadas violentas que se dan en la espalda, con un poco demasiada fuerza, con la que precisamente se disimula lo que tienen de manante agasajo.

Volvió y se recogía a su soledad poblada- allí, en aquel primer año-, mientras los otros entraban al baile de la "colonia", o se quedaban en el campamento "Tenis". Dámaso seguía con algún libro hasta el borde de los pinares. Allí a solas leyendo, cuerpo y alma se mezclaban con el limpio bando, fuerte y cierto para el que los necesitase, de los olores montaneros".

En *Los encuentros*, Aleixandre hablaba así de Las Navas:

Las Navas son un pueblo alto cobijado bajo un castillo, junto a un montón de roquedos abruptos llamado el Risco de Santa Ana. (...) estas Navas (¿cuántos pueblos llevarán este nombre?) se hallan en las estribaciones altas de la Sierra de Guadarrama, cerca de Cebreros, más allá de Robledo de Chavela, a no mucha distancia de Ávila. (...) Recuerdo aquellos lentos cre-

púsculos del mes de julio, sobre la inminencia de la cañada, al fondeo el Valladar, más allá la suave subida de los pinos."

También Ramón Álvarez Serrano dedicará algún poema a Vicente Aleixandre, en un juego en el que los cuatro poetas que escriben el Álbum participarán en mayor o menor medida. El poema, de corte becqueriano y de calidad dudosa, da muestra, sin embargo de la amistad que había unido a los cuatro poetas en sus inicios y que se mantuvo durante años, amistad basada en la poesía y en su común acercamiento a ella, como no, en Las Navas del Marqués.

PARA VICENTE

Un día, el corazón helado,  
Indiferente ante el dolor ajeno,  
No sé si por virtud o por instinto,  
Huí del mundo y penetré en el templo;  
Y me di con fervor de anacoreta  
Bárbaros puñetazos en el pecho,  
Y renació en mi corazón sensible  
De amor cristiano el poderoso fuego.

.....  
Desde aquel día, cuando me atormentan  
Las sombras de la duda el pensamiento  
Y vacilo, nadando entre dos aguas  
Con un dolor que me tortura, pienso:  
Si se pudieran ahuyentar las sombras  
De la duda golpeándose en el cerebro.

Álbum se cerrará en 1924. Para entonces, cuando Vicente Aleixandre ha cerrado el cuaderno con un poema titulado *Materia* que ya dice mucho de su poesía futura, y que, con otra estructura y mayor número de versos, pasará a formar parte de *Ámbito*, están a punto de publicarse obras fundamentales de la generación: Lorca ya había

---

(48) V. Aleixandre. Op. Cit.

conocido en la Residencia a Prados, a Pepín Bello, a Dalí; había publicado su "libro de poemas"; Alberti; Cernuda estaba escribiendo Perfil del Aire...

Un lectura rápida de los poemas vertidos en Álbum nos da ya una lectura, si no muy precisa, bastante aproximada de los temas e ideas fundamentales que guiarán los futuros libros de ambos autores.

### ALGÚN TEXTO DE LORCA.

Es bien cierto que Lorca, el andaluz Federico, nunca entró mucho en el espíritu de lo castellano. Su visita a Ávila fue fugaz. Aun así dejó algún texto que ha sido ya reproducido en algún que otro libro y que no transcribiremos íntegramente. En Impresiones y Paisajes, una obra que pasó en su momento sin pena ni gloria por los escaparates de las librerías nos describe los mismos tópicos que los autores que venía leyendo y aún colean en su prosa los sonidos de las viejas ciudades muertas. Tenía algún eco machadiano y melancólico que le da cierto encanto adolescente. Había visitado las ciudades castellanas de Ávila, Salamanca, Burgos... "es una flor más en el pobre jardín de la literatura provinciana", decía Lorca, y como tal quedó. Incluso para él mismo.

Fue una noche fría cuando llegué. En el cielo había pocas estrellas y el viento glosaba lentamente la melodía infinita de la noche... Nadie debe de hablar ni de pisar fuerte para no ahuyentar al espíritu de la sublime Teresa... Todos deben sentirse débiles en esta ciudad de formidable fuerza...

Cuando se penetra por su evocadora muralla se debe ser religioso, hay que vivir el ambiente que se respira.

Estas almenas solitarias, coronadas de nidos de cigüeñas, son como realidad de un cuento infantil. De un momento a otro espérase oír un cuerno fantástico y ver sobre la ciudad un pegaso de oro entre nubes tormentosas, con una princesa cautiva que escapara sobre sus lomos, o contemplar a un grupo de caballeros con plumajes y lanzas, que embozados en capas rondaran la muralla.(...)

Sus calles son estrechas y la mayoría llenas de un frío nevado. Las casas son negras con escudos llenos de orín, y las puertas tienen dovelas inmensas y clavos dorados... En los monumentos una gran sencillez arquitectónica. Columnas serias y macizas, medallones ingenuos, puertas calladas y achataadas y capiteles con cabezas toscas y pelicanos besándose. Luego en todos los sitios una cruz con los brazos rotos y caballeros antiguos enterrados en las paredes y en los dulces y húmedos claustros... ¡Una sombra de muerta grandeza por todas partes!... En algunas oscuras plazuelas revive el espíritu antiquísimo, y al penetrar en ellas se siente uno bañado en el siglo XV. Estas plazas las forman dos o tres casonas con tejados de flores amarillas y únicamente un gran balcón. Las puertas cerradas o llenas de sombra, un santo sin brazos en una hornacina, y al fondo la luz de los campos que penetra por una encrucijada miedosa o por alguna puerta de la muralla. En el centro una cruz desquiciada sobre un pedestal en ruinas y unos niños andrajosos que no desentonan con el conjunto. Todo esto bajo un cielo grisáceo y un silencio en que el agua del río suena a chocar constante de espaldas. (...)

La carta que se conserva también hace una breve descripción de Ávila.

Queridos padres: Estoy contentísimo, aquí la gente nos atiende una enormidad, y la ciudad es una joya del arte, es como si la edad media se hubiera levantado del suelo, palacios señoriales, las murallas están intactas y rodean toda la ciudad. Los campesinos visten como antiguamente, las mujeres con las faldas enormes de anchas y de muchos colorines con grandes pañuelos de flores y preciosos aretes, los hombres, pantalón corto, chaqueta corta y sombrero calañé. Hablan divinamente y están enormemente educados. Como son las fiestas de Santa madre Teresa de Jesús, aquí hay muchos de ellos y hemos hablado con muchos. Es de lo más interesante de Ávila.

V  
DOS MUJERES, ÁVILA Y SANTA TERESA.

1.- SIMONE DE BEAUVOIR

Parece que, contando con el aparte lógico de Santa Teresa, las mujeres escritoras han dejado poco dicho sobre Ávila, un nombre que suena tan femenino. Pero no es del todo cierto. La influencia de la Santa, sin embargo, ha sido enorme en muchas escritoras, pero no vamos a traerlas a estas páginas ahora. Los estudios sobre la influencia femenina o feminista de Santa Teresa, no pasan por ser sino castillos en el aire, desde el momento en que lo feminista o lo femenino apenas ocupan lugar en la obra Teresiana. Pero no es este el tema que nos ocupa. Traemos ahora dos testimonios literarios de dos mujeres que viajan a Ávila por diferentes motivos y cuyos textos han pasado para nosotros prácticamente desapercibidos.

El primero de ellos, muy breve, lo encontramos en un tomo de las memorias de Simone de Beauvoir.<sup>49</sup> Junto con Jean Paul Sartre viajó alguna que otra vez por España y en una de las ocasiones visitó nuestra ciudad. Apenas sabemos lo que ella nos deja escrito en sus memorias; que estuvo apenas dos días, que pasó una noche en un hotel céntrico y que, en mayor o menor medida, la visión de la ciudad le impresionó lo suficientemente como para dejarlo escrito.

Estas son las líneas:

A veces me anulaba a mí misma: ¿para qué viajar? Si siempre va uno consigo mismo, me dijo alguien. Yo me separaba de mí; no me convertía en otra, pero desaparecía. En Ávila, por la mañana, abrí los postigos de mi cuarto; vi, contra el azul del cielo, torres soberbiamente erguidas; pasado, porvenir, todo se desvaneció; no había sino una gloriosa presencia: la mía,

---

(49) Beauvoir, Simone de: *La force de l'âge*. Paris, Gallimard, 1960.

la de las murallas, era la misma y desafiaba al tiempo. A menudo, en el curso de esos primeros viajes, semejantes venturas me dejaron petrificada. Abandonamos Madrid a fines de Septiembre, Vimos Santillana, los bisontes de Altamira, la catedral de Burgos, Pamplona, San Sebastián; me había gustado la dureza de las mesetas castellanas, pero me alegró encontrar en las colinas vascas un otoño con olor a helechos.

## 2.- GABRIELA MISTRAL

Gabriela Mistral, o Lucila Godoy, había venido por vez primera a Europa en 1924. Tenía entonces 34 años y ya había publicado en Chile un par de libros, Los sonetos de la muerte y Desolación, libros de corte ya posmodernista. Ya aquí, en España publicaría Ternura, un pequeño libro de poemas de tema infantil.

En ese viaje recorre los alrededores de Madrid, ciudad donde se afincó durante algunos meses, y, desde el Escorial viene a Ávila y a Segovia. De ese viaje nos ha quedado un texto no muy conocido, pero que tiene la originalidad de presentarnos a un personaje que permite contar la historia en forma de diálogo.

Gabriela Mistral acababa de dejar la profesión de maestra y comenzaba a despuntar como escritora. El Gobierno de Chile la iba a ofrecer algún que otro cargo diplomático y los viajes se venían sucediendo: Francia, Portugal, Estados Unidos... En su visita a Ávila tiene como centro de atención la figura de Santa Teresa. No podía ser menos; la figura de la Santa era y fue muy importante en su creación: no pocos poemas muestran una clarísima influencia de la Doctora y ella misma se refiere a la Santa de Ávila en varios lugares de sus libros.

De esta manera, pasado el Escorial, se le aparece el personaje de una Santa ya algo mayor que la va a ir adentrando en la mentalidad y el paisaje castellano. El texto no entra en profundidades místicas; muy al contrario, queda en una superficialidad que le da, quizá, todo el encanto de la prosa de la Mistral: una aparente inocencia muy teresiana, por otro lado. Aunque, como dijo Cintio Vitier de esta relación de Gabriela

Mistral con las dos Santas que más cerca le quedaban (al menos por el lado lingüístico) era "más querenciosa que Santa Teresa y menos vibrátil que Sor Juana". Pero la conocía bien y la había leído con profundidad. Admiraba la ironía de la Santa y en algún momento así lo manifestó:

No hay que asombrarse demasiado de esta alianza de la ironía con el sayal: también la tuvo Santa Teresa; era su invisible escudo contra el mundo tan denso que se movía a su alrededor: monjas obtusas que solían recelar de la letrada y veían el cuerno del Demonio asomado entre los libros de la formidable estantería.

Lo decía hablando de Sor Juana Inés de la Cruz. No era de las únicas, o mejor, con las únicas santas con las que habló Gabriela Mistral. Inventó diálogos con el Cura de Ars, San Francisco de Asís, San Vicente de Paúl, Santa Teresa de Ávila y Santa Teresa de Lisieux como si de amigos se tratara y con quienes discutiera los temas más cercanos. Su personalidad, fuertemente católica, la lleva a través de una prosa que, a veces raya en el rezo, y otras en el coloquialismo más simple.

La visión de Castilla es en algunos pasajes, muy cercana a la de Unamuno, con quien tuvo cierta relación y del que fue una gran lectora, a pesar de que, finalmente la chilena entró en un desagradable desencuentro a causa, dicho sea de paso, de unas desafortunadas palabras de Unamuno sobre la raza. En su segunda estancia en España, sabemos que Unamuno frecuentaba la casa de Gabriela Mistral y que trabaron cierta amistad... hasta que Unamuno comenzó a criticar el indigenismo de la chilena. Ahí acabó todo.

Traigo, pues, aquí, el texto completo de su diálogo con la Santa en 1925, camino de Ávila. Lo he encontrado en una edición americana de la prosa de Gabriela Mistral<sup>16</sup>, por lo que lo transcribo íntegro.

---

(50) *Prosa de Gabriela Mistral*. Alfonso Calderón, comp. Editorial Universitaria, Santiago de Chile, 1989.

## CASTILLA

Me despierto en el nocturno de Barcelona a Madrid, a la exclamación amiga de: "¡Vamos atravesando Castilla!". La ventanilla deja ver una miseria de tierra cansada, que el alba hace más mezquina todavía, tierra con no sé qué del menesteroso humano, que la niebla desnuda a medias, rompiéndose sobre ella también como túnica pobre. Me levanto; aparece en el horizonte Sigüenza, la Sigüenza crestada y dura de torres y murallas, que me bautiza el ojo en ciudades castellanas.

Sigo mirando tres horas por la ventanilla del tren y mis ojos, que vienen llenos de Mediterráneo, es decir de indigo y sol, rechazan mucho tiempo este paisaje, a trechos de ceniza, a trechos de cobre de yelmo viejo. Y es que Castilla no se conoce sino en extensión; como Kempis, deprime en mi versículo.

Comienzo a verla cuando salgo de Madrid hacia el Escorial. Castilla casi no es una tierra, es una norma: no se la olfatea como el platanar del trópico ni se la palpa con los ojos como a la pradera norteamericana: se la piensa; nacen conceptos de ella, en vez de colores; en lugar de la fertilidad del humus, los huesos de sus muertos hacen su fertilidad de fiebre. Recuerdo las palabras de un francés:

Esa Castilla que yo he visto, pero que debe ser tremenda tierra, ha enloquecido de abstracciones a vuestro "Unamuno". Como antes al Greco, contesté; y está bien entre tantas mentes jugosas y abundantes, esa seca y febril de Salamanca.

Dejamos atrás la mancha verde de los parques, donde caza el Rey, y hacia el Escorial, la llanura se va desnudando: entran en el ojo las austeridades, hasta que la enorme fábrica aparece.

El Escorial debe al paisaje la mitad de su emoción; es solamente una estrofa de la meseta. Me acuerdo de un rojo escudo medieval de museo florentino. Tenía, al centro, hincada una gran espina de bronce, que lo hacía más desnudo y vigoroso. Así aparece, para marcar mejor la dureza de la llanura, el Escorial.

Me sorbió como una gota por sus gargantas heladas de corredores, dándome esa sensación con que he cruzado todas las fortalezas, la de llevar un manto de bronce sobre mis pobres hombros no domiciliados en la grandeza. La Iglesia abrumba con sus frescos ostentosos, cuya colocación se pelea con la enjutez insigne de la piedra; la sepultura de los reyes, en la entraña más fría del palacio, me dio el espanto de la corrupción en la sombra. Mi alivio

fue entrar a los aposentos de Felipe, que son de una intimidad llena de pesadumbre. Toqué con emoción los sillones, suaves de muerte, la pequeña mesa en que se firmaban los destinos de la América; me llené de piedad delante del lecho. Ahí se deshizo de cáncer el hombre real, bajo su misma mirada, y se sintió la sumidura como de agua de cisterna, de su propia carne. Le dieron un nombre terrible, con la inexactitud que tiene el odio cuando define: el Demonio del Mediodía era un varón lento y lleno de paciencia; odiaba su lujuria y se hundía en el remordimiento; quemaba herejes, por libertar el alma del cerebro en que estaba hincado el error: de su lectura cotidiana, un mal genio apartó el cristianismo jovial de las parábolas, y el millón de horas sin alegría pudrió su sangre.

Me libro, al fin, de la mole de piedra. Salgo al jardín de arrayanes, que conocéis por un apunte de Azorín, que es fiel como un tacto. Mis compañeros caminan delante de mí, yo miro al paisaje de Castilla, que en la mañana sin luz, tiene el amarotado verde de la carne muerta que pintaba Mantegna.

Entonces veo venir, sin misterio de aparición, chocando el hábito duro contra los bojes recortados, una vieja monja que se pone a mi lado. Sigo caminando y ella va conmigo. Un poco gruesa, nada ascética, sonríe con risa de boca grande, de sanos dientes; la mejilla es llena y las facciones vigorosas.

-A ver si me dejas, me dice, que yo te haga ver la Castilla mía, para que la comprendas. Mira que es vino fuerte que necesita potencias firmes y que tú vienes de América y tus sentidos son gruesos para una tierra de aire sutil. Conozco a tus gentes y quedó sangre de los míos sembrada por el valle de Chile.

Me mira con sus ojos grandes, y la conozco por su naturalidad y por el tono con que escribía unas bravas cartas a Felipe II.

-Sois "la andariega", le digo; los españoles te llaman todavía "la fundadora" y los pedantes "la loca del amor a Cristo".

-Sí, dice, fundaba; levanté por aquí conventos, ya ni sé cuantos. Te puedo guiar sin ir preguntando, hasta la frontera del Portugal. Ahora hacen mapas para andariegos. Yo medí mi Castilla caminando; llevo el mapa vivo bajo mis pies, hija. No me cansé de fundar. Tú, mujer de Chile, sin fundar, te has cansado.

-Es cierto, madre.

-¿Sabes por qué? Porque has querido fundar condescendiendo con los hombres, sujetando tu impulso, así se construye sin alegría y la obra, que

sale muerta, ni la aprovecha ni Dios ni el Diablo. Yo, fundaba, hija, según el croquis divino que se me pintaba en el pecho. Y no buscaba gustar a nadie. No era para ésos mi fiesta y ¡qué habla de gustarles! ¡Te acuerdas que salí a los cuatro años, fugada con mi hermanito, en busca de herejes que nos descabezaran! Nos hicieron volver, y casi paró la hazaña en azotes; pero estaba la vida para el desquite. ¡Y en grande me desquite, tú lo sabes! Hemos salido del Escorial; mis compañeros van en busca del buen yantar hacia un hotel. La viejecita camina, apegada a mí; entra en la fonda, se queda disimuladita en un rincón. La miro y le sonrío.

Salimos después de la buena sopa exhalante a mirar el Escorial, por todos sus costados en el paisaje.

- Madre, le digo: ¿No habrá un poco de vanidad en eso de fundar mucho? -Si se funda menos, hija, el tiempo sopla con sus carrillos firmes y no deja nada. Los vanidosos esquivan los actos para librarse de mofas. Es ejercicio de humildad, construir y construir.

Mira: que yo levantaba aquí un convento, es decir, que ponía un montoncito de mujeres a trabajar. Pues, humildad para pedir la tierra y sacarles a los cristianos de mano apretada, las tablas, los ladrillos, las tejas. Venía el vivir debajo de aquel techo. Resultaba que yo sabía al principio poco de manejo de mujeres que es dura faena. Hija. Me fallaban las hermanas, que no estaban maduras para encierro con Dios. ¡Y tantas limitaciones más! Todo eso era sentirme necia a cada hora, y reírme de mí sonoramente y volver a empezar, diciendo, entre caída y caída, gracejos para echar atrás la pesadumbre.

El orgullo, ése es quien se queda con las manos blancas, y muy hermosas, sin obrar.

Yá es mediodía.

Mi viejecita camina y camina con el ruido de hojas de plátano de sus sandalias secas. Ahora Castilla es una desolladura de gredas rojas, la piel de un desollado inmenso, que a trechos sangra y a trechos tiene una sequedad que mis ojos no conocían. ¡Ay, la aridez de Castilla! ¡Parece que chupara la sangre del que pasa!

La fiebre del mediodía con marcha, me rinde, sin que afloje el paso de mi compañera. Pasa una tierra que es como los riñones secos de Job: pasan pinares escasos, pinares entecos, que el suelo, con esta terrible voluntad de desposeimiento, no quiere sustentar.

Me siento, invito a sentarse a mi aparición: el semblante de la vieja de Ávila está rojo como un cántaro castellano.

-Tu tierra no tiene regazos, le digo; en la mía, la cordillera hace cobijaduras por todas partes.

-Sé, hijita, que vienes de la naturaleza épica, donde la tierra es grasa como aceitunas molidas y los hombres y las mujeres se ablandan como la pulpa, y sirven para poco. Andan exprimiendo frutos fáciles, viven en interminable complacencia. Sí que tienen muchas exhalaciones de vainilla y mar suntuoso. De allí les ha venido un vicio de palabras grandes que también es tuyo. La naturalidad, hija, nació en Castilla, es también un poco hijita mía, y se perdió en la tierra de América.

Mi compañera juega con una rama de espino; la despelleja y me mira a hurtadillas, por verme el enojo.

-Sí, madre, blandos, muy cargados de apetito, y con el hablar pintado, y llenos de codicia, madre, peleándonos una tierra grande, como mil Castillas, donde no cabemos, aunque somos escasos como la hierba rala.

Pero, ¿no sería de ustedes el orgullo, madre española? ¿El orgullo es Escorial, que hizo gemir en vano veinte mil albañiles y carpinteros? Nos gusta ser grandes en las construcciones, y todo eso es crujido inútil de hueso de pobres y lenta rutina de hacienda.

Ella no me siente rencor; ella me oye la pesadumbre en las palabras que se me vencen.

-Yo vengo, madre, de otra tierra pequeña; donde fundaron con modestia, y las justicias son menudas y cotidianas; la cara de la vaquera suiza es dichosa, y la tierra no se deja descansar para que alimente en todas las estaciones.

-Fueron los tiempos, responde; las empresas y los hombres españoles eran anchos y majestuosos como las galeras. Les mandamos en los galeones el hombre de Castilla, el tipo, como quien manda aceros. Ahora hagan ustedes las otras cosas. Las manos de España eran para fundar en grande y cumplieron. Desmesuradas gentes: pero así es el espíritu, hija. Las manos de los que vinieron después, ¿no están para ordenar, ya sin revoltura de conquista, uno como trabajo teresiano, de partición blanca de pan y de igualdad?

Se ha ido la tarde; la meseta es un desamparo de niebla vagabunda.

La viejecita dice:

-Hija, te dejo; salgo a tu encuentro otro día, cuando dejes la Villa (Madrid). No quedes mucho allá, las capitales echan a perder a todos. Te llevaré conmigo por los pueblecitos. Si te place, hija, si es verdad que estás por las menudas gentes más, que hacen el aceite y cortan las naranjas.

Y mi vieja de Ávila se queda en el paisaje, erguida y sin dureza, jugando con su bastoncillo de espino. Volteo la cabeza y la veo, fundida como un pino empolvado con la niebla.

19 de julio de 1925

Yo estoy doce días en Madrid, en la Villa, como dice la Santa. Después salgo para Ávila, siguiendo a mi Andariega, que allá nació aunque viviera en todas partes. Ya el invierno ha avanzado; de la sierra de Guadarrama, viene un viento como para cuajar cristales en mi propia garganta; en la niebla, que pone un miraje marino, la sierra sumergida parece un témpano de mi Magallanes lejano.

Entramos en Ávila, blanca de escarcha que suena bajo mis pies con el ruido seco de las sandalias de ella... Pasa la Plaza de la Santa, miro una estatua suya, que no me dice nada, ni su arrobamiento ni sus fundaciones; pasan callejuelas pobres, cruzan vendedores y mujeres que yo saludo con una cándida simpatía queriendo saludar la carne suya .

Ya hemos recorrido Ávila, y el tiempo despeja; ahora en el cielo azul la muralla se recorta límpida; salimos hacia el campo para gozarle el contorno crestado y enorme. Este era el paisaje de la Santa, esta desnudez de cuello de buitre, entraba por sus ojos grandes. La inmensidad del horizonte le daba elevación cotidiana.

La primavera sacaré, pienso, para aliviarme alguna ternura de trigos, hacia aquellas lomas.

-Son tierras de labrantíos todas las que mira, me dicen; vuelva a ver en el verano la bondad dorada que disimula esta llanura de Ávila, lo mismo que su Santa disimulaba con juegos y donaires su conciencia divina.

Busco la iglesia teresiana; me decepciona, por pequeña y confusa. No era así, recargado, el interior de su alma; estoy entre sus reliquias pero yo la siento más en una página de Las Moradas ; me enternece solamente aquel cuadradito húmedo de su jardín donde ella con el hermano jugaban a hacer conventos.

Cuando salgo de Ávila hacia Segovia, mi monja pobre sale a mi encuentro de nuevo, y seguimos el diálogo de la meseta.

- Madre, ¿y por qué sacudiste tus sandalias al salir de Ávila una vez? Tuviste un segundo rencor, mi ofendida. Todavía discuten aquí los sacristanes de la Catedral, sobre si al morir dijiste que te dejaran el cuerpo en Alba de Tormes o en Ávila. Solamente oyeron una A grande... No se conforman con aquel dedo de tu mano; te querían entera, exhalando tu olor de flores por encima de la muralla centauresca.

No me niega la sacudidura de las sandalias.

- Te hicieron vilezas, mi vieja Santa, continuó. ¿Dónde fue aquello de echarte de un convento, en tiempo de nieves? Tus confesores tardaron en creerte la maravilla interior; lo de tus cartas al Rey parecía política y soberbia, y las comunidades relajadas ortigaron tu vida de murmuraciones.

- ¡Ay, hija, y qué tonterías abultas! En la luz de Castilla, luz de espejo enjuto, cuesta creer eso de los arrobos, y es muy justo dudar, y hasta bueno. Era yo, es cierto, monja un poco dominante. Como quien trae, hija, encargos grandes que cumplir aquí abajo, y acicateando a las gentes para que los cumpla, se vuelve "Majadera del Señor". Cuando me echaron de un convento, hija, salí con irritación. Mas, lo miré desde lejos y no era mío, era de la loma y de la atmósfera. ¡Qué ganas tuyas, mujer de Chile, de hacer las cosas y quedar con ellas! Ni con las coyunturas de tus dedos vas a quedarte. Mira bien a mi Castilla, para que aprendas desposeimiento.

-Me viene la estrofa amada y entiendo:

"Ya toda me entregué y di  
y de tal suerte he cambiado,  
que mi Amado es para mí  
y yo soy para mi amado".

-¿Y cómo te dio por eso de las rimas, a ti, mi monja administradora?

-También lo has leído: "Se me cayeron de entre los dedos, y no son muchas. Tú las haces, yo me las hallaba algunos días como frutas redondas en el regazo. Entonces las recogía para mis monjas, hija, para ellas".

- ¡Cuenta, cuenta!

-Que eso también viene del amor, y no del pensamiento con jadeo. Oye: en cuanto vuelves y revuelves, lo que vas a decir, se te pudre, como una fruta magullada; se te endurecen las palabras, hija, y es el que atajas a la Gracia, que iba caminando a tu encuentro. Para eso de los versos, te limpiarás de toda voluntad; el camino no es de empujar nosotros hacia Dios, sino que Dios empuja los conceptos hacia nosotros. Entonces ellos hacen sin las aristas de las cosas que aquí hacemos, con esa redondez de naranja valenciana. Y no olvidarse de que ello es un juego gracioso con el Espíritu, y nada de cosa para engrasarse, ni que libera de hacer las otras, los trabajos duros. Como jugar con los niños (ya que no se tuvieron hijos), como entretenerse con el agua que corre así, nada más, es eso de la poesía.

Cruzamos un arroyo. Mi vieja lo saltó muy ágil y se puso a mirarlo del otro lado.

-Quisiste mucho el agua, madre; dejaste metáforas perfectas y alabanzas de ella.

-A los místicos pertenecen estos elementos: el agua, el fuego y el aire, dice. Tú tienes el fuego, pero no el agua: te quemas sin refrescarte en la alegría. ¡Cuidado, que del fuego con la tierra sale la yesca! El estar con Dios es meterse en el fuego; el bajar hacia el prójimo es descender al agua, para enternecerse.

Al mediodía, Castilla, sin viento, está como detenida en el tiempo; el pasaje entero es el éxtasis de la Santa. Entonces le digo sin mirarla.

-Cuéntame de tus arrobamientos, madre Teresa.

-No se te ocurra hija, va diciéndome, como a otros vanidosos de tu tiempo andar buscando arrobamientos.

-¿Sabes cómo es la gracia? Mira: se entra en el cielo como por sorpresa. Como cuando apoyados en una puerta, que no sabíamos que existiera, ella de pronto cede. Tenemos la cabeza inclinada en un trabajo, se borda una casulla o se poda un naranjo; de pronto el cielo se abre y se camina hacia las cosas secretas: pero la puerta se vuelve a cerrar y has de seguir podando...

Atravesamos un pueblecito callado, casi atónito en la llanura. La pobreza lo cubre como un musgo muerto; hasta mis pasos se hacen pesadumbre: sale de una ventana una cara seca y dura. El rostro voluntarioso se divorcia de la calle muerta.

-Madre: ¡qué pobres son tus pueblos de Castilla! La abulia ha hincado en tus gentes. ¿Por qué tú la dejaste, tú la de manos ardientes?

-Otros pobres distintos de los tuyos, hija. Yo conozco la cara de tus pobres, quebrada de humillación; tú también tienes su boca sin esperanza y su voz rota.

-Anda mirando, hija, el semblante de Castilla. No viste otro semejante en el mundo; todavía es pura voluntad en el labio enjuto y la voz que gobierna, aunque pasaron las ínsulas.

-¿Qué es eso de la abulia? Tu tiempo se ha envilecido tanto, que ahora, hija, confunde la voluntad con la codicia y llama abulia al no negociar, al no hacer viajes. Hija, la voluntad española guerrecó y conquistó cuanto había que conquistar en la tierra, unos siglos, vuelta hacia afuera; ahora se ha internado y anda por el alma, tremenda como antes, anda en la pasión de amor y en el gobierno de sí mismo. La mística ¿no es una terrible voluntad de alcanzar a Dios? Y el amor español ¿no será la más roja de las voluntades que andan por el mundo sueltas como tigrecillos?

Asoma Segovia y mi monja grita:

-¡Mira sobre esa loma el convento de Juan de la Cruz!

Yo veo debajo de una loma un monasterio que tiene a la entrada un temblor de cipreses oscuros. La loma es suave como una mejilla humana. En una arruga de la loma, hecha como voluntariamente dulce, se asienta el convento, donde el otro Seráfico ola a la noche en un silencio de calidades preciosas y trabajaba con ella como con una entraña de Dios. Abajo, el río que hería la noche con un pulso inaplacado. La loma daba a Juan el Asiático, en el brocado quemante de la tarde, la metáfora abrasada que él tuvo: a la media noche, sin color en los ojos y sin aromas del huerto conventual, él decía en su celda ceñida la canción de la Fuente secreta:

*¡Qué bien sé yo la fuente que mana y corre*

*Aunque es de noche!*

*Aquella eterna fuente está escondida.*

*¡Qué bien sé yo do tiene su manida.*

*Aunque es de noche!*

*Su origen no lo sé, pues no lo tiene.*

*Más sé que todo origen de ella viene*

*Aunque es de noche.*

*Sé que no puede haber cosa tan bella*

*Y que cielos y tierras beben en ella.*

*Aunque es de noche.*

Entramos en el convento y las dos mujeres besamos, lado a lado, la sepultura de aquel que le dio a ella doctrina para la búsqueda de lo secreto. Y yo aprendo de nuevo que es de varón de donde la mujer tomará siempre carne de hijo o carne de Dios, porque sola, ella tantea en el mundo como en una caverna ciega.

1925.



Gabriela Mistral



Simone de Beauvoir

## VI

### LA INSTITUCIÓN LIBRE DE ENSEÑANZA EN ÁVILA: LAS MISIONES PEDAGÓGICAS Y SUS ACTIVIDADES EN LA PROVINCIA

#### 1.- LAS MISIONES EN ÁVILA

Las Misiones Pedagógicas forman parte de un todo que durante los años 20 y 30 intenta en España un proceso de europeización o de integración de la cultura y la ciencia españolas, hasta el momento encerradas en cierto ensimismamiento. La Institución Libre de Enseñanza, de quien dependían organizativamente, era uno de esos intentos, de carácter más o menos institucional, y al lado de la cual habría que situar, por ejemplo, al Centro de Estudios Históricos, o la misma Universidad de Verano de Santander.

Ya en 1882, Ávila, por su cercanía con Madrid, se citaba como lugar de visita obligada para los alumnos que se formasen al cobijo de la Institución. De hecho, y dentro de la programación establecida por la propia Residencia, se citaba Ávila:

...los palacios del Pardo, Aranjuez, Vista-Alegre y el Escorial; Ávila, su catedral, templos románicos y un excelente tipo de arquitectura militar de la Edad Media; Alcalá, la Complutense.(...) y en todos estos sitios aire libre, campo, expansión, movimiento, un mundo de cosas nuevas que atrae poderosamente el interés de los niños y les abre amplios horizontes de vida y de trabajo.<sup>51</sup>

Las Misiones Pedagógicas, las misiones, como popularmente eran conocidas, fueron un buen intento por parte de las autoridades republicanas por generalizar la cultura y acercarla a las zonas rurales. El nombre fue poco afortunado y no respondía a la verdadera voca-

---

(51) Rafael Torres Campos. *La ilustración Cantábrica*. Madrid. 1882

ción del proyecto. De hecho, sus artífices, lo reconocían en la primera de las memorias redactadas sobre Las Misiones pedagógicas, en 1934 y consideraban un mejor nombre el de "Misiones a los pueblos o aldeanas".

La Institución Libre de Enseñanza figuraba como entidad gestora del Patronato que presidiría Manuel Bartolomé Cossío, y tendría como vocal a Antonio Machado y como Inspector a Juan Vicens. La dirección institucional estaría bajo el Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes.

La creación de bibliotecas fue, seguramente, la actividad más reseñable del Patronato de Misiones Pedagógicas. Se pretendía el acceso a los libros por parte de aquellos que, aunque tenían un grado ínfimo de alfabetización, podían leer de forma básica y era necesario garantizar que no olvidasen la lectura. Al estar íntimamente relacionadas con las escuelas, pretendía la equiparación en el acceso a la lectura, independientemente del lugar de residencia.

En agosto del 31 se crean las primeras Bibliotecas Circulantes. Buena parte de aquellos libros procedían de la incautación que se había llevado poco antes, de los bienes de la compañía de Jesús. Recordemos que mediante decreto gubernamental del 23 de enero de 1932, se aprobaba la desarticulación del patrimonio de la Compañía de Jesús y su posterior nacionalización.

Como proyecto, fue una de las ideas más innovadoras de la política cultural de aquellos años; pero ni la financiación fue acorde con las necesidades, ni el proyecto duró lo suficiente como para fructificar en la sociedad española. Había en todo ello una fuerte componente krausista, muy en la línea de Giner de los Ríos y de la Institución libre de Enseñanza, quien llevó el peso de gran parte de los proyectos de las Misiones.

El Patronato de Misiones Pedagógicas fue creado por Decreto de 29 de mayo de 1931. El encargo que le Ministerio de Instrucción Pública confería al Patronato era el siguiente:



Sesión de Música en Navarrevisca.  
Archivo de la Residencia de Estudiantes, Madrid

Ante el cuadro de Santa Isabel de  
Hungria. (Al fondo "Las Hilanderas".  
Cebros, Ávila [Ca. 1932]. Archivo de  
la Residencia de Estudiantes, Madrid





Los niños de las escuelas visitan el Museo Circulante en Cebreros (Ávila), [13-16 de noviembre de 1932]. Archivo de la Residencia de Estudiantes, Madrid



Luis Cernuda en Ávila, 12/10/1932.  
Archivo de la Residencia de  
Estudiantes, Madrid

Luis Cernuda y José Val del Omar en  
Ávila, 12/10/1932. Archivo de la  
Residencia de Estudiantes, Madrid



José Val del Omar y Luis Cernuda en un tren, Octubre 1932, Ávila. Archivo de la  
Residencia de Estudiantes, Madrid



Luis Cernuda montado en burro, Julio 1932, Burgohondo (Ávila). Archivo de la Residencia de Estudiantes, Madrid



Luis Cernuda (el último de espaldas. Archivo de la Residencia de Estudiantes, Madrid

Se trata de llevar a las gentes, con preferencia a las que habitan en localidades rurales, el aliento del progreso y los medios de participar en él, en sus estímulos morales y en los ejemplos del avance universal, de modo que los pueblos todos de España, aun los apartados, participen en las ventajas y goces nobles reservados hoy a los centros urbanos.

Estas misiones llevaban por algunas zonas rurales un buen despliegue de equipos técnicos, material bibliográfico, fotográfico... y, por lo general, algún profesor, joven escritor, pintor o músico explicaba a la gente que se daba cita en el lugar señalado la actividad programada.

Las visitas eran por lo común, organizadas por iniciativa de las Inspecciones de Primera Enseñanza, Consejos provinciales o locales, miembros del Patronato o particulares de cierta solvencia social, que elevaban al patronato, la propuesta de una zona misionable.

Los misioneros visitaban, por lo general, la escuela; mantenían charlas con los alumnos y los maestros, con quienes se programaban excursiones, juegos, lecciones impartidas por los misioneros...

Posteriormente, la actividad se desarrollaba para todo el pueblo. La Misión encomendada solía llevar abundante material.

El equipo lleva como elementos materiales de trabajo, un proyector cinematográfico para fluido eléctrico o de acumuladores, documentales de aspectos, usos y costumbres nacionales y de países lejanos, industria, grandes ciudades y pueblos salvajes, arte, paisaje y curiosidades de España y de otros pueblos, cuentos animados en silueta, etc; bibliotecas para las escuelas de la comarca visitada y gramófonos y selecciones de discos, de los que se sirve en la actuación, que dejan asimismo a los maestros para que puedan continuar con esos elementos la obra que se inicia<sup>12</sup>.

---

(52) Misiones Pedagógicas: Informes. Septiembre de 1931- diciembre de 1933. Ed. El Museo Universal, 1992, edición a cargo de M<sup>o</sup> Dolores Cabra.

En la provincia de Ávila fueron varias las zonas que tuvieron esta consideración. Y hasta la fecha poco o muy poco se ha sabido de ellas. Lo cierto es que la presencia en Ávila de profesorado vinculado con la Institución Libre de Enseñanza está apenas estudiado, cuando, si hacemos caso a los documentos de la Institución, fueron varios los que solicitaron estas actividades y no pocos los que participaban en las que se organizaban desde la Institución para el propio profesorado.

#### La primera misión en Ávila comenzó en Navahondilla:

Se inicia la Misión en Cebberos como aportación a un cursillo de perfeccionamiento organizado por el Magisterio local. Actúa luego en Navahondillas del 27 al 29 de mayo de 1932. Intervienen en ella, don Antonio Sánchez Barbudo, estudiante, y doña Lucía Uceda y don Maximiliano Jiménez, maestros nacionales de la provincia<sup>53</sup>.

De esta misión, dicen los propios misioneros<sup>54</sup>:

Hicimos la instalación con alguna dificultad por encontrarse la escuela sin luz y a más de veinte metros de la línea eléctrica general y por no haber estado avisados de esta coincidencia. Se arregló todo cortando los cables y aislando una parte de la instalación en el pueblo. Sin embargo, la corriente no tenía fuerza bastante para hacer marchar el motor (nos habían dicho que tenía 120 voltios y no llegaría en ningún momento a los 100) . suspendimos la sesión para ver si más tarde subía el voltaje y en vista de que no era así, dispusimos el aparato lo mejor posible para hacerlo funcionar a mano, acoplado una rústica manivela. Por estas dificultades, la sesión del día 28 resultó algo deficiente, por lo que decidimos permanecer un día más.

La siguiente misión tiene por lugar Las Navas del Marqués. A esta acuden algunos nombres muy conocidos de nuestra historia literaria reciente. Se desarrolla del 13 al 18 de julio de 1932.

---

(53) *Ibid.*

(54) El texto está redactado por Sánchez Barbudo, misionero al cargo de aquella misión.

La forman las señoritas Lucía Uceda, maestra nacional, y Margarita Andiano, periodista; don Alejandro Rodríguez, inspector de primera Enseñanza de Madrid, don Eusebio Criado Manzano, profesor de la Normal de Guadalajara; don Luis Cernuda, escritor, y don Maximiliano Jiménez y don Hilario G. Palacios, maestros nacionales.

Presenta la misión en Burgohondo don Alfonso Barea, inspector Jefe de la provincia y colaboran en ella también los señores Vegas, Maroto y Blanco, Maestros nacionales. Actúa conjuntamente en Burgohondo y recorre luego, en dos equipos, los pueblos de Navatagordo, Navalacruz, Molinillo, Navarredondilla, Naval moral y Navarrevisca

En esta misión participa activamente Luis Cernuda. Son varias las fotografías que nos recuerdan su paso por estos lugares. Alguna, como su paso en mula por Burgohondo, las reproducimos aquí.

La siguiente fue en El Hornillo:

Actúa del 5 al 10 de marzo de 1933. Recorre los pueblos del Hornillo y el Arenal. La dirige don Antonio Sánchez Barbudo, estudiante, en colaboración con don Fernando Canel.

La de Aldeavieja se desarrolla "del 3 al 9 de abril de 1933. Actúa en Aldeavieja, Blascoeles y Ojos Albos La dirige don Modesto Medina, inspector de Primera Enseñanza de Madrid, en colaboración con los maestros nacionales don Ernesto Burguillos, de Cenicientos, Madrid, don José Cela, de Villamanta, (idem), y don Saturnino de Diego, de San Martín de Valdeiglesias (idem)"

Y finalmente, conocemos lo que la Memoria dice de la misión en Guisando. Fue "del 26 al 30 de diciembre de 1933". Forman la Misión don Manuel Rubio y don Ricardo Téllez, estudiantes, y don Demetrio Hoyos, profesor de la Institución Libre de Enseñanza. Actúan en Guisando y Gavilanes".

La vinculación de la Institución con Ávila no queda, sin embargo, en el paso de las Misiones Pedagógicas por la provincia. Algunos de sus principales colaboradores, e incluso alguno de sus cargos más importantes mantenían una relación muy cercana a nuestra provin-

cia. Pero hagamos antes un repaso de quiénes eran estos protagonistas.

### MANUEL BARTOLOMÉ COSSÍO

El nombre de Manuel B. Cossío se asocia pronto a la Institución libre de Enseñanza. En primer lugar porque vino a ser el sucesor de Giner de los Ríos como director de la I.L.E. y, por otro lado, a través de cierta relación familiar que le unía con Alberto Jiménez Fraud, del que era suegro. Su relación abulense viene de la infancia. Su padre, Patricio Bartolomé era juez y, entre otros muchos destinos, tuvo el de Arévalo. Allí pasó varios años y allí pasó parte de su infancia su hijo Manuel. De sus recuerdos de niñez dice:

En Arévalo, sobre todo, que acabamos de pasar he visto todos los sitios por donde anduve con él [su padre]. La caseta del guarda donde veníamos a ver el tren por las tardes, y donde merendábamos, y hasta la casa en que vivíamos desde cuyas ventanas se veía pasar el tren por el viaducto.<sup>55</sup>

Unos años después, Cossío marcha a estudiar como interno a los Agustinos de El Escorial, y se examina de los diferentes cursos en el Instituto de Ávila, y es aquí donde obtendrá el título de Bachiller en Artes, algunos años después, en el viejo Instituto de la Calle Vallespín que hoy ha desaparecido para dejar lugar al gris granito de unos juzgados.

Nunca estuvo adscrito a partido político alguno, pero fue nombrado por la República Ciudadano de honor en 1931. Fue el principal impulsor de la creación de la Facultad de Pedagogía en la Universidad de Madrid. Su talante conciliador fue, casi con toda seguridad, el que garantizó que durante la dictadura de Primo de Rivera la Institución consiguiese seguir su curso con una normalidad absoluta.

---

(55) Jiménez-Landi, A.: *Semblanza humana de Manuel B. Cossío*, Santander, Taller de A.G. de Gonzalo Bedía, 1984

Cossío había sido compañero en la carrera de Leopoldo Alas, y de Joaquín Costa, con quien conservó una gran amistad. No así con otro compañero, Marcelino Menéndez Pelayo, cuyos ataques a la Institución libre de Enseñanza fueron, como poco, airados. Conoció a Francisco Giner y fue también alumno de la Institución Libre de Enseñanza, y profesor auxiliar de la misma.

## JUAN VICENS

Había nacido en Zaragoza, en 1895. La vinculación con Ávila es muy profunda. Contrajo matrimonio en Becedas con otra importante colaboradora de la labor cultural de la República, María Luisa González. Durante muchos años, ese sería su lugar de veraneo habitual y conocemos unas cuantas cartas de Juan Vicens remitidas desde Becedas. Por ellas sabemos que allí estaba en el momento del levantamiento militar del 36.

Juan Vicens conoció y mantuvo gran amistad con León Sánchez Cuesta, *el librero de la generación del 27*, como era conocido, quien mantenía una librería española en París y a quien luego se asoció el propio Vicens para fundar la *Librairie Espagnole* en París. Vicens se quedará luego a cargo de la librería parisina y por allí pasarán sus viejos amigos Buñuel y Dalí, y los nuevos: Breton, Louis Aragon y Elsa Triolet, Paul Eluard... Habían llegado a París en 1925, Vicens y su entonces novia. Era el París de los años 20, donde quien tenía algo que decir de literatura o arte parecía tener la obligación de ir. Y al santuario parisino peregrinan ambos. Allí hacen buena amistad con Picasso, con Gris, Pancho Cossío, Bore, Manuel Ángeles Ortiz, Joaquín Peinado, Hernando Viñes..., justo un año antes de que Vicens y María Luisa González contraigan matrimonio. Decíamos arriba que fueron muchos los veranos que pasaron en Ávila. Su correspondencia con la francesa Lulu Jourdain parte en ocasiones desde Becedas. Una de sus cartas dice:

En fin, la situación es muy confusa; parece que se va vertiginosamente hacia la guerra civil; pero el movimiento popular no disminuye, la vitali-

dad del F.P. [Frente Popular], muerto en las esferas oficiales, guarda en las calles toda su savia.

(...) María Luisa se va el viernes [17 de julio] a Becedas. Yo, al fin, he sido de nuevo propuesto para las visitas de inspección de las bibliotecas; voy a ir de viaje hasta fin de mes, durante agosto estaré en Becedas y después volveré a comenzar a viajar<sup>56</sup>.

La carta está fechada en Madrid, el 14 julio 1936. Luego estalla la guerra. Y las inspecciones a la Biblioteca y los viajes quedarán paralizados, o al menos los viajes por España.

Volveremos luego sobre Juan Vicens cuando volvamos sobre las Bibliotecas, en torno a las que giró buena parte de su vida.

## VAL DE OMAR

Hoy apenas nadie recuerda a Val de Omar, salvo en reducidísimos círculos culturales, sobre todo cinéfilos y otras faunas de reducido hábitat. Val de Omar ha sido uno de los cineastas españoles más internacionales; consiguió incluso la mención especial de la comisión técnica del Festival de Cannes, en su sección, la de cortometraje, por su obra *Fuego en Castilla*, en la que, sobre la base del Museo de Escultura de Valladolid, hilaba una personalísima obra nada localista.

Lo que nos interesa de Val de Omar fue su relación con las Misiones, con las que colaboró durante toda su existencia. La relación que mantuvo con ellas la tenemos en palabras de su hija<sup>57</sup>:

En los años treinta, su amigo y paisano, Federico García Lorca le presenta a Manuel B. Cossío, creador del Museo Pedagógico y director de la

---

(56) Salaberria, R.: *Correspondencia Juan Vicens - Lulu Jourdain*. *Anales de documentación*, N.º 5, 2002, Pgs. 309-332

(57) Extraído del Catálogo de la exposición *Procesos, Cultura y Nuevas Tecnologías*, Ministerio de Cultura, Centro de Arte Reina Sofía, Madrid, 1986)

Institución Libre de Enseñanza. Establecen buenas relaciones y al poco tiempo, Cossío le presentará a Antonio Machado y Val de Omar les mostrará el primer microfilm escolar que sería presentado en el I Congreso Hispanoamericano de Cinematografía. Surgió así una entrañable colaboración con el Museo del Pueblo y las Misiones Pedagógicas que se mantendría durante los años de la República. Val del Omar, misionero de pinturas del Prado, de fotografías y de proyecciones, va a rodar durante su juventud más de cincuenta documentales en 16 mm. De gran valor etnográfico (Las Hurdes, Malpica, El Valle de Arán, Santiago de Compostela, Lorca, Totana)

Dentro de las misiones, Omar desempeñaba variadas funciones. alguna de ellas era la de participar en las proyecciones por los pueblos, cinematográficas y de diapositivas; la de tomar fotografías de los acontecimientos, de filmar algún documental a su paso por las zonas misionables...

Efectivamente, en su etapa de misión por tierras castellanas, visitó alguna que otra vez localidades de la provincia. Hay alguna fotografía con Cernuda, en la Plaza de la Catedral, en un tren, en la estación de Ávila... Y, sobre todo, sabemos que realizó un buen número de fotografías de la provincia, hoy perdidas, como gran parte de su obra cinematográfica, salvo algunas rescatadas por la Fundación Giner de los Ríos.

### ANTONIO SÁNCHEZ BARBUDO

Uno de los más jóvenes del grupo, Sánchez Barbudo ejerció como misionero algún tiempo. Su obra de creación es breve. Se dedicó, sobre todo tras el exilio a la crítica y los estudios literarios. Fue profesor en Texas y Wisconsin. alguna de las misiones en las que participó le trajo por tierras de Ávila. Concretamente conocemos la que pasó por Las Navas del Marqués.

## ANTONIO DE MARICHALAR

Antonio de Marichalar era otro de los habituales de la Sierra. Tenía una casa en Navalperal de Pinares, donde acudía a menudo y por la que pasó, entre otros, José Ortega y Gasset, y en la que vivió una temporada, mientras su hijo Miguel se recuperaba de una grave enfermedad<sup>19</sup>. Era el año de 1932, el año en que había publicado su libro "Poesía eres tú". En esos años también venía colaborando con José Bergamín en Cruz y Raya. Su catolicismo les hacía muy cercanos y su obra tiene esos marcados tintes, incluidas sus traducciones, como la interesante de T.S. Eliot, que apareció, precisamente en Cruz y Raya en 1934.

## LUIS CERNUDA

Se conoce alguna carta de Lorca con remite abulense. Incluso se tiene como uno de los escritos más interesantes sobre la ciudad, a mi modo de ver, un mero comentario turístico. Sin embargo, del paso de Cernuda por la provincia apenas se conoce nada. Hemos localizado algunas preciosas fotografías de Cernuda en la Catedral, en Santo Tomás, montado en una mula, camino de Burgohondo. Sabemos de su paso por un buen número de pueblos de Ávila... pero apenas nadie sabe de ello.

Cernuda fue de los primeros y más interesados colaboradores de las Misiones Pedagógicas; de hecho, lo hizo desde su creación en el 31 hasta su final en 1936. Su labor fue amplia. Así que poco puede quedarnos ya de la imagen de pura elegancia y alejamiento del poeta, cuando su labor a favor de la cultura en las zonas más deprimidas de España fue tan intensa. Se dedicaba a tomar fotografías de los lugareños, de los niños que, según él, provocaban el dolor de ver "el espectáculo triste de una juventud olvidada".

---

(54) Ortega Spottorno, J.: Los Ortega. Madrid, Taurus, 2002

Su trabajo estuvo muy relacionado con la creación de bibliotecas populares. Era él uno de los encargados de poner en marcha dichas bibliotecas en los pueblos a los que llegaban las Misiones. Al mismo tiempo, procuraba explicar algunos de los cuadros del Museo Circulante de las Misiones, en el que se mostraban las reproducciones que R. Gaya había hecho de obras clásicas. Cernuda solía venir a Ávila con Sánchez Barbero o con Val de Omar.

## 2.- LAS BIBLIOTECAS DE LAS ESCUELAS

El día 7 de agosto de 1931 se publica un Decreto por el que se ordena la creación de bibliotecas en todas las escuelas y dota al patronato de las Misiones con 100.000 pesetas. El decreto decía: "Toda Escuela primaria poseerá una biblioteca (artículo I) de carácter público (artículo II)".

La creación de estas bibliotecas estaba, pues, vinculada a una doble orientación. En primer lugar, se consideraba que no podía existir una verdadera educación sin la existencia de una biblioteca en cada centro educativo. Pero por otro lado, la idea sobrepasaba los límites puramente pedagógicos y se vinculaba a los sociales. Estas bibliotecas tenían carácter público y podían ser utilizadas por todos los habitantes del pueblo en que se ubicaba. Así se va creando una red que pretendía convertirse en avanzadilla cultural en zonas rurales, aunque sin la dotación presupuestaria adecuada. La red pretendía llegar "a poblaciones de menos de 5.000 habitantes, y en una muy grande proporción a pueblecitos de 50, de 100 y de 200 vecinos, verdaderas aldeas en donde no se contaba, ni en la realidad ni casi en esperanza, con ningún otro medio de cultura".

---

(59) Santonja, G.: *La república de los libros. El nuevo libro popular de la II República*. Barcelona, Anthropos, 1989.

(60) Patronato de Misiones Pedagógicas: *septiembre de 1931-diciembre de 1933*. Madrid: S. Aguirre impresor, 1934, pp. 162-185.

La biblioteca debía estar colocada bajo la vigilancia del maestro e instalada en una sala especialmente dedicada a su fin. La biblioteca debía estar bajo la administración del Consejo local de Primera Enseñanza, que redactaba su Reglamento; podía organizar fiestas y colectas conferencias sobre el libro, podía negociar con las bibliotecas vecinas el intercambio de libros y proponía al inspector de Primera Enseñanza las obras a adquirir. El encargado de cuidar del catálogo era el propio maestro. Y sus recursos "se compondrán de las subvenciones del Estado, de la Provincia y de los Municipios, además de, señala, donativos en dinero o libros"<sup>61</sup>.

Por otro lado, y completando la labor de las Misiones, el 21 de noviembre de 1931 se crea la Junta de Intercambio y Adquisición de Libros para Bibliotecas Públicas. La Junta de Intercambio establecía cómo se debían crear las bibliotecas públicas municipales. De igual manera, procuraba enviar colecciones a los pueblos que disponían de un local, un bibliotecario y creasen una junta dedicada a la biblioteca. El sistema de adquisición de fondos era verdaderamente interesante. El Estado se encargaba de enviar colecciones mientras la biblioteca funcionaba. Si la Junta local disponía de fondos y los aportaba, el Estado enviaba ejemplares por el doble del importe solicitado.

De esta manera, al estallar la guerra se habían creado 200 bibliotecas públicas municipales y se estaba procediendo a crear otras 100<sup>62</sup>.

Sin embargo, no siempre se podía hacer el esfuerzo, y el número de libros que se incorporaban a la biblioteca era exiguo, pero, al menos, representaban un avance para algunos pueblos excesivamente alejados de los núcleos culturales. Quizá considerar, como se ha hecho en ocasiones, que las zonas rurales eran un erial de cultura donde nada llegaba de interés, y las lecturas o los libros eran pocos o ninguno, sea

---

(61) Tomado de Salaberría, *Op. Cit.*

(62) No fueron las únicas las bibliotecas creadas por las Misiones o la Junta de Intercambio. También otras asociaciones de carácter obrero, clubes, asociaciones...

una necesidad. Sin embargo, y dada la escasez de medios con que se contaba en el momento, el esfuerzo de presupuesto ya representaba un interés por la política educativa y cultural. Ahora bien, la dotación fue de nada menos que 100.000 pesetas, con lo que se pudo crear un buen número de bibliotecas populares. Los presupuestos de 1930 asignaban cantidades poco menos que ridículas para la compra de libros: cinco mil pesetas a la Biblioteca Nacional, quinientas pesetas a distintas bibliotecas provinciales, mil a la Biblioteca de la Real Academia, doscientas a la Biblioteca Universitaria de Barcelona, otro tanto a la de Salamanca, y así hasta unas 75.000 pesetas.

La publicación del Decreto de 7 de agosto de 1931, supuso también la gestión de su presupuesto correspondiente al Patronato de Misiones Pedagógicas, es decir, a la Institución Libre de Enseñanza.

En Ávila, entre el año 1932 y el año 1933 se crearon nada menos que 50 bibliotecas, en las siguientes localidades:

Altameros, el Arenal, Arenas de San Pedro, Arévalo, Ávila (dos en escuelas, una en la Casa del Pueblo y otra en la Asociación del Magisterio Abulense), Barco de Ávila (Agrupación Socialista, Sociedad de Oficios Varios y Sociedad de Trabajadores de la Tierra) Becedas, Bercial de Zapardiel, Berrocalejo de Aragona, Blascojimeno, Bohoyo, Burgohondo, la Cañada, Casavieja, dos en Cebreros, Crespos, Flores de Ávila, Gilbuena, la Horcajada, Horcajo de las Torres, El Hornillo, Madrigal, Medinilla, Narrillos del Alamo, Nava de Arévalo, Navahondilla, Navalacruz, Navalmodal, Navaluenga, Navamures, Navarrevisca, Navas del Marqués, (Organizaciones Obreras), Navatalgordo, Ojos Albos, Pajares de Adaja, Pascualcobo, Pradosegar, Rascafría, San Bartolomé de Pinares, San Esteban del Valle, San García de Ingelmos, Santa María de los Caballeros, Sotalvo, El Tiemblo, Velayos, Zapardiel de la Ribera.

En 1933 se habrían creado en toda España unas tres mil quinientas bibliotecas.

La figura de Juan Vicens fue importantísima en esta visión de las bibliotecas populares durante la época republicana.

Vicens había nacido en Zaragoza en 1895. Estudió Filosofía y Letras en la Universidad de Zaragoza, aunque terminaría la carrera en la Universidad Central de Madrid. En esos últimos años de estudio, se alojó en la Residencia de Estudiantes, donde trabó una profunda amistad con otros residentes como Lorca, Pepín Bello, Dalí, Cernuda, y, sobre todo, Luis Buñuel. Y es en esos años cuando conoce a la que sería su mujer y con la que contraería matrimonio en Becedas, la bibliotecaria María Luisa González, con la que tendría dos hijos. Su vinculación con la Residencia le llevaría también a conocer a León Sánchez Cuesta, que por entonces tenía una librería en Madrid. A su biblioteca acudían gran parte de los autores de la posteriormente conocida como Generación del 27. El epistolario de Cernuda con Sánchez Cuesta es bien conocido y gracias a éste sabemos de los libros que le compraba el propio Cernuda durante el destierro.

Juan Vicens, en el periodo que nos ocupa, ejerce como inspector de las Bibliotecas Públicas Municipales de la Junta de Intercambio y de las de Misiones Pedagógicas (en 1936 señalará haber recorrido más de 100 pueblos de todas las provincias españolas) y oposita al Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos. Es destinado a la Biblioteca Universitaria de Santiago pero, mientras tanto, es agregado en comisión a la Biblioteca Universitaria de Madrid.

Juan Vicens fue el responsable de la modernización de las bibliotecas en España, durante la República. Y también Inspector de bibliotecas. Su trabajo era visitar las Bibliotecas que se iban creando, controlar el cumplimiento de las normas dictadas por el Gobierno en relación con la política de Bibliotecas, fuesen las creadas por el Estado o por las Misiones Pedagógicas.

En estas inspecciones Vicens visita gran parte de las creadas en la provincia. Su intervención en la política cultural fue amplia. Entre sus logros, introducir el sistema de catalogación internacional que aún hoy persiste en las bibliotecas públicas. Tras la guerra, el matrimonio se exilia en México, donde continúan desarrollando su política cultural, en la medida de lo posible, publicando dos revistas, Aragón y Nuestro Tiempo.

### 3.- LAS OTRAS ACTIVIDADES DE LAS MISIONES EN ÁVILA

Las otras actividades que desde el Patronato de las Misiones Pedagógicas suelen desarrollarse en los diferentes pueblos visitados, también los de Ávila, son fundamentalmente los que acerca el Museo Circulante y las proyecciones cinematográficas.

Para fomentar la cultura se creó el Servicio de Bibliotecas, del que ya hemos hablado, el Coro, el Teatro del Pueblo, precedente inmediato de la Barraca de Lorca, que organizó Marquina y luego Alejandro Casona, el Museo Circulante y el Servicio de Cine, además de el Retablo de Fantoques, y el servicio de Música, que prestaba gramófonos a los pueblos.

En primer lugar, vamos a comentar la actividad del Servicio de Cine, íntimamente relacionada con las actividades literarias. De hecho fue llevada muy mano a mano con Cernuda, y de la cual no podemos tratar sin referirnos a la fecunda actividad de Val de Omar como responsable primero de ésta.

Su labor se desarrollaba en varios frentes: técnico de cine, fotógrafo, cameraman, proyccionista, montaba los equipos eléctricos para las proyecciones... también daba alguna charla sobre temas pictóricos. Sus compañeros de fatiga eran Luis Cernuda, Ramón Gaya y Rafael Dieste. Entre montaje y proyección, se dedicaba a fotografiar y a rodar gran parte de los lugares que recorría. Seguramente alguna de las grabaciones que realizó se filmó en la provincia, pero, desgraciadamente, la mayoría de aquellas se ha perdido. De las fotografías, se conservan muchas; más seguramente de las que pensamos, pero bajo el sello de las Misiones Pedagógicas, que era el oficial, no podemos reconocer su autoría efectiva.

Val de Omar, junto con Cernuda visitaron un buen número de pueblos de la provincia. La primera Memoria de las misiones menciona nada menos que 70 misiones que les llevan a unos 300 pueblos de España, muchos de ellos de Ávila. En la misión de Las Navas del Marqués, que se desarrolla del 13 al 18 de julio del 32, encontramos

a Luis Cernuda y Val de Omar que llevan el "cinematógrafo de acumuladores y para corriente, provisiones y la tienda de campaña". Se suele pensar, así ha sido mucho tiempo, que aquellas películas contenían fundamentalmente material propagandístico republicano. Nada más lejos de la realidad. Algunas películas eran documentales sobre geografía (no poca gente vio por vez primera el mar en esos documentales), otras eran de Charlot, al que se acompañaba con música de Beethoven en un fonógrafo o de Mozart. En concreto el material cinematográfico se componía de 34 películas de tipo geográfico, 21 cómicas, 20 de ciencias naturales, 19 de agricultura, 14 de industrias, 17 de "lecciones de cosas", 12 de dibujos animados, 8 de física, 7 sanitarias y sólo 4 de tema histórico.

De esas sesiones, cuentan las Memorias de las Misiones:

Una plaza, determinado rincón, era invadido por nosotros. En tres mesas colocábamos el aparato de música o el cine. Un foco potente iluminaba el lugar en donde actuábamos como si se tratase de unos lujosos Titeres. Últimada la instalación, procurábamos hacer silencio y al fin comenzábamos. Asistían, por lo general, varios centenares de personas.

La Memoria de las Misiones recoge los siguientes itinerarios y fechas:

El patronato dispone de 26 proyectores marcas Kodascope y Aarhus para películas de 16 mm y dos proyectores Zeiss Ikon, uno transportables.

*Se registran las siguientes proyecciones:*

De asuntos agrícolas, geográficos, industriales... así como documentales acerca del museo circulante de arte teatro y coro. También diapositivas sobre arte y colecciones de cuadros famosos de Fra Angélico, Van Dyck, Holbein... Las proyecciones llegaron a los siguientes pueblos.

<i>Aldeavieja:</i>	el 3 y 4 de abril de 1933
<i>El Arenal:</i>	el 10 de agosto de 1932
<i>Blascoles:</i>	el 5 de junio de 1933
<i>Burghondo:</i>	el 13 de julio de 1932
<i>Ceberras:</i>	el 27 de mayo de 1932
<i>Colonia Escolar de Ávila:</i>	el 25 de agosto de 1933

Se programaron también proyecciones en Escarabajosa, El Hornillo, Navahondillas, Navalacruz, Navalmoral de la Sierra, Navarredondilla, Navatalgordo, Ojos Albos, San Juan del Molinillo

El Cine era una de las actividades más reconocidas por el público. Pero por la provincia pasó también el Teatro del Pueblo. En el mapa del recorrido distinguimos que visitó en diferentes misiones, las localidades abulenses de Santa María de la Alameda, Cebreros, El Barraco, San Juan de la Nava, La Adrada, Gavilanes, Villarejo del Valle, San Esteban del Valle, Santa Cruz del Valle, Mombeltrán, Guisando, Peguerinos y Barco de Ávila.

El Teatro solía representar obras clásicas. En su repertorio contaban con obras de Juan del Enzina, Lope de Rueda o Calderón de la Barca. El recorrido que figura en la primera Memoria es el siguiente:

**Año 1932**

*Barco de Ávila:* 14 de octubre

*Cebreros:* 3 de noviembre

**Año 1933**

*Guisando y Santa Cruz del Valle:* 25 de febrero

*Mombeltrán y San Esteban del Valle:* 26 de febrero

*Peguerinos:* 11 de junio

**DATOS SOBRE EL MUSEO CIRCULANTE.**

La labor era intensa entre los que colaboraban con el Museo. Primero porque los comentarios de las obras se hacían sobre copias al óleo del original. El principal encargado de dichas copias fue Ramón Gaya, quien también se encargó en numerosas ocasiones de las explicaciones de los cuadros en los mismos pueblos.

Las explicaciones solían ir seguidas de un coloquio con los congregados. Estas lecciones las compartió Gaya con Cernuda en algunas ocasiones, también con Val de Omar y otros.

El Museo visitó la provincia en varias misiones. Conocemos las siguientes:

**1932:**

14 al 17 de octubre, en *El Barco de Ávila*

19 al 23 de octubre, en *Arenas de San Pedro*.

13 al 16 de noviembre, en *Cebreros*.

**1933**

18 al 24 de junio en *Piedrahita*

16 al 22 de julio, en *Madrigal de las Altas Torres*.

Después de las explicaciones se solían repartir reproducciones fotográficas. Me parece de interés destacar cuáles y en qué cantidad fueron depositadas en las localidades que citamos. Me ha sido imposible localizar fotografía alguna de éstas, pero aquí dejo escrito cuáles fueron, por si alguien es capaz de hacerlo.

Entre los donativos que se dejaron de reproducciones fotográficas, figuran:

**Fotografías de 28 x 35 cm.** Con marco: se dejan 28 en Arenas, 14 en Barco de Ávila, 14 en Cebreros, 14 en Madrigal, 14 en Piedrahita.

**Fotografías de 13 x 18 cms.** se repartieron 252 en Arenas, 252 en Barco, 192 en Cebreros, 168 en Madrigal y 168 en Piedrahita.

## CURSOS DE LITERATURA PARA MAESTROS

Conocemos la existencia de un curso que se realizó en San Martín de Valdeiglesias y al que asistieron varios maestros de la provincia.

El curso versaba sobre "Enseñanza de Lenguaje, literatura y geografía". De Ávila asistieron D. Constancio Blanco, de San Bartolomé de Pinares, Juan Francisco Logroño, de Casavieja y Don Crescencio Martín, de Cebreros.

### 4.- UN EJEMPLO EN ÁVILA

A pesar de la relativa importancia que tuvieron las Misiones Pedagógicas en Ávila, es difícil hoy en día encontrar rastros de sus actividades. Tras algunas indagaciones, sólo he podido comprobar lo que Ovidio Pérez Martín recoge en el prólogo a la edición de "La Gloria de don Ramiro"<sup>(63)</sup>

Pues allí encontré, en aquel pueblecito perdido entre los pliegues de la zona norte de Gredos, que es el mío, esa biblioteca que se formó en tan felices años. Posiblemente la salvó de la quema en la posguerra el hecho de pasar inadvertida.

Cuando yo descubrí esta isla del tesoro -estaban en ella Antonio Machado, Juan Ramón, Unamuno, Valle Inclán, Ortega, Azorín, Baroja, la Generación del 27 (los del exilio y los del reino); estaba *En busca del tiempo perdido*, de Marcel Proust, traducido por P. Salinas; había libros de sociología, de ciencia (...).

La colaboración de algunos maestros con la Institución y el conocimiento de sus actividades en la provincia fue destacable. Uno de esos maestros que más cercano estuvo de los proyectos y de las

(63) Larreta, E.: *La gloria de don Ramiro*. Ávila, Exmo. Ayto. de Ávila, 2002

Misiones Pedagógicas fue Quiliano Blanco. Poco hemos podido indagar de él y a futuras investigaciones que no tienen cabida en esta monografía, dejamos el intento.

Quiliano Blanco fue maestro en Burgohondo, sabemos, hasta la guerra civil. Su actividad se dirigía hacia la docencia, hacia la investigación y hacia la creación de textos para las escuelas. Hemos podido acceder a dos de ellos. El primero de los dos será recordado por no pocos abulenses que andaban estudiando en los años 30. Fue una antología de poesía destinada a la lectura escolar. Su título era *Senda Lírica* y hasta hace no muchos años se han podido ver ejemplares en alguna que otra casa.

El segundo, de más difícil acceso, tenía por título *La provincia de Ávila*. En su prefacio, el autor explica claramente que sigue las nuevas orientaciones metodológicas, las de la I.L.E.:

No es esta la obra del investigador, sino el libro del pedagogo. Siguiendo las nuevas orientaciones metodológicas, se estudia la geografía provincial por regiones naturales y se completa este estudio con lecturas que son relatos vivos de escritores y viajeros.(...)

No es, repito, un libro de erudición. Destinado para servir de lectura en las escuelas de la provincia, es esto: un libro cálido. Que quiere crear en los niños -y en los hombres abulenses luego- un pozo de emoción y de cariño por esta tierra maravillosa que es páramo y vergel y cumbre... En manos de mis amigos, los maestros, espero que ha de conseguir su aspiración<sup>64</sup>.

Entre los textos que aparecen reseñados por Blanco, figura, precisamente, uno firmado, textualmente así: *Misión pedagógica del año 1932. Del Diario Inédito de un misionero*. El texto tiene, entre otros evidentes motivos, el interés de describir una misión en la que participó Luis Cernuda y de la que conservamos alguna fotografía que aquí hemos reproducido. No hemos tenido otra constancia de él más que la del libro de Q. Blanco y dice lo siguiente:

---

(64) Blanco, Quiliano: *La provincia de Ávila*. Ávila, Establecimiento tipográfico de Nicasio Medrano. 1935

## SERRANILLOS, PUEBLO SIN HOMBRES

Vamos subiendo de Navarrevisca a Serranillos por un sendero estrecho, pedregoso y difícil, de frente siempre la sierra de Gredos, que escalamos metro a metro a cada paso de las caballerías. A la derecha, el barranco profundo abre su garganta; detrás, muy abajo, una cinta de bruma, como un humillo tenue de invisibles chimeneas, señala el curso del Alberche, aprisionado entre los cerros.

Camina delante el mulo de la impedimenta con el aparato de cine, el gramófono, los discos, los libros de la biblioteca, hincando seguro sus cascos en las piedras. Atrás, rezagada, viene Margarita Andiano que, harta de gritar azorada a cada tropiezo de su asnillo, se ha echado al suelo y sube a pie, con paso menudo y rápido, como de perdiz hostigada. Ríe y charla Margarita sin reposo, mientras Cernuda, el poeta, agarrado con ambas manos a la albarda de su jumento, mira la cumbre que se nos acerca y el barranco que se va haciendo más hondo. Debe ir meditando el poema de la profundidad.

Un arriero, que viene en dirección contraria a la nuestra, acabó con la alegría de Margarita Andiano. El arriero complicaba las dificultades de aquel caminar, ya harto difícil, por el estrecho y pedregoso sendero. Y se quedó parada, midiendo con medrosidad la hondura del barranco. Fue el del cruce un momento de emoción para todos; mas la mula del arriero se desvió hacia arriba del camino con la indiferencia y la seguridad de quien hace estas cosas a cada paso.

El arriero nos saludó con efusión simpática y nosotros volvimos a oír las risas y la charla de Margarita Andiano... Subíamos, subíamos, subíamos. La cumbre estaba ya allí, casi al alcance de la mano: a su lado, el boquerón de un puerto hacía más brava la cumbre. Y llegamos a Serranillos, más arriba de los mil metros, bastantes metros más arriba. (...)

¡Qué amable pueblo es Serranillos! Los chicos no se separan ya de nosotros; preguntan, ríen, cantan. Preguntan con un tonillo que no es de aquí, de Castilla, y que nos recuerda acaso Extremadura. Cantan unas canciones que no se oyen abajo, en el valle del Alberche, ni al otro lado, en el valle del Tormes. Como todas las canciones de estas tierras, la de Serranillos tienen reminiscencias galaicas; son canciones de montaña, para dejarse oír en la montaña.

A la noche la escuela se ha llenado de mujeres, muchas mujeres; campechanas mujeres que a los pocos minutos charlan con nosotros sin descan-

so. Pero ¿y los hombres? ¿Dónde están, que no vienen a la misión los hombres de Serranillos?

-A estas horas -como siempre- los hombres de Serranillos están en todos los caminos de España.

Nos lo ha dicho tío Pedro Jaras -tío Telanda, como le llaman en media España-, un hombre típico de Serranillos, campechano, locuaz, eternamente alegre, eternamente optimista. Hoy está aquí, en el pueblo, no sabe por qué; pero mañana estará en Sevilla comprando aceitunas, o en Valencia comprando naranjas. Y a los cuatro o cinco días le sabréis ya con sus aceitunas o con sus naranjas en Burgos, o en Santander, o en Vitoria, o en Pamplona. O bien en las ferias del Burgo, o en las de Valladolid o en las de Talavera, con su tienda ambulante -tienda bajo tienda de campaña, rastro y bazar, mitad y mitad...

\*\*\*

Caso absurdo el de Serranillos; absurdo e inconcebible. Conocido ya, a lo que parece, por la República y no enderezado aún por ella. ¡Serranillos no tiene término municipal!

-Las gallinas, si se alejan un poco de la última casa, ya escarban en tierra nuestra, pero extranjera- nos dice con mucho gracejo una mujer que aspira la jota al hablar.

No le quiere dar tierras, dicen, "La villa del Barranco", que está al otro lado de Serranillos, según se baja al Tormes. Las dehesas de allí, los montes de allí repasan la sierra y entran casi hasta la plaza de Serranillos. Estas dehesas son comunes a los dos pueblos. Por ellas paga gabelas Serranillos. Las administran ambos pueblos, pero no quiere la Villa deshacer el proindiviso y dar a Serranillos en exclusiva propiedad estas tierras que le lindan. Por el otro lado el término de Navarrevisca se acerca al pueblo. ¡Caso absurdo e inconcebible el de Serranillos!

Y el pueblo, sin culpa por su parte, arroja a los hombres de su regazo, les empuja al nomadismo para que puedan vivir. Una mula ¡y a ganarse la vida! No puede darle otros medios; y esta será la herencia para los hijos. La mula es tesoro precioso para las familias de Serranillos.

Con su mula cargada de aceitunas del Barranco o de pimiento de Candeleda, acaso con una simple carga de ramos de laurel, saldrán un buen día los hombres de Serranillos, recorrerán todos los caminos, dormirán en infinitas posadas, habrán voceado en cien pueblos y muchas ciudades; y a los dos meses o a los tres, o a los cuatro, tornarán al pueblo, ahorradas unas pesetas, para volver a los caminos al día siguiente. Y, a pesar

de todo, estos hombres siempre están alegres, siempre optimistas, siempre locuaces.

Serranillos esparce hombres por los caminos de España. Solo tres veces al año los caminos de España vienen a converger en Serranillos. Será en la Pascua de Navidad, o en los Carnavales, o en la función del pueblo, que es en Septiembre. Entonces todos los hombres de Serranillos están en Serranillos. Son días de alegría intensa, ruidosa; quieren en unas horas gastar sin tregua el cariño a su pueblo. Y cantan hasta enronquecer; y bailan hasta agotarse...

Al día siguiente les espera la vida errante por los pueblos españoles, detrás de su mula, con su carga de aceitunas, o de pimienta, o de ramos de laurel y lejos de los suyos y del pueblos que, sin culpa por su parte, les empuja al nomadismo para subsistir.

Misión Pedagógica del año 1932. Del diario inédito de un misionero.<sup>65</sup>

---

(65) Tomado de Quilleno Blanco, *Op. Cit.*



VI  
BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

- Aleixandre, V. y Alonso, D.: *Album, versos de juventud*, Barcelona, Tusquets, 1993. Edición a cargo de Alejandro Duque Amusco y M<sup>a</sup> Jesús Velo.
- Aleixandre, V.: *Los Encuentros*, Madrid, Guadarrama, 1958.
- Alonso, Dámaso: *Vida y obra*, Madrid, Caballo Griego para la poesía, 1997. Ed. Facsimil.
- Azorín: *Obras Completas*, Madrid, Rafael Caro Raggio, editor, 1919/21
- Baroja, Pío: *La dama errante*, en *Obras Completas*, tomo VIII, Barcelona, Círculo de lectores, 1998.
- Baroja, Ricardo: *Gente de la generación del 98*, Barcelona, Ed. Juventud, 1952
- Barrios, Ángel: *Historiografía General Abulense*, en *Historia de Ávila*, Tomo I, pgs. LXIX - LXXXVI, Ávila, Institución Gran Duque de Alba y Caja de Ahorros de Ávila, 1995.
- Bastons vivancos, Carles y Busquets i Grabulosa, Lluís: *Castilla en la literatura catalana: idiosincrasia, literatura, instituciones, paisaje, ciudades, pueblos y personajes célebres*, Barcelona, Entitat Autònoma del Diari Oficial i de Publicacions, 2002
- Beauvoir, Simone de: *La force de l'age*, Paris, Gallimard, 1960
- Blanco Aguinaga, Carlos: *Juventud del 98*, Madrid, Siglo veintiuno de España editores. 1970.
- Blanco, Quiliano: *La provincia de Ávila*, Ávila, Establecimiento tipográfico de Nicasio Medrano, 1935.

- Blanco, Quiliano: *Senda lírica*, Establecimiento tipográfico de Nicasio Medrano, 1932.
- Cabezas Ávila, Eduardo: *Los de Siempre. Poder, familia y ciudad. (Ávila 1875-1923)* Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 2000.
- Calvo, Blanca: *Homenaje a M<sup>a</sup> Luisa González y Juan Vicens* (En la Residencia de Estudiantes, 2 de marzo de 1999). Educación y Biblioteca. Rev. Mensual de documentación y recursos didácticos, 2000.
- Calvo, Blanca: *Homenaje a M<sup>a</sup> Luisa González y Juan Vicens*, Madrid, Residencia de Estudiantes, 1999.
- Cansinos Assens, R.: *La nueva literatura*, Tomo II, Madrid, V.H. Sanz Calleja, 1917
- Castañar, Fulgencio: *Apuntes para el estudio de la literatura en el Valle del Tístar*, En Cuadernos abulenses, nº 18, julio-diciembre de 1992. Ávila, Institución Gran Duque de Alba.
- Corominas, Pere: *Por Castilla adentro*, Madrid, CIAP, 1930.
- Dámaso Alonso: *Vida y obra*, Madrid, Caballo griego para la poesía, 1997. Ed. Facsímil, *El paraíso desdeñado*, Centro Cultural de la Generación del 27, 1999.
- García Lorca, Federico: *Impresiones y paisajes*. Granada, Ed. Don Quijote, 1981, ed. facsimilar.
- García Martín, Pedro: *El sustrato abulense de Jorge Santayana*, Ávila, Institución Gran Duque de Alba, 1989.
- García Martín, Pedro: *La idea de Ávila en Jorge Santayana*, En Cuadernos Abulenses. Nº 23, enero-junio de 1995, Ávila, Institución Gran Duque de Alba.

- García Yebra, T.: *Historia secreta de las Navas del Marqués*, Madrid, Libertarias-Prodhufi, 2001.
- Gaya, Ramón: *Obra completa*, tomo IV, Valencia, Pre-textos, 2000.
- Gaziol (Calvet, Agustín): *Castilla adentro*, Barcelona, E.D.H.A.S.A., 1963.
- Gómez Blázquez, Jesús: Unamuno en Becedas, notas para un centenario, En Cuadernos Abulenses, nº 27, 1998, Ávila, Institución Gran Duque de Alba.
- Gómez de la Serna, R.: Entrevista a José Ortega y Gasset, en la sección "*Las mantas de los escritores*". La gaceta literaria, Año I, Madrid, 15 de marzo de 1927.
- Gutiérrez Solana, José: *La España Negra*. Granada, La veleta, 1998. Prólogo de Andrés Trapiello.
- Hernández Alegre, Benito: *Ávila en la literatura*, Ávila, Caja General de Ahorros y Monte de Piedad, 1984.
- Herrero Esteban, Jacinto: *Ávila en el '98*, Ávila, Institución Gran Duque de Alba, 1998.
- Insua, Alberto: *En tierra de Santos*, Madrid, Renacimiento, 2ª ed.
- Jiménez Landi, Antonio: *Semblanza humana de Manuel B. Cossío*, Santander, Taller de A. G. De Gonzalo Bedia, 1984.
- Larreta, Enrique: *La Gloria de don Ramiro*. Ávila, Excmo. Ayto de Ávila, 2002.
- Lozano Marco, M.A.: *Imágenes del pesimismo. Literatura y arte en España, 1898-1930*, Alicante, Publicaciones de la Universidad de Alicante, 2000.
- Marañón, G.: *Obras Completas*, Madrid, Espasa Calpe, 1975/77

- Martínez Gil, Víctor: *Liberismo en la cultura catalana: origen i formació d'una idea político-cultural*, Universidad Autónoma de Barcelona, Servicio de Publicaciones, 2001.
- Martínez Ruiz, J.: *Un pueblecito, Riofrío de Ávila*, Madrid, Espasa-Calpe, 1968.
- Martínez Ruiz, J.: *Artículos olvidados*, Madrid, Narcea de Ediciones, 1972
- Ministerio de Instrucción Pública y Bellas artes: *Misiones Pedagógicas*. Madrid, 1933.
- Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes: *Misiones Pedagógicas, Informes I: septiembre de 1931 - diciembre de 1933*, Ediciones el museo Universal, 1992, edición a cargo de M<sup>a</sup> Dolores Cabra.
- Mistral, Gabriela: *Prosa Completa*. Alfonso Calderón, comp., Editorial Universitaria, Santiago de Chile, 1989.
- Moreno Villa, J.: *Poesías completas*, El colegio de México, Centro de estudios Lingüísticos y literarios. 1998.
- Moreno Villa, J.: *Vida en claro*, Madrid, Fondo de cultura Española, 1976.
- Moreno Villa, José: *José Moreno Villa escribe artículos (1906-1937)*, Carolina Galán Caballero coord.
- Noel, Eugenio: *España fibra a fibra*, Madrid, Taurus, 1967.
- Ortega Spottorno, J.: *Los Ortega*, Madrid, Taurus, 2002.
- Ortega y Gasset, José: *Notas*, Madrid, Espasa Calpe, 1928.
- Ortega y Gasset, José: *Obras completas de José Ortega y Gasset*, Madrid, Revista de Occidente, 1963/69

- Otero Urtaza, E.: *Cosío, Trayectoria vital de un educador*, Madrid, CSIC y Asociación de amigos de la Residencia de Estudiantes, 1994.
- Otero Urtaza, E.: *Las Misiones pedagógicas: Una experiencia de educación popular*, A Coruña, Edicios do Castro, 1999.
- Pajares, José Luis: *Redescubrir Ávila*, Ávila, 1998.
- *Patronato de Misiones Pedagógicas*. Madrid, La Productora de Ediciones, 2001.
- Primo de Rivera, J.A.: *Obras Completas*, Bilbao, Ediciones Arriba, 1939.
- Ramón Gaya: *Obra completa*. Valencia Pre-Textos, 2003. 4. vols.
- Rodenbach, G.: *Bruges la morte*, ed. De Christian Berg, Bruxeles, Éditions Labor, 1986
- Salaberría, Ramón: *La larga marcha de Juan Vicens (Zaragoza 1895-Pekín, 1958)* Educación y biblioteca, Rev. Mensual de documentación y recursos didácticos, 2000.
- Salaberría, Ramón: *Correspondencia Juan Vicens- Lulu Jourdain*, Anales de documentación, nº 5, 2002, pgs. 309-332.
- Salazar Herrería, M.José: *Ramón Gaya, 1922-1988*. Madrid, Ministerio de Educación, Cultura y Deporte. Secretaría de Estado de Cultura, 2002.
- Sánchez Albornoz, Claudio: *Ávila de 1808 a 1814*, Nuestro Tiempo, Madrid, septiembre de 1911.
- Sánchez Albornoz, Claudio: *Ávila y Jovellanos*, Diario de Ávila, 9 de septiembre de 1911.
- Sánchez Albornoz, Claudio: *Siempre en Ávila. Ávila en el IV Centenario del Tránsito de Santa Teresa de Jesús*. Valencia, Novum, 1981.

- Sánchez Albornoz, Claudio: *Una visita al cerro de Guisando*. Diario de Ávila, 12 de Julio de 1910.
- Santayana, G.: *Personas y lugares*. Madrid, Trotta, 2002
- Santonja, G.: *La República de los libros. El nuevo libro popular de la II República*, Barcelona, Anthropos, 1989.
- Somolinos d'Ardois, Germán: *Las misiones pedagógicas de España: 1931-1936*, México, Cuadernos Americanos, 1953.
- Tellechea Idigoras, J. Ignacio: *Don Miguel de Unamuno y Don Pedro Sainz Rodríguez. Epistolario. (1924-1930)*, Cuadernos de Investigación Histórica, Seminario Cisneros, 1995.
- Trapiello, Andrés: *Las armas y las letras. Literatura y guerra civil*, Barcelona, Planeta, 1994.
- Unamuno, Miguel de: *Andanzas y visiones españolas*, Madrid, Renacimiento, 1929.
- Unamuno, Miguel de: *Obras completas*, Madrid, Aguado Vergara, 1961
- Unamuno, Miguel de: *Por tierras de España y Portugal*, Madrid, Espasa Calpe, 1941
- Verdoy, A.: *Los bienes de los jesuitas. Disolución e incautación de la Compañía de Jesús durante la II República*, Madrid, Trotta, 1995.
- VV.AA.: *Ávila en D. Claudio Sánchez-Albornoz*. Documentos, separata de El Diario de Ávila, 9, 1993.
- VV.AA.: *Misiones Pedagógicas, septiembre de 1931-diciembre de 1933*. Madrid. El Museo Universal, 1992.
- VV.AA.: *Ramón Gaya y el museo circulante*, Murcia, Museo Ramón Gaya 1991.

- VV.AA.: Val de Omar y las Misiones Pedagógicas, Madrid, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes. Amigos de la Residencia de Estudiantes, 2003

- VV.AA.: *Val de Omar y las Misiones Pedagógicas*, Madrid, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 2003



Institución Gran Duque de Alba

## ÍNDICE

Presentación .....	Página .....	5
Introducción.....	Página .....	9
<b>I. Ávila, ejemplo del tópico simbolista:</b>		
<i>Las ciudades muertas en la literatura de fin de siglo</i> .....	Página .....	17
1.- Unamuno, Azorín y el símbolo de las ciudades muertas.....	Página .....	17
2.- Baroja en sus viajes.....	Página .....	47
3.- Gregorio Marañón.....	Página .....	52
4.- José M <sup>a</sup> Salaverría.....	Página .....	55
5.- George Santayana.....	Página .....	58
<b>II. Los intentos por depurar el lenguaje simbolista.</b>		
<i>Del símbolo a la metáfora</i> .....	Página .....	63
1.- José Moreno Villa.....	Página .....	65
2.- José Gutiérrez Solana.....	Página .....	72
3.- Eugenio Noel.....	Página .....	80
4.- José Ortega y Gasset.....	Página .....	82
5.- Una novela de depuración simbolista: En Tierra de Santos, de Insúa.....	Página .....	84
6.- Sánchez Albornoz.....	Página .....	94
7.- Juan Ramón Jiménez.....	Página .....	96
<b>III. Viajeros catalanes por Castilla</b> .....	Página .....	97
1.- Agustí Calvet, "Gaziol".....	Página .....	99
2.- Pere Corominas.....	Página .....	111
<b>IV. Los encuentros en Las Navas</b>		
<i>Orígenes del 27 en Ávila</i> .....	Página .....	115
<b>V. Dos mujeres, Ávila y Santa Teresa</b> .....	Página .....	127
1.- Simone de Beauvoir.....	Página .....	127
2.- Gabriela Mistral.....	Página .....	128
<b>VI. La Institución libre de enseñanza en Ávila: Las Misiones pedagógicas y sus actividades en la provincia</b> .....	Página .....	139
1.- Las misiones en Ávila.....	Página .....	139

2.- Las bibliotecas de las Escuelas .....	Página .153
3.- Las otras actividades de las misiones en Ávila.....	Página .157
4.- Un ejemplo en Ávila .....	Página .161
<b>VII</b> <i>Bibliografía</i> .....	Página .167

C o l e c c i ó n

1. Ávila en la Literatura Medieval Española.  
Nicasio Salvador Miguel
2. Ávila y el teatro  
José A. Bernaldo de Quirós
- 3.** Ávila y la literatura en la Edad de Plata  
Fernando Romera



Institución Gran Duque de Alba

y la L  
la Edad

La colección "Monografías Literarias" que publica la Institución "Gran Duque de Alba", dependiente de la Diputación Provincial de Ávila, pretende ser un compendio de lo que ha sido la Literatura Abulense a través de la Historia, con sus primeros balbuceos en épocas medievales hasta su plena vigencia en el siglo XXI. Grandes conocedores de la literatura abulense desfilarán por esta nueva colección, sin orden cronológico pero con garantía incontrastable. Es otra "Historia de Ávila", Historia Literaria pero Historia al fin, que, en flashes puntuales, se incorporará a la gran "Historia de Ávila".

*Literatura de Plata*

monografías literarias



DIPUTACIÓN  
PROVINCIAL



DE ÁVILA

Inst. Gra  
914.

